

Juan David Morgan

Cicatrices inútiles

Hay heridas que nunca cerrarán

 Planeta

Juan David Morgan

Cicatrices inútiles

 Planeta

ÍNDICE

Advertencia al lector

Prólogo

Primera Parte

Belisario I

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Belisario II

Segunda Parte

Mediamano I

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Tercera Parte

Mediamano II

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Epílogo

Acerca del autor

Créditos

Advertencia al lector

Cicatrices inútiles es una novela. Aunque la invasión de 1989, escenario en el que se desarrolla la acción y se desenvuelven los personajes, es ya parte de la historia de Panamá, tales personajes son producto de la imaginación del autor. Asimismo son ficticios los diálogos y situaciones en las que participan algunas figuras públicas de la vida política panameña y norteamericana que han sido identificadas con nombre propio.

PRÓLOGO

El viernes, 15 de diciembre de 1989, pocos minutos antes de abordar el helicóptero que lo transportaría a Camp David, el presidente de Estados Unidos recibió la visita de su amigo y secretario de Estado, James Baker.

—Señor presidente, la reunión del Comité Selecto de Inteligencia concluyó hace media hora. Hay consenso en cuanto a la acción a tomar en Panamá.

—¿Y cuál es la recomendación, Jim?

—Una acción militar limitada con objetivos específicos. Estaremos listos 48 horas después de que usted dé la orden.

Luego de meditar un momento, el presidente preguntó:

—¿Cuándo estará disponible el acta de la reunión?

—Mañana antes de mediodía se la haré llegar a Camp David.

George Bush miró detenidamente a su colaborador más cercano y, como queriendo convencerse él mismo, repitió una vez más lo que tantas veces había expresado ya.

—Jim, ya sabes lo difícil que me resulta enviar a nuestros muchachos a que arriesguen su vida en suelo extranjero. Leeré el acta con mucho detenimiento.

A las 12:30 del día siguiente, un ordenanza colocaba sobre la mesa de trabajo del presidente en Camp David un sobre de manila rotulado.

URGENTE Y CONFIDENCIAL

Y a las 2:30 de esa misma tarde, una vez concluido el almuerzo, George Bush iniciaba la lectura del acta de la sesión secreta del Comité Selecto de Inteligencia. A medida que leía, el presidente, siguiendo la costumbre adquirida desde su época de estudiante en la universidad de Yale, subrayaba aquello que le parecía más importante para la toma de su decisión.

Acta de la reunión celebrada
por el Comité Selecto de Inteligencia.
Dic. 15/1989. 1:30 p.m.

Participantes: señor James Baker, secretario de Estado, señor Richard Cheney, secretario de Defensa, general Collin Powell, jefe del Comando Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, general Brent Scowcroft, asesor de Seguridad Nacional del presidente de Estados Unidos, señor Lawrence S. Eagleburger, subsecretario de Estado.

Señor Baker: Todos saben el propósito de la reunión. El presidente nos ha pedido una recomendación en cuanto al curso de acción a seguir en Panamá. Él desea una discusión franca y abierta que sirva de guía para tomar su decisión cuanto antes. Este Comité Selecto *ad hoc*, por instrucciones del presidente, se reúne sin la asistencia del representante de la Agencia Central de Inteligencia y de la Agencia para el Control de Drogas.

General Powell: Es una lástima. Tanto la DEA como la CIA tienen mucho que decir en relación con Panamá.

General Scowcroft: Yo tengo toda la información pertinente, general.

Señor Baker: No creo que sea necesario hacer un recuento histórico de la situación que nos tiene reunidos aquí, pues todos nosotros estamos debidamente ilustrados sobre la situación de Panamá. Basta con decir que el general Noriega ha llevado la crisis a un punto tal que los Estados Unidos se ven precisados a reevaluar sus opciones. El último incidente, como todos sabemos, ocurrió ayer, cuando un soldado panameño mató a un miembro del ejército de los Estados Unidos e hirió a otro. La justificación que ha dado la Cancillería panameña es que los norteamericanos, que estaban de civil y desarmados, desatendieron una señal de alto en un área de seguridad. Nuestra investigación ha demostrado, sin lugar a dudas, que hubo mala fe por parte del soldado panameño que apretó el gatillo y mala fe, también, en la forma como las autoridades panameñas han tratado de echar tierra al asunto, restándole importancia. Si unimos esto a todos los incidentes de hostigamiento en nuestras bases y a la virtual declaratoria de guerra por parte de Noriega el 14 de diciembre, nos enfrentamos a lo que el presidente considera una situación intolerable. Además, no podemos olvidar que en menos de diez años el canal revertirá a manos de los panameños. Procedamos ahora a analizar nuestras opciones... Brent.

General Scowcroft: Para decirlo muy breve y claramente, tenemos básicamente tres opciones. La primera, incrementar la presión sobre el gobierno de Noriega con sanciones económicas más drásticas. La segunda, realizar una operación comando, capturar a Noriega y traerlo a juicio a los Estados Unidos. Y la tercera, una acción militar más amplia, con objetivos específicos, uno de los cuales sería el que mencioné como segunda opción, esto es, la captura de Noriega para ser juzgado aquí.

General Powell: Hasta ahora hemos insistido, pública y privadamente, que la solución de la crisis de Panamá y la expulsión de Noriega del poder es problema de los panameños. Es evidente que se ha producido un cambio en esa apreciación y quisiera

que se me explicaran las razones de ese cambio.

Señor Eagleburger: El general Powell sabe que a pesar de que hemos dicho que el problema de Panamá lo deben solucionar los panameños, de hecho hemos estado trabajando activa y estrechamente con un grupo de exiliados de ese país para lograr la salida de Noriega. Las sanciones económicas han sido parte de toda una serie de otras iniciativas, desde el suministro de fondos para mantener viva la lucha opositora (fondos que provienen de los dineros congelados al gobierno de Panamá), hasta acciones clandestinas encaminadas a lograr rebeliones en la tropa. También hemos contemplado el envío de un contingente armado a Panamá bajo el mando de uno de los militares panameños exiliados. O sea que aquello de que hemos dejado el problema de Panamá a los panameños es muy relativo. Lo que ocurre es que nuestra intervención hasta ahora ha sido de baja intensidad.

General Scowcroft: Ahora estamos más convencidos que nunca de que el pueblo de Panamá no podrá echar a Noriega del poder en corto plazo. El pasado octubre, con el levantamiento de Giroldi (creo que así se llamaba el mayor que se rebeló) tuvimos una prueba evidente. En Panamá no se produjo el más mínimo alzamiento de la población. Todo el mundo se limitó a ver qué hacíamos los norteamericanos.

General Powell: Me imagino que los panameños habrán pensado, igual que nosotros, que Giroldi y su grupo no representaban ninguna solución real a su problema.

General Scowcroft: Es posible. Lo que quiero decir es que hemos llegado al convencimiento de que para resolver el problema de Panamá ya no hay que deshacerse simplemente de Noriega, sino del aparato militar que él ha montado.

Señor Cheney: En otras palabras, hay que eliminar las fuerzas armadas panameñas. Es una pregunta y no una afirmación.

General Scowcroft: Así es, señor secretario. El problema que vemos ahora es que estamos contra el tiempo. No podemos predecir el futuro político de Panamá y nos restan escasos diez años para que entreguemos el Canal y sus bases militares a los panameños. Es decir, pues, que esta crisis no puede prolongarse indefinidamente.

Señor Baker: Un tema que tenemos que examinar es el relacionado con la Orden Ejecutiva que prohíbe las acciones que puedan desembocar en el asesinato de líderes extranjeros. Debe quedar claro entre nosotros que la interpretación de esa norma ha variado y que, en cualquier caso, no se aplicaría en una situación de guerra.

General Powell: Resulta obvio, señor secretario, que si se le pide al ejército participar en una guerra no se le puede decir que si matan al líder del ejército enemigo estarían violando la ley.

Señor Baker: Por supuesto que no, general. Traigo el tema al tapete porque sé que le preocupa al presidente y porque, tal como dijo Brent, uno de los objetivos de la acción bélica será la captura de Noriega, que no solamente es el jefe militar sino el líder político de Panamá. Se trata sólo de una referencia para descartar cualquier preocupación al respecto. Volvamos ahora a analizar nuestras opciones.

General Scowcroft: En cuanto a seguir la presión a Noriega incrementando las sanciones económicas, creo que es una vía que debemos descartar. Hasta ahora esas

sanciones sólo han servido para empobrecer al país y motivar una mayor cohesión en el gobierno. Además, hay evidencias de que las sanciones están motivando una reacción antinorteamericana en el sector más afectado por la crisis, que es la inmensa mayoría del país. Finalmente, como dije antes, el tiempo se nos acorta cada vez más. Si todos estamos de acuerdo, entonces, doy por descontada la primera opción.

Señor Cheney: Espero que la experiencia nos sirva para convencernos de que con sanciones económicas no se expulsa un gobierno autocrático. A Fidel Castro lo hemos tenido cercado económicamente durante los últimos treinta años y ahí sigue aferrado al poder.

General Scowcroft: Veamos ahora la posibilidad de capturar a Noriega y traerlo acá para ser juzgado.

General Powell: El secuestro del médico mejicano sospechoso de haber participado en el asesinato de un agente de la DEA me viene a la mente. Si mal no recuerdo la prensa mundial, sin excepción, condenó nuestra acción. Aún está por decidirse la culpabilidad del individuo y existen grandes posibilidades de que salga libre. En cualquier caso, un secuestro no sería misión para el ejército sino para los agentes de la CIA.

General Scowcroft: El tema del secuestro de Noriega fue planteado durante la administración del presidente Reagan. En aquella ocasión se desestimó porque iba en contra de la Orden Ejecutiva que prohíbe cualquier acto capaz de culminar en el asesinato de líderes extranjeros. Hoy, aunque haya variado la interpretación de esa orden, capturar a Noriega no resolvería nuestro problema en Panamá. Ya no se trata solamente de Noriega, sino de las Fuerzas de Defensa como un todo.

General Powell: Resulta difícil creer que no haya en el ejército panameño ningún hombre honesto y cabal.

Señor Eagleburger: Si acaso los hay, están en rangos muy inferiores. Según parece, todos los miembros del Estado Mayor y los oficiales de alta graduación están corrompidos. La captura de Noriega podría provocar en ellos una reacción de venganza en contra de los panameños y, sobre todo, de los norteamericanos que viven en Panamá. El desarrollo de la situación sería impredecible y podríamos terminar con varios Noriegas en lugar de uno.

General Powell: La única ventaja aparente que tendría la opción de secuestrar a Noriega es que se perderían menos vidas y bienes materiales, al menos al inicio. Conuerdo con el señor Eagleburger en que el desenvolvimiento de los acontecimientos posteriores al secuestro de Noriega es impredecible y quizás para entonces habríamos de recurrir a la tercera opción, pero ya sin el elemento sorpresa y sin el control de la situación que tendríamos si actuamos ahora. Creo que debemos descartar la segunda opción.

Señor Cheney: Conuerdo con Collin y eso nos deja únicamente la tercera opción, o sea, una acción militar directa contra Panamá. Solamente decirlo me produce escalofríos.

General Scowcroft: Realmente no estamos hablando de una acción militar contra

la República de Panamá, sino específicamente contra un dictador y el ejército que lo sostiene en el poder por encima de la voluntad de su pueblo. Esta es la manera como debemos enfocar el problema, sobre todo cuando llegue el momento de informar a nuestros aliados y al resto del mundo.

General Powell: Me gustaría que el secretario de Estado nos ilustrara sobre la posibilidad de que tropas de otros países de América Latina participen con nosotros en la acción militar, ya sea directamente o a través de los mecanismos de la OEA.

Señor Baker: No existe la más mínima posibilidad, General. La OEA trató de mediar en el asunto y lo que logró fue complicar más las cosas. En cuanto a la participación directa de algún otro país, hemos tocado el tema con varios gobiernos y con algunos líderes y la respuesta ha sido siempre la misma: el principio de la no intervención es sagrado en América Latina. Privadamente nos expresan su preocupación por la situación de Panamá y nos recuerdan que somos nosotros los que tenemos la responsabilidad de velar por la seguridad del Canal.

Una llamada que entraba en el teléfono codificado interrumpió en este punto la lectura del presidente. Luego de los usuales ruidos electrónicos, la voz del secretario de Estado se escuchó en el auricular:

—Señor presidente, me permito molestarlo porque han ocurrido nuevos incidentes que me indican que la situación en Panamá sigue empeorándose.

—Precisamente estoy terminando de leer el acta de la reunión del Comité Selecto. ¿Qué ocurre ahora?

—Aunque aún no tenemos todos los detalles, parece ser que un soldado norteamericano vestido de civil fue detenido por un soldado panameño que le exigía una identificación. Nuestro hombre lo que hizo fue sacar su arma y mató al panameño en el acto. La reacción no se ha hecho esperar y algunas conversaciones interceptadas por los servicios de inteligencia sugieren que los llamados Batallones de la Dignidad preparan actos de venganza contra norteamericanos residentes en Panamá. Además, algunos agitadores están haciendo llamados y lanzando consignas antinorteamericanas en las emisoras de la ciudad capital. El asunto se torna cada vez más grave y urgente, señor presidente.

—Veo que los hechos se están encargando de decidir por nosotros, más rápido de lo aconsejable. Convoca para mañana en la Casa Blanca al Comité Selecto y que venga también Marvin. A las cinco de la tarde para no arruinarles del todo el descanso dominical.

—Sí, señor. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Jim.

El presidente Bush colgó el teléfono, se levantó y se dirigió lentamente hacia la ventana del estudio. Afuera, los árboles, desnudos e indefensos, esperaban la primera nevada del año que estaba anunciada para la mañana siguiente. Aunque el inicio del invierno era la época menos atractiva en Camp David, resultaba también la más apacible y callada. En ocasiones George Bush prefería el silencio a la belleza, sobre todo cuando tenía que tomar decisiones importantes. En apenas 10 días sería 25 de diciembre y todo indicaba que tendría que enviar muchachos norteamericanos a pasar las fiestas navideñas lejos de su familia, combatiendo. Algunos de ellos no regresarían más y en las navidades venideras estarían tan sólo en el recuerdo de sus seres queridos. Esta era, sin duda, una razón más por la que sentía tanto desprecio por el dictador panameño. El presidente de los Estados Unidos sabía desde tiempo atrás que las acciones del sátrapa, que de empleado de la CIA había pasado a ser socio de narcotraficantes, lo obligarían a tomar el tipo de decisiones que a ningún jefe de Estado le complacía enfrentar. Regresó a su escritorio y continuó la lectura.

Señor Cheney: Ciertamente que la defensa del Canal será nuestra mayor justificación para intervenir. Los convenios nos dan ese derecho. Por esa misma razón una prioridad de la operación será que el Canal no sufra ningún daño.

Señor Baker: Además de nuestro derecho a proteger el Canal, pienso lograr de los líderes panameños una petición expresa de que intervengamos contra Noriega y su ejército.

General Powell: ¿Y qué líderes son esos, señor secretario?

Señor Baker: Me refiero a los que resultaron electos en las elecciones de mayo pasado y a quienes Noriega no permitió asumir el poder.

Señor Eagleburger: Endara, Arias y Ford, que ganaron con 80% de los votos. Ya hemos sondeado el asunto y están más que dispuestos a darnos lo que sea con tal de que los libremos de Noriega.

General Scowcroft: Cuando Delvalle era el presidente reconocido por nosotros solicitamos y obtuvimos una nota similar.

General Powell: Que nunca utilizamos.

General Scowcroft: En aquella época la intervención militar se descartó.

General Powell: Presumo que la siguiente pregunta es qué valor tendría una petición de tres señores que no ejercen ningún poder y que sólo lo ejercerán después de que la intervención militar se haya consumado.

Señor Eagleburger: Estamos trabajando en eso, general. Nuestro plan es que el

presidente y los vicepresidentes elegidos por el pueblo de Panamá tomen posesión de sus cargos justo antes de la intervención.

Señor Baker: Consideramos de suma importancia que no se produzca un vacío de poder en Panamá que nos obligue a quedarnos más tiempo del necesario. Estos señores, que fueron electos por la inmensa mayoría de su pueblo, tendrán que formar un gobierno y organizar el país.

General Powell: ¿Y serán capaces de hacerlo? La tarea no es nada fácil.

Señor Eagleburger: Conozco personalmente a los tres. Ford y Arias son hombres de mucho carácter. Endara es una buena persona, pero con muy poco carisma. La impresión que tenemos es que los dos vicepresidentes tendrán el poder y el presidente lo ejercerá, más bien como un mascarón de proa. En cualquier caso, estamos conscientes de las dificultades y tenemos gente lista para ayudar.

Señor Cheney: Hablemos ahora del tipo de acción militar que emprenderemos. ¿Tienes algún criterio formado, Collin?

General Powell: No tengo la menor duda, señor secretario, de que la acción debe ser aplastante. Usaremos todos los recursos necesarios para lograr el objetivo en el menor tiempo posible. Y para mí el objetivo está claro: destruir el ejército panameño rápida y totalmente para que el nuestro sufra el menor número de bajas. La captura de Noriega es para nosotros algo secundario y dependerá de la actitud que él asuma. Obviamente, si lucha será más fácil su captura que si decide esconderse. En cualquier caso, tarde o temprano lo aprehenderemos.

General Scowcroft: Existe también la posibilidad de que muera en combate.

Señor Baker: En cuyo caso nos ahorraría a todos muchos problemas.

General Powell: No creemos que Noriega ni ninguno de los militares de alto rango combatirán. Lo harán, tal vez, oficiales más jóvenes y nacionalistas, pero Noriega, lo dudo. Los espías jamás dan la cara y mucho menos en una guerra.

Señor Baker: ¿Estamos preparados para discutir los pormenores de la acción militar que será necesaria?

General Powell: A grandes rasgos, estoy listo para darles la información sobre los planes que hemos adelantado hasta ahora.

Las siguientes siete páginas del Acta estaban dedicadas a analizar la disposición y traslado de tropas, algunas de las acciones bélicas, el equipo a utilizarse, y otros detalles que el presidente leyó con interés, convencido ya de que en poco tiempo el ejército norteamericano estaría atacando a las fuerzas armadas panameñas. Le sorprendió un poco enterarse de que el Pentágono tenía la intención de usar un escenario tan reducido como Panamá para probar, por primera vez, el nuevo cazabombardero Stealth. «Los generales no pierden el tiempo», pensó.

A las cinco y quince de la tarde del domingo 17 de diciembre de 1989, los integrantes del Comité Selecto de Inteligencia se reunían en la Oficina Oval con el presidente.

El secretario de Prensa, Marvin Fitzwater, también estaba presente.

—¿Estamos todos conscientes del alcance de la decisión que tomaremos? ¿Hay algún ángulo que no se haya analizado lo suficiente y que debamos considerar ahora?

El presidente Bush miraba a cada uno de sus asesores esperando respuesta a sus preguntas. El primero en hablar fue el secretario de Estado.

—Me parece, señor presidente, que es indispensable tener presente que luego de nuestra intervención deberemos ayudar decididamente al nuevo gobierno de Panamá. Aunque no esperamos que la acción militar produzca mucha destrucción, la economía de ese país está en ruinas. En los últimos dos años, los indicadores han mostrado un retroceso y el producto interno bruto ha descendido a algo así como menos tres por ciento.

—Lo de la ayuda está claro, Jim, y no creo que tendremos mucha dificultad en el Congreso para conseguirla. Lo más importante será trabajar muy de cerca con el nuevo gobierno de Panamá. ¿Quién será nuestro hombre allá?

El que respondió ahora fue el general Powell:

—Los militares que dirigirán la acción han sido escogidos con mucho cuidado. El general Thurman estará encargado de todas las operaciones y su asistente será el general Cisneros, quien está en Panamá hace un año, habla perfecto español y es experto negociador. Además, en cuanto se dé la orden de proceder, el señor Eagleburger saldrá para Panamá a fin de coordinar todos los aspectos civiles con el gobierno de ese país.

El presidente Bush tomó nuevamente la palabra.

—Asegúrate, Lawrence, de que estos señores entiendan bien lo que de ellos se espera. Tienen que asumir enseguida el liderazgo de su pueblo. También hay que coordinar con ellos nuestros argumentos de que estamos protegiendo el Canal, etcétera, y, además, esperamos que nos ayuden a defender nuestra acción ante el resto del mundo, especialmente ante los países latinoamericanos. En realidad, iremos allá atendiendo invitación del

gobierno elegido libremente por los panameños.

—Descuide, señor presidente, yo creo que tengo el asunto muy claro. Algo que nos ayudará enormemente es que el noventa por ciento de los panameños quieren que Noriega salga a como dé lugar.

—Hablemos un poco ahora del tiempo que estaremos allá. ¿Cuál es tu mejor estimación, Collin?

—De los veintiséis mil hombres que enviaremos, la mitad estará de regreso antes de que termine el mes de enero. El resto permanecerá en nuestras bases en el Canal y poco a poco, a medida que la situación lo aconseje, retiraremos el exceso hasta quedarnos con los diez mil que usualmente mantenemos allá.

—Sé que siempre es difícil hacer estimados de este tipo, pero ¿qué has pensado en cuanto a bajas?

—No esperamos muchas porque el ataque va a ser masivo, señor presidente. Sin embargo, como queremos causar la menor destrucción posible, serán necesarias ciertas operaciones de combate con infantería y equipo ligero. Yo diría que no más de cincuenta y no menos de diez.

—Siempre resulta demasiado por más ínfimo que sea el número —musitó el presidente para sí mismo.

En este punto intervino el secretario de Defensa:

—Señor presidente, queda todavía el asunto de notificar al Congreso. Creo que hablo por todos los miembros del Comité al subrayar la importancia del elemento sorpresa.

—He pensado notificar a los líderes del Congreso dos horas antes del ataque. Ellos entenderán que es por el buen resultado de la operación. Lo que no estoy seguro es de que habrá mucha sorpresa cuando tengamos que movilizar más de quince mil hombres y gran cantidad de equipo. ¿Qué piensas tú, Brent?

El general Scowcroft miró al jefe del Estado Mayor Conjunto antes de responder.

—El general Powell es de la opinión de que Noriega y su gente están ya acostumbrados a nuestras maniobras y al movimiento de tropas y equipos en el área canalera. Desde ayer hemos aumentado esas movilizaciones para despistarlo. Con base en informes de inteligencia, creo que podemos afirmar que Noriega está convencido de que jamás lo atacaremos militarmente.

El general Powell intervino nuevamente.

—Más que la movilización, nos preocupa que tendremos que avisar a los norteamericanos que viven en el área del Canal para que se queden quietos el día del ataque. No sé si también debemos avisar al personal de la Embajada.

El presidente respondió enseguida y de manera tajante.

—Sólo se advertirá al Embajador o a quien haga sus veces. Esta vez no queremos infidencias.

—Muy bien, señor presidente. En cuanto a los norteamericanos que viven en Panamá, estamos haciendo lo posible para protegerlos después del ataque. Por lo pronto, en cuanto se inicien las acciones, se les notificará que deben esconderse con amigos. Los llamados Batallones de la Dignidad tienen instrucciones de capturarlos en caso de una acción militar.

—Bien, señores, la decisión de proceder está tomada. Falta por definir la fecha, que me parece debe ser cuanto antes.

—Si nos da la orden ahora, señor presidente, podemos estar atacando en la noche del martes 19.

—Que así sea, entonces, Collin. Examinemos ahora lo que diremos a la opinión pública norteamericana y al mundo.

El secretario Cheney intervino.

—Los cuatro objetivos fundamentales de la invasión son, en este orden: establecer la democracia en Panamá, salvaguardar vidas norteamericanas, proteger el Canal y capturar a Noriega. Es lo que tenemos que repetir siempre porque, además, es la verdad.

—¿Cuán limitada será la información? —preguntó Fitzwater.

—En cuanto a las acciones bélicas, el general Kelly y yo informaremos a la prensa periódicamente —dijo el general Powell.

—Y en cuanto a la información diplomática —agregó el presidente—, debes ser tan amplio como lo permitan las circunstancias, siempre sin salirnos de los cuatro objetivos mencionados por Dick.

—Señor presidente, todavía no he escuchado un nombre para la acción de Panamá. ¿Se ha decidido ya?

La pregunta la formulaba el secretario de Prensa.

—Cuando se pensó originalmente en una acción contra Noriega, la clave era Operación Cuchara Azul. Creo que es un nombre que hay que descartar.

—Brent tiene razón —dijo el presidente—. Cuchara Azul no identifica nada de lo que pretendemos hacer.

—¿Qué les parece el nombre Buena Causa? —preguntó el general Scowcroft.

El Secretario de Estado, que había hablado poco durante la reunión, intervino ahora.

—No creo que ninguna guerra o acción bélica pueda ser *buena*. Preferiría llamarla algo así como Justa Causa.

—Es un nombre que me gusta —dijo Cheney, mientras el resto murmuraba su asentimiento.

—Entonces todo está decidido. En la noche del martes 19 de diciembre lanzaremos la operación Justa Causa.

Con estas palabras el presidente Bush puso fin a la reunión. Mientras todos se ponían en pie, imitando al jefe, este volvió a repetir, como hablando consigo mismo.

—Es una pena tener que enviar a nuestros muchachos a combatir, sobre todo ahora que se acerca la Navidad. Pero es obvio que no hay otro camino.

PRIMERA PARTE

BELISARIO I

La sombra menuda y angosta de la piragua de Belisario Porras se dibujaba con perfecta definición en el espejo imperturbable de aquel trozo de mar Caribe atrapado entre las pequeñas islas del Archipiélago de las Mulatas. La luna ya no brillaba y, en breve, detrás de la canoa, como empujándola, los primeros rayos de sol empezarían a teñir el mar de sus islas. Belisario remaría entonces sobre un inmenso lago rojo y naranja. Surgirían después en derredor, casi como del agua, los penachos inmutables de los cocoteros, cabelleras rebeldes y oscuras al iniciarse el día y después, a pleno sol, verdes plumeros en busca de azul.

La condición singular que hacía de Belisario un tulle diferente en nada había afectado en él las demás características típicas de los jóvenes de su raza: delgado, pequeño, de cabello muy lacio y rasgos orientales, Belisario Porras habría podido ser un cuna común y corriente. Pero Belisario llevaba en él lo que muchos de los de su pueblo consideraban como un estigma traído por el hombre blanco quinientos años atrás: Belisario había nacido albino. La noche que su madre lo depositó sobre la tierra, su padre, viéndolo brillar inquieto, había exclamado: «Se le metió en el cuerpo el poni del sol y la luna. Por el enojo de sus desacuerdos brilla nuestro hijo y nunca sabrá cuál es el día y cuál es la noche porque es hijo ilegítimo de la luna».

La noche que nació Belisario los cantos que, siguiendo la tradición entonaba el curandero, se habían interrumpido bruscamente, pero, obedeciendo a aquel instinto que por un momento iguala al ser humano con el resto de los animales, Siapipi tomó a su niño rubio en los brazos para seguir cantándole ella el MuuIgala. A su lado, el Sáhila Malcom la dejaba hacer. Observando la mirada serena de su suegro, en cuya casa habitaba la familia por tradición, el padre de Belisario supo que el poni no se llevaría a su hijo. Al acercarlo a su seno, parecía que Siapipi cobijaba un trocito de luna.

Pese a la indiferencia del padre, Belisario, con la ayuda de su madre y de su abuelo, creció como un niño normal. El sonoro nombre que lo distinguía se lo había otorgado el kantule a petición de su abuelo, recordando aquel presidente que fue el jefe del país Panamá. «Era una manera de decir a mi nieto que es más importante que su piel de luna, su cabello rubio y sus ojos azules». En el fondo el Sáhila Malcom albergaba una enorme curiosidad por saber cómo sentía y se sentía su nieto albino y con mucha frecuencia, desde su hamaca, a la caída de la tarde se veía al abuelo conversando con Belisario. «¿Cómo ven tus ojos? ¿Son para ti todas las cosas azules?»... «No abuelo, las veo más bien muy blancas y brillantes»... «¿Por qué te atraen tanto las sombras y la luna?»... «Porque siento que el sol se enfurece cuando toca mi piel y que la luna y las sombras no me tocan. Tal vez es parte del poni que dice mi padre». «Ya te dije que en ti no hay poni y que el sol y la luna están siempre de acuerdo, como la noche y el día y el amanecer y el ocaso. Pronto serás sualibedi y si sigues trabajando para tu comunidad nada impide que algún día el pueblo te escoja como su guía y llegues a ser el primer sáhila color de luna».

El día 17 de diciembre, una enfermedad localizada en el pecho derribaba al Sáhila Malcom, quien desde su hamaca pidió a Belisario ir en busca del nieto mayor, al que necesitaba impartir unas últimas instrucciones antes de iniciar el viaje de retorno al paraíso.

Belisario, en cumplimiento de los deseos del abuelo moribundo, remaba pues, vigorosamente, como huyéndole al amanecer, para alcanzar el lanchón que en breve zarparía de la isla de Ustupu hacia Colón. Tres años atrás su hermano, Luciano Smith, había partido rumbo al país Panamá en busca de trabajo. Lo había obtenido finalmente en el Fuerte Amador, situado en la entrada del Canal, como ayudante de cocina, oficio que parecía perseguir a los cunas que abandonaban la comunidad. Conforme a la tradición, Luciano debía enviar al Sáhila una pequeña porción de su salario para ayudar a su pueblo. Una especie de impuesto de ausencia, como decía el abuelo Malcom, que permitía a los tules emigrantes mantener contacto con la comunidad y ayudarla. En el caso de Luciano, sin embargo, el Sáhila había decidido incrementar la suma de cinco a diez por ciento. «Mi nieto debe dar el ejemplo», había dicho el abuelo, pero Luciano consideró una injusticia el aumento y en señal de protesta dejó de enviar su contribución, motivando así

el enojo del Sáhila. Hacía dos años que su hermano no visitaba la familia ni enviaba mensajes y Belisario comprendió que su abuelo no quería morir sin hacer las paces con el mayor de sus nietos.

Belisario llegó al muelle cuando ya el sol de la mañana había dejado de ser manso para comenzar a penetrarle en el cuerpo. «Parece que los hijos de la luna —decía su abuelo— vienen sin el color que hace que el sol se quede sobre la piel y después resbale y se aleje. En ti los rayos penetran como lanzas en el agua». Belisario se ubicó en el sitio más oscuro de la embarcación, que pareció iluminarse con su presencia, y se preparó para la larga travesía hasta Colón, la ciudad del Atlántico. Era el 18 de diciembre de 1989.

CAPÍTULO I

El sargento Albert Calhoun disponía aún de un par de horas antes de abordar el autobús que lo llevaría a Savannah. Con la parsimonia habitual de aquellos a quienes les sobra tiempo, daba los últimos toques al nudo de su mejor corbata para luego intentar, en vano, vencer la rigidez del corte militar de sus cabellos. «Apenas salga del ejército», pensaba, «me dejaré crecer el pelo hasta que pueda peinarme». A pesar de todo, la imagen que le devolvía el espejo le satisfacía. Pensó entonces en Deborah y repasó una vez más en su mente las palabras con que dentro de unas pocas horas le propondría matrimonio. Todo estaba debidamente dispuesto para que la velada, sin duda la más importante de su vida, resultase perfecta. En Savannah arrendaría un automóvil para recoger a Debbie en su casa de los suburbios y conducirla luego a lo largo de la avenida Victory Drive hasta el restaurante Johnny Harris, el más romántico de todos los de la ciudad sureña. Había ahorrado lo suficiente durante los últimos tres meses para celebrar, incluso con una botella de champaña, siempre y cuando que, como esperaba, Debbie aceptara ser su esposa.

Veintitrés años antes nacía Albert Calhoun en la pequeña comunidad rural de Wannaska, en el estado de Minnesota, sitio en el que sus abuelos, emigrantes escandinavos de comienzos de siglo, habían adquirido una pequeña finca. Allí, en la misma casa que ellos construyeran, vivían aún sus padres, dedicados a la crianza de ovejas, actividad de la que los Calhoun derivaban el sustento desde hacía más de ochenta años. Entre ovejas había transcurrido la infancia y adolescencia de Albert, el segundo de cinco hermanos. A diferencia de Olaf, hermano mayor quien, además del nombre, heredara de su padre y de su abuelo el amor a las ovejas y la poca preocupación por los demás conocimientos, Albert, después de completar en Wannaska la escuela primaria, había decidido continuar sus estudios en

Roseau, la más importante de las ciudades de aquella campiña del estado de Minnesota. Una hora y media gastaba Albert en cada trayecto y el costo del pasaje tenía que cubrirlo él mismo con el pequeño estipendio que recibía por ayudar en la cafetería de la escuela a la hora del almuerzo. Durante el invierno, la nieve y el frío condicionaban su asistencia a clases, pero aún así, Albert había logrado su diploma con calificaciones aceptables. En casa, aunque sus padres y su hermano mayor mostraban cierta admiración ante el interés que por los estudios demostraba el segundo de los Calhoun, ni lo alentaban ni intentaban disuadirlo de que los continuara. El mundo de ellos, al igual que el de los abuelos, se iniciaba y terminaba en la pequeña granja de Wannaska, y las ovejas, sus quesos y su lana ciertamente no producían lo suficiente para que Albert aspirase a continuar sus estudios en la universidad estatal. Así pues, a los dieciocho años se enfrentaba este a la decisión de continuar en el frío, la nieve y la simplicidad de la vida bucólica, o dejar todo aquello en busca de nuevos y más estimulantes horizontes. Excelente jugador de hockey sobre hielo, en alguna ocasión durante sus años de escuela secundaria se le había abierto una ventana hacia el deporte profesional, pero la dificultad de estudiar en un ambiente tan complejo y la necesidad de trabajar en la granja esquilando ovejas durante el verano habían puesto término, prematuramente, a su carrera deportiva. Finalmente, en compañía de Frank Johnson, uno de sus mejores amigos de la escuela, se había decidido por el ejército. Frank quería ser piloto e ingeniero y Albert se interesaba por las leyes y algunas de las unidades especiales de infantería. Pensaban ambos que sirviendo en las fuerzas armadas podrían lograr los tres objetivos que entonces los animaban: salir de la monotonía rural de Minnesota para conocer algo de mundo, ganarse la vida haciendo lo que les gustaba y, por último, estudiar para conseguir un diploma que les abriría la puerta a un futuro mejor. Ambos amigos se alistaron juntos antes de cumplir los diecinueve años. Frank fue destinado a la Academia de la Fuerza Aérea Naval en Pensacola, Florida, mientras que Albert fue enviado a Fort Stewart, en las afueras de Savannah, Georgia para incorporarse a los Rangers. Al cabo de cuatro años, Frank había logrado aprobar algunos cursos de ingeniería mientras se entrenaba como piloto de combate. Albert, en cambio, dejó las leyes en el olvido y se entregó por completo a su entrenamiento de Ranger, habiendo alcanzado ya, gracias a sus esfuerzos, dedicación y preparación

física, el grado de sargento. A los veintitrés años tenía la apariencia típica que los niños que juegan a la guerra imaginan en un soldado: alto y fornido, de rostro cuadrado. Por sus maneras suaves, su sonrisa fácil y su carácter dócil y afable, consecuencia tal vez de su pasado ovejero, sus compañeros le apodaban «Gentil Al». Pero cuando se enfrentaban a él en la lucha cuerpo a cuerpo durante algún curso de entrenamiento cambiaban aquel apodo por el de «Loco Al».

En sus ratos de ocio, durante el invierno, Al Calhoun solía acudir a la pista de patinaje en hielo que funcionaba en uno de los modernos centros comerciales de Savannah. A pesar de su corpulencia, patinaba con suavidad, soltura y seguridad, producto de sus años en el equipo de hockey del colegio secundario de Roseau. Mientras la gran mayoría de sureños que compartían con él la pista helada apenas si podían deslizarse con torpeza e inseguridad, Al pasaba a su lado a gran velocidad, se volteaba para patinar de espaldas, giraba en círculos y de vez en cuando frenaba con tal violencia que levantaba nubes de pequeñas partículas de hielo. Fue durante uno de esos frenazos que conoció a Deborah Clark. Aprendía ella a patinar con su hermanita de catorce años cuando Albert les frenó enfrente, motivando la caída de ambas; y aunque acudió enseguida a ofrecer su ayuda y a disculparse, la recriminación de la mayor de las hermanas no se hizo esperar.

—Me parece de muy mal gusto que porque usted sepa patinar mejor que nosotras tenga que abusar.

—De veras lo siento. No fue mi intención. Permítanme ayudarlas.

Pese a las protestas de Deborah, era evidente que sin la ayuda de Al les resultaría mucho más difícil ponerse nuevamente en pie. Una vez sobre los patines ambas hermanas se alejaron, mucho menos rápido de lo que a Deborah le hubiera gustado. Sólo la más pequeña dio las gracias.

Albert las había observado alejarse deslizándose con pasitos cortos y una total ausencia de técnica. Impresionado por la belleza de la mayor, decidió acercarse nuevamente.

—Permítanme presentarme, señoritas. Soy Albert Calhoun. Como soy de Minnesota, donde siempre parece haber hielo, aprendí a patinar de pequeño. Si me lo permiten, les doy algunos datos que enseguida las ayudarán a hacerlo mejor.

Deborah iba a contestar con un no rotundo, pero su hermanita se le

adelantó con la espontaneidad que las mujeres sólo tienen a los catorce años:

—Nos encantaría.

Ante el entusiasmo de Angie, Deborah cambió de actitud.

—Soy Deborah Clark y esta es mi hermanita Angie. En realidad, es sólo la segunda vez que nos ponemos patines de hielo, lo que resulta evidente. Yo estoy un poco cansada ya, pero si quiere trate de enseñar a mi hermana.

Así se había iniciado para Albert la relación más hermosa e intensa de su corta vida. Todos los domingos en la mañana de ese invierno se encontraron en la pista de patinar y al llegar el mes de abril ya las dos hermanas se deslizaban por el hielo con gran soltura. Al finalizar la sesión de patines, Albert invitaba a las hermanitas Clark a almorzar en algunos de los restaurantes del centro comercial y luego Deborah lo conducía en su automóvil a la parada del autobús que lo llevaba de vuelta a Fort Stewart. Fueron muy pocas las oportunidades que tuvo Al de estar a solas con Debbie durante aquellos hermosos meses de invierno y no pudo decirle con palabras lo que ya era evidente en sus miradas y su trato: que se había enamorado perdidamente de ella, de sus cabellos color miel, sus inmensos ojos café, su sonrisa y sus modales distinguidos y gentiles a la vez.

Deborah Clark era la hija primogénita de James Clark, profesor de Bioquímica en la universidad de Emory y una de las grandes eminencias en su campo. El profesor Clark había contraído nupcias tarde en su vida con una de sus más cercanas colaboradoras en la cátedra. Deborah nació cuando él ya contaba cincuenta años y Angie cinco años después. Su esposa, la doctora Angela Stevens, quince años menor que el profesor, enfermó de cáncer poco tiempo después del nacimiento de Angie y, a pesar de los acuciosos cuidados de su marido, a los seis meses falleció. James Clark decidió entonces dejar la enseñanza para dedicarse a la crianza y educación de sus hijas, pero presionado por la universidad, hubo de aceptar, por razones más científicas que económicas, continuar con las importantes investigaciones que realizaba en torno a la interrelación de las hormonas. La condición que le impuso a las autoridades académicas de Emory fue que se le instalara un laboratorio en Savannah, ciudad cercana a Atlanta en la que vivía una de sus hermanas y con quien podría compartir la crianza de las pequeñas.

Debbie y Angie, por su parte, dedicaban sus mejores esfuerzos a velar por la salud de su padre que, como todo buen científico, muy poca atención

otorgaba al cuidado de su persona. Consecuencia de todo aquello fue que Debbie, a los veinte años, era una señorita chapada a la antigua. Excelente estudiante, había heredado de su padre el amor por la investigación y seguía la carrera de bioquímica en la universidad en la que su padre mantenía aún la titularidad de la cátedra. Los fines de semana, invariablemente, se trasladaba de Atlanta a Savannah para estar cerca de la familia y participar un poco en los experimentos de su padre. Fue durante uno de estos fines de semana que conoció al sargento Calhoun. Ninguna gracia causó a su tía Angela el enamoramiento de Debbie con un soldado, pero luego de conocerlo, quedó desarmada ante la apostura, la sonrisa tranquila y la personalidad apacible de Albert. Cuando finalmente Debbie encontró la oportunidad de presentárselo a su padre, este la felicitó por la elección. «Es un muchacho al que se le ve la determinación y el sosiego para lograr lo que se proponga», había dicho. Debbie le informó que apenas dejara el ejército, dentro de seis meses, Albert iniciaría sus estudios de leyes.

Efectivamente, el sargento Calhoun esperaba ansioso su salida de la vida militar para iniciar el estudio de una carrera que le permitiera, en un futuro no muy lejano, mantener a Debbie en el mismo nivel de vida que ahora disfrutaba. Estaba seguro de que lograría un trabajo mientras estudiaba, de modo que pudieran contraer matrimonio antes de concluir sus estudios, que si fueran de leyes le tomarían siete largos años. Y tanto tiempo no soportaría Al sin hacer a Debbie su mujer. Esta, conforme a los patrones inculcados por su padre y remachados por la tía Angela, no creía en las relaciones sexuales antes del matrimonio y aunque Al admiraba la pureza de Debbie, tan poco usual en estos tiempos, necesitaba a veces de la compañía íntima de una mujer, lo que motivaba que invariablemente, luego de alguno de aquellos encuentros con mujeres de ocasión, se sintiera indigno de la que algún día sería su esposa. De ahí que ahora anticipara con gran entusiasmo su próxima cita para proponerle formalmente compartirlo todo, con la bendición de la Iglesia católica, a la que su futura esposa pertenecía.

Faltaban apenas quince minutos para que Albert abandonara la barraca, cuando en los altoparlantes se escuchó una voz impersonal y monótona: «Atención a todo el personal, atención a todo el personal. A partir de este momento no podrán ausentarse del Fuerte hasta nueva orden. Todos los permisos, sin excepción, quedan cancelados».

Tres veces fue repetido el mensaje. «Maldita sea», masculló en voz baja Calhoun, «¿por qué hoy?». Que él recordara, tan sólo una vez se habían suspendido todos los pases de salida y en aquella ocasión fue por el bombardeo que el presidente Reagan había ordenado contra el líder libio Kadafi con motivo de los actos terroristas patrocinados por este. Pero hacerlo ahora, cuando no se vislumbraban conflictos, ¿por qué? ¿Qué podría estar ocurriendo? Su primera reacción fue llamar a Debbie, pero luego, todavía con algo de esperanza, resolvió averiguar primero de qué se trataba y si la medida era, tal vez, solamente temporal.

Al salir al patio se encontró con varios compañeros cuyos rostros reflejaban el mismo gesto de interrogación.

Nadie sabía nada, por lo que decidieron ir al centro de recreación a escuchar las noticias. Cuando el sargento Calhoun llegó, ya el salón de la televisión estaba a medio llenar. Alguien pidió silencio cuando se iniciaba la transmisión de las noticias de cada media hora en la cadena CNN. Ninguna parecía importante hasta que el locutor anunció que en Panamá un soldado norteamericano había ultimado de un disparo a un miembro de las fuerzas armadas panameñas. «Se trata de un incidente más de los muchos que últimamente se han suscitado entre las fuerzas armadas de los Estados Unidos y las del pequeño país centroamericano donde funciona el Canal de Panamá. Hace dos días, un soldado panameño mató a un soldado norteamericano de civil e hirió a otro, dando como justificación que habían hecho caso omiso a una señal de alto. Las fuerzas norteamericanas en el área del Canal han sido puestas bajo alerta Charlie».

Los presentes intercambiaban miradas incrédulas mientras algunos exclamaban: «¿Panamá? No puede ser Panamá».

A las seis de la tarde ya Albert no albergaba ninguna esperanza de que la orden de suspensión de los permisos de salida se revocara. El rumor de que próximamente irían a combatir a Panamá cobraba cada vez más fuerza. Así, pues, decidió llamar a Debbie.

—Al, ¿qué ocurre?, pensé que ya estabas por llegar.

—Suspendieron todos los permisos, Debbie. Estamos acuartelados hasta nueva orden.

—Pero, ¿cuál es la razón? Que yo sepa los Estados Unidos no están en guerra.

—Aún no nos han dicho nada, pero se rumora que seremos enviados a Panamá.

—¿A Panamá? ¿Donde está el Canal? ¿Se trata acaso de un traslado permanente?

—No, claro que no. Parece que son medidas preventivas contra el hombre fuerte de ese país, un general cuyo apellido suena así como Noruega.

—Noriega, Manuel Noriega —corrigió Debbie—. He oído su nombre en las noticias con frecuencia.

—Bueno, parece que el tipo ha estado dando qué hacer últimamente.

—¿Cuándo sabrás algo definitivo?

—Realmente lo ignoro, pero te llamaré tan pronto sepamos cualquier cosa.

Tras un instante de vacilación, Albert añadió:

—Esta noche era muy importante para mí, Debbie... Te iba a proponer que nos casáramos.

Un silencio precedió a las palabras de la muchacha.

—Espero que no te olvides de hacerlo en cuanto volvamos a vernos.

La emoción que hizo presa en Albert le llegó a Debbie con claridad a través de la línea telefónica.

—Entonces, ¿quiere decir que aceptas ser mi esposa, que esta noche me habrías dicho que sí?

—Por supuesto, soldado. ¿Qué esperabas? Pero esta conversación telefónica no te eximirá de la obligación de hacerme una proposición formal la próxima vez que estemos juntos.

—Me has hecho sumamente feliz, mi amor. ¿Qué dirán tu padre y la tía Angela?

—Ambos están algo sorprendidos de que todavía no hubiéramos tocado el tema del matrimonio. Se pondrán felices cuando les cuente, lo mismo que Angie que de un año a esta parte no hace otra cosa que preguntarme cuándo nos casamos.

—Te prometo que no los defraudaré, ni a ellos ni a ti. Dentro de seis meses obtendré un trabajo y empezaré a estudiar. Si todo va bien...

Debbie no dejó que Albert terminara la frase.

—Ya tendremos tiempo de sobra para hablar sobre el futuro y concretar planes. Por ahora debes preocuparte tan sólo de mantenerte sano. No dejes

de avisarme cuando sepas algo más de lo que está ocurriendo.

—Tú serás la primera en saberlo. Sea lo que sea no debes preocuparte porque ahora me siento inmortal. ¡Mi dama me ha dicho que sí!

Debbie dejó oír su risa alegre y antes de terminar la conversación le recordó llamar también a sus padres.

En el rostro del sargento Albert Calhoun había una amplia sonrisa de felicidad cuando colgó el teléfono. Ese sábado 16 de diciembre era, sin lugar a dudas, el día más feliz de su existencia. Iba a levantar una vez más el auricular para llamar a sus padres en Wannaska, pero lo pensó mejor y decidió esperar hasta saber algo más antes de inquietar a su familia. Además, los hombres en fila que esperaban tras él para hablar por teléfono empezaban a dar señales evidentes de impaciencia. Albert regresó a la barraca, se despojó de su traje dominguero y se tendió en el catre a elaborar planes para un futuro pleno de promesas en compañía de Debbie.

El domingo a las tres de la tarde aún no se sabía nada acerca del motivo del acuartelamiento. Albert había vuelto a conversar por teléfono con Debbie esa mañana, quien a esta hora estaría en el cine en compañía de Angie. La televisión seguía sin reportar ninguna noticia en torno a la inminencia de un conflicto bélico que involucrara a los Estados Unidos. Los informes de Panamá continuaban siendo los únicos alarmantes y el *Savannah Morning News* de esa mañana había traído noticias más detalladas de los últimos hechos acaecidos allá. Se ponía énfasis en que dos días atrás el general Noriega, dictador de Panamá, en una reunión del parlamento, había lanzado una declaratoria de guerra contra los Estados Unidos, «guerra que el ejército panameño no está en capacidad de librar ni el pueblo de Panamá, que en un ochenta por ciento se opone a la dictadura de Noriega, desea para su país», decía la noticia.

A las 20 horas los Rangers del Fuerte Stewart fueron informados que deberían estar listos con todos los pertrechos para partir exactamente a las 22 horas. Las comunicaciones externas quedaban interrumpidas a partir de ese momento. Mientras iniciaba la minuciosa tarea de verificar la existencia y buen estado de sus arreos de combate, Albert lamentó no haber llamado a su madre. Esperaba que Debbie, siempre precavida, una vez enterada del traslado de las tropas, se preocuparía por avisar a la familia de Al en Minnesota.

A medida que se aproximaban las 22 horas, los compañeros de Al cruzaban apuestas acerca de cual sería el destino al que finalmente se enviaría a los Rangers a combatir. La mayoría se inclinaba por Panamá, pero había también quienes pensaban que serían enviados al Oriente Medio y aún otros estaban convencidos de que se trataba de ejercicios de la OTAN para que los rusos de la vieja guardia supieran que los aliados permanecían listos para dar su respaldo a las reformas emprendidas por Gorbachov.

A la hora señalada, los Rangers empezaron a subir a bordo y a las veintidós y treinta las grandes aeronaves despegaban. Una vez a treinta y tres mil pies de altura, los hombres fueron finalmente informados por sus respectivos tenientes en torno al destino final del vuelo de esa noche.

—Nuestro destino esta noche es la base aérea de Howard, en el sector Pacífico de Panamá. Allí esperaremos hasta recibir nuevas órdenes.

Dentro del avión todos se alegraron de saber que Panamá era, efectivamente, su destino y algunos bromearon que si las acciones se iniciaban enseguida probablemente estarían de vuelta en sus hogares para celebrar la Navidad. Otros se preguntaban, medio en chanza y medio en serio, qué necesidad había de enviar un cuerpo especializado como los Rangers a combatir con el ejército de un país subdesarrollado comandado por un general que, según afirmaba la prensa, solamente lo era en virtud de que él mismo, apoyándose en su dictadura, se había otorgado el rango. Pero a pesar de la burla y las bromas, era indudable que todos se sentían nerviosos por la proximidad de la confrontación bélica. El sargento Calhoun permanecía callado, pensando ora en Debbie, ora en las Navidades en Wannaska, de las que por primera vez estaría ausente. También sentía una intensa inquietud frente a la probabilidad de que muy pronto estaría combatiendo y poniendo a prueba todos los conocimientos adquiridos durante los arduos años de entrenamiento. Seguramente tendría una patrulla bajo su responsabilidad, lo que aumentaba aún más su preocupación.

A las dos de la mañana desembarcaron los Rangers del Fuerte Stewart en la Base Aérea de Howard, donde fueron alojados en unas enormes barracas próximas a la pista de aterrizaje. El día lunes, 18 de diciembre, la tropa se mantuvo activa con ejercicios ligeros e igual ocurrió la mañana del martes. Nada realmente nuevo se decía en las noticias de la estación de televisión del Comando Sur acerca de la situación en Panamá, por lo que algunos soldados

pensaron —entre ellos Albert— que se trataba de una falsa alarma y que al final de cuentas no habría ninguna guerra. Pero el martes, a las 20 horas, Albert fue llamado al centro de operaciones junto con otros cincuenta y nueve hombres. Las instrucciones sobre la misión las impartió el capitán de los Rangers, Thomas Tuttle.

—A las cero treinta horas de esta noche lanzaremos un ataque contra las fuerzas armadas panameñas. El propósito es inutilizarlas en el menor tiempo. Queremos que los ataques se lleven a cabo de tal manera que causen el menor daño a los bienes y a la población civil. Aquí pueden observar los primeros objetivos.

El capitán iba señalando en un gran mapa de la ciudad de Panamá y sus alrededores, los diferentes puntos en los que se concentraría el ataque. El cuartel central, el aeropuerto Omar Torrijos, el aeropuerto de Paitilla, el cuartel de Tinajitas, el cuartel de Panamá Viejo, la base militar de Río Hato.

—Ustedes forman parte de la Fuerza de Ataque del Pacífico y su misión específica es tomar y retener el cuartel de Panamá Viejo, base del Escuadrón de Caballería, que es una de las tropas elites de Noriega. Para ello se lanzaran en paracaídas en esta zona mientras nuestros helicópteros lanzan un ataque con cargas livianas sobre el cuartel. El área de Panamá Viejo está rodeada de una barriada pobre y no queremos causar más daño que el indispensable. Una vez finalizado el bombardeo, ustedes se ubicarán en posiciones claves aquí, aquí y aquí —el capitán señalaba en el mapa— desde donde avanzarán y tomarán el cuartel. Deben estar preparados para cualquier cosa pues ignoramos cómo reaccionará el enemigo. Cada sargento será responsable de un pelotón de quince hombres. ¿Alguna pregunta?

A las cero horas y un minuto despegaba de la base aérea de Howard el avión que conducía al sargento Albert Calhoun y a otros cincuenta y nueve Rangers en su primera acción bélica contra un enemigo de carne y hueso. El salto sería desde mil quinientos pies y la patrulla que comandaba Albert caería en una playa ubicada a unos quinientos metros del cuartel de Panamá Viejo. Los soldados, en silencio, procuraban impartirse ánimo con miradas y sonrisas algo forzadas. Aquello para lo que habían sido selectivamente entrenados estaba próximo a materializarse: la verdadera guerra.

El último pensamiento de Albert antes de atravesar la puerta del avión fue para Debbie. Pidió a Dios que le preservara la vida para poder

entregársela intacta a su futura esposa y saltó al vacío. El paracaídas se abrió sin contratiempo y el sargento Calhoun empezó el suave descenso hacia su objetivo. La oscuridad era total. De pronto, a su izquierda Albert vio los fogonazos y escuchó el estruendo de las primeras bombas. Por un momento apareció ante sus ojos, como si alguien la retratara con un gigantesco flash, la ciudad de Panamá. Desde ese instante el ruido y la iluminación de las bombas fueron en aumento. Seguidamente, muy cerca, advirtió el girar de aspas de helicóptero y vio cuando lanzaban sus cohetes muy cerca del lugar donde estaba próximo a caer. Las explosiones en lo que, supuso, era el cuartel de Panamá Viejo le permitieron vislumbrar la costa y la playa que cada vez se acercaba a mayor velocidad. Del cuartel, cuya sección frontal estaba en llamas, empezaban a salir los primeros disparos y el silbido de las balas se sumó a los otros ruidos que estremecían la noche.

CAPÍTULO II

La llamada de John Bushnell, encargado de negocios de los Estados Unidos, le llegó a Ricardo Arias Calderón mientras cenaba en compañía de su familia.

—Necesito verlos a usted, a Billy Ford y a Guillermo Endara. Se trata de algo urgente y de suma importancia. Si los puede reunir en su casa, yo estaría allí a las nueve.

—Deme un número donde pueda llamarlo.

—Es mejor que yo lo llame nuevamente, ¿le parece bien dentro de un cuarto de hora?

—Me parece muy bien.

Ricardo Arias Calderón, presidente del Partido Demócrata Cristiano de Panamá y el más conocido opositor de la dictadura militar de Noriega, presintió que algo realmente importante estaba por ocurrir. Enseguida se puso en contacto con sus dos compañeros de nómina en las fallidas elecciones de mayo de 1989 y a las nueve, los tres políticos esperaban con impaciencia la llegada del representante de los Estados Unidos. Este venía solo y fue directo al grano.

—Esta noche llegará a la base aérea de Howard un visitante de muy alto rango en mi gobierno. Aunque no estoy autorizado para revelarles su identidad ni el motivo de la visita, puedo adelantarles que se trata de algo de gran trascendencia para su país. Se me ha pedido que los cite a ustedes y a algunos líderes de la comunidad, no más de dos o tres.

—¿En qué lugar nos encontraríamos? —preguntó Billy Ford.

—Los esperaré a la entrada de la base a las once y de allí los llevaré al sitio de la reunión. Ahora tengo que irme.

Los tres políticos especularon un momento en torno a lo que podía estar ocurriendo, y, aunque coincidieron en que realmente esta vez sí parecía tratarse de algo serio, decidieron no adelantarse a los acontecimientos.

—¿A quién más llevamos? —preguntó Endara.

Arias Calderón se apresuró a contestar.

—Me parece que Maribel Arango debe acompañarnos. Es la líder indiscutible de la Cruzada Civilista y, además, la candidata que más votos sacó en las elecciones para legisladora.

—Estoy de acuerdo —expresó Ford—. ¿A quién más podemos llevar?

—¿Qué les parece si le decimos a los demás presidentes de los partidos de la alianza de oposición? —preguntó ahora Endara.

—Son muchos y el encargado de negocios nos pidió solamente un par de personas. Creo que conque nos acompañe Maribel es suficiente. Si el asunto es tan serio como parece, entre menos participemos más fácil será tomar cualquier decisión.

Billy Ford estuvo de acuerdo con la opinión expresada por Ricardo Arias Calderón, a quien se comisionó para contactar y buscar a Maribel Arango.

Los cuatro panameños fueron recibidos en la entrada de la base Howard por John Bushnell y una escolta militar. Se les pidió dejar allí su automóvil y fueron escoltados al despacho del comandante de la base. En el momento en que entraban se cruzaron en la puerta con dos militares de alto rango. Detrás de ellos venía Lawrence Eagleburger, subsecretario de Estado, quien, al ver a los líderes panameños, hizo las presentaciones de rigor:

—Los generales Thurman y Cisneros. Estos son los señores Endara, Arias y Ford, líderes electos por el pueblo de Panamá en mayo pasado.

Una vez finalizaron los apretones de mano, Billy Ford procedió a presentar a la única mujer del grupo.

—Esta es la señora Maribel Arango de Santini. Ella ha sido el alma de la Cruzada Civilista.

Los dos generales saludaron y se despidieron enseguida y Eagleburger invitó a los panameños a sentarse. El encargado de negocios Bushnell permaneció con ellos. El enviado del presidente Bush estuvo un rato en silencio, como buscando palabras para iniciar la conversación. Miró detenidamente a cada uno de sus interlocutores y se dio cuenta de que los informes que tenía sobre ellos se ajustaban a lo que creía adivinar en sus rostros y sus gestos. Endara, el presidente electo, era indudablemente un hombre bonachón y afable, que incluso ahora, en un momento de tanta gravedad, sonreía. Arias Calderón, el primer vicepresidente, de una seriedad

casi mística, parecía más un sacerdote que un político. De Billy Ford, segundo vicepresidente, le sorprendió que fuera mucho más joven de lo que aparentaba ante las cámaras, sobre todo cuando el mundo entero contempló en la televisión la golpiza que le habían infligido los serviles de Noriega. Parecía, en cualquier caso, el más corriente de los tres. En cuanto a la señora Arango de Santini, era la primera vez que la veía y en sus informes acerca de la situación de Panamá apenas si había una que otra referencia a ella, como activista contra el régimen de Noriega. Aparentaba unos cuarenta años y era un mujer hermosa, muy distinta a las damas que en su país se agitaban en la defensa de los derechos de la mujer, o de las lesbianas, o del derecho a la vida. Eagleburger inició finalmente su discurso:

—Es mi deber comunicarles que el presidente de los Estados Unidos ha ordenado una acción bélica contra las fuerzas armadas de Panamá. Nuestro propósito es el restablecimiento de la democracia en su país, la salvaguarda de vidas norteamericanas, la protección del Canal y la captura de Noriega.

Eagleburger se detuvo un instante para observar el efecto de sus palabras. Los panameños se miraban sin decir nada. Endara había dejado de sonreír.

—Las acciones se iniciarán exactamente dentro de una hora y trataremos de causar la menor cantidad de bajas y daños posibles. Es el deseo de mi gobierno que ustedes, señores, asuman el mando de su país a partir de ahora.

El primero en reaccionar fue Ford.

—¿De qué tipo de acción bélica estamos hablando? ¿Se trata de una incursión para capturar a Noriega o de una invasión?

—No nos gusta usar el vocablo *invasión*; preferimos hablar de liberación. En cualquier caso, atacaremos a las Fuerzas de Defensa de Panamá en varios puntos simultáneamente. No hay que llamarnos a engaño: Se trata de una acción a gran escala y habrá muertos que lamentar, me temo que en ambos bandos. Lo importante es que no se produzca un vacío de poder que luego haga las cosas más difíciles. Es por esto que insistimos en que ustedes asuman sus funciones desde ya.

—¿Ante quién tomaremos posesión? —preguntó Endara.

—No creo, Guillermo, que ese sea un problema ahora. Maribel, que será probablemente la presidenta de la Asamblea, puede juramentarnos en el cargo. No olvidemos que estamos aquí porque el pueblo nos eligió y es nuestra verdadera y única credencial. Lo que más importa ahora es armar un

gobierno cuanto antes.

Eagleburger intervino nuevamente.

—El señor Arias tiene razón. Deben dedicarse desde ahora a formar un gobierno. Entre más rápido lo logren ustedes menos tiempo tendremos que estar nosotros en Panamá. Por lo pronto, mañana mismo deben ir a la televisión, radio y prensa a informar al pueblo que la democracia ha retornado a Panamá. Desde este momento contarán con una escolta militar permanente que les permitirá movilizarse con cierta libertad.

Billy Ford preguntó:

—¿Quién será nuestro canal de comunicación con ustedes? ¿Qué ayuda podemos esperar de los Estados Unidos después de la invasión?

—El presidente Bush está solicitando y obtendrá del Congreso una ayuda importante para Panamá. Durante los próximos dos o tres días todo estará en manos de los militares, nuestros militares, así es que durante ese periodo dudo que haya canales civiles de comunicación abiertos. Es el plazo que tendrán para integrar el gobierno. Posteriormente, cuando el grueso de la batalla haya pasado, vendrán civiles de alto rango a ayudarlos a poner todo en orden. Mientras dure la acción, repito, todo estará en manos de nuestros militares. No olviden que se trata de una guerra.

Maribel Arango, que hasta ahora no había emitido palabra, se atrevió a preguntar con cierta aprehensión:

—¿Qué ocurrirá con la ciudad mientras transcurre la acción bélica? No podemos olvidarnos de los famosos Batallones de la Dignidad que seguramente saldrán a hacer todo el daño que puedan, tal como han venido amenazando. En otras palabras, ¿quién cuidará la ciudad y a sus habitantes?

—Lo haremos nosotros, señora. En cuanto cese la resistencia que oponga el enemigo, cualquiera que sea, asumiremos las funciones de policía en la ciudad.

La entrevista llegaba a su fin y cuando los panameños se ponían de pie para marcharse, Eagleburger dijo:

—Hay algo más, señores, que mi gobierno necesita de ustedes. Estamos conscientes de la reacción que se producirá en el mundo y especialmente, en la América Latina. Siguiendo una vieja costumbre, volverán a acusarnos de intervencionistas, imperialistas, etc. Como saben, el Tratado nos da derecho a intervenir en Panamá para proteger el Canal, pero no es nuestra política

hacerlo unilateralmente. Así es que requerimos que, como líderes de su país, nos envíen una carta en la que formalmente soliciten nuestra intervención para proteger el Canal. ¿Habría alguna objeción?

Los líderes panameños se miraron y Endara fue el primero en responder.

—De mi parte ninguna. El pueblo nos entenderá.

—Entonces, procedamos con la redacción de la carta. Nos queda poco tiempo.

Maribel Arango llegó a su casa, ubicada en el décimo piso de uno de los tantos condominios levantados en Punta Paitilla, justo antes de la hora en que debería iniciarse el ataque. Reunió a su marido y a sus dos hijos en el estudio de la casa y luego de referirles brevemente la conversación con Eagleburger, se sentaron todos frente al televisor para sintonizar el canal de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos. A las 12:20 a.m. la clave de movilización de los soldados acantonados en el área del Canal pasó de Charlie a Delta y, cinco minutos más tarde, de Delta a Eco, indicando guerra. Afuera se sintieron las primeras explosiones y desde la terraza de su apartamento, los Santini pudieron vislumbrar las primeras llamaradas en el área del Casco Viejo de la ciudad donde estaba ubicada la Comandancia de las Fuerzas de Defensa. La invasión había comenzado.

Maribel Arango llegó al mundo en un hogar en el que aún se escuchaba la palabra *abolengo*. Por el lado de su padre el apellido se remontaba hasta los próceres de la independencia mientras que en una de las tantas ramas del árbol genealógico de su madre figuraba algún expresidente de la República de Colombia. Al nacer Maribel la fortuna de su familia era ya solamente un vestigio de lo que una vez fuera y aunque a los vástagos Arango Núñez no les faltaba lo necesario para llevar una vida cónsona con la posición social que ocupaban sus padres, Maribel y sus dos hermanos menores pronto comprendieron que si querían estudiar en universidades norteamericanas tendrían que hacerlo a base de esfuerzo propio. Para deleite de sus padres, pronto se inició una tenaz competencia entre los hermanos por obtener las mejores calificaciones; y aunque los tres se graduaron de la escuela secundaria con sobresaliente, sólo Maribel, la mayor, logró la beca

indispensable para continuar estudios en los Estados Unidos.

En la universidad de Nueva York escogió la carrera de periodismo y comunicaciones y sus notas continuaron siendo excelentes. En un principio, su padre se había opuesto a que la hija, que era su mayor orgullo, se enfrascara en el estudio de una carrera de poco futuro en Panamá, donde la gente leía poco y los gobiernos no mostraban el más mínimo interés en respetar la libertad de prensa. «Precisamente por eso lo hago, papá», fue la respuesta de Maribel. «El periodismo es la mejor trinchera para educar y luchar contra los malos gobiernos y algún día, con el concurso de todos los que creemos en la libertad, lo podré ejercer en mi país sin cortapisas de ninguna clase y la gente me leerá».

La rebeldía de Maribel mientras asistía a la universidad se advertía enseguida en toda su persona y sus cosas. Vestía con falda larga y boina y rehusaba usar lentes de contacto. Sin embargo, ni los lentes, redondos y muy grandes, ni sus ropas anticuadas, lograban ocultar su feminidad y hermosura. Sus facciones eran de perfección casi clásica, con ojos negros y enormes, y bajo la falda y la blusa amplia se adivinaba una figura delgada pero plena, con extremidades largas, torneadas y de movimientos lentos y a la vez rítmicos.

Maribel se entregó por completo a sus estudios y apenas si se permitía uno que otro escape para disfrutar la vida cultural de Nueva York. Casi nunca asistía a las fiestas organizadas por los latinos y cuando lo hacía era con miras a obtener una entrevista con algún héroe deportivo o estudiante muy destacado, para luego publicarla en el periódico semanal de la universidad.

Fue en una de aquellas escasas incursiones en la vida nocturna que conoció a Philippe Bertrand. Se lo presentaron como el campeón de clavados del Estado de Nueva York y Maribel, allí mismo, le solicitó una entrevista.

—Me encantaría, aunque no creo que encuentre en mí mucho material noticioso. Pero con el ruido y la cantidad de gente que hay aquí será difícil concentrarnos. Le propongo ir a cenar a un pequeño y apacible restaurante a dos cuadras de este lugar. Si acepta, le prometo responder a todas sus preguntas.

Antes de asentir, Maribel observó con detenimiento, casi con desenfado, a su interlocutor. Algo más alto que ella, delgado y de rasgos finos, Philippe parecía cualquier cosa menos un campeón de clavados. El cabello muy negro,

los ojos azules y la sonrisa fácil convencieron a Maribel que se trataba de un hombre apuesto.

—Acepto con mucho gusto. Lo cierto es que no disfruto nada estas fiestas escandalosas.

Durante el recorrido hasta el restaurante, fue Philippe quien hizo todas las preguntas para luego concluir:

—Debo decirte que eres la primera panameña que conozco y ya siento una gran curiosidad por ir a tu país. Si todas sus mujeres son tan hermosas como tú, entonces debe ser el lugar más bello de la tierra. Además, si hay otras periodistas así, los diarios panameños solamente pueden decir cosas agradables.

Philippe hablaba con una seriedad en la que a veces asomaba un dejo de burla, y Maribel, poco acostumbrada a halagos tan directos, no supo en un principio cómo reaccionar. Se refugió en su pose de periodista dedicada.

—No sigas invirtiendo los papeles. Aquí la que entrevista soy yo y tú eres el entrevistado.

En el transcurso de la cena, Maribel se enteró de que Philippe Bertrand había nacido en Quebec, que cursaba el último año de Medicina en la universidad de Columbia, que posteriormente se especializaría en inmunología en la universidad de McGill, en su país natal, que los clavados eran para él una afición sin mayor trascendencia y que, en efecto, el año anterior había sido el primero en una competencia entre las universidades del estado de Nueva York.

—Sin embargo, amiga periodista, en los Estados Unidos hay, probablemente, más de trescientos clavadistas mejores y más jóvenes que yo, que ya a los veintiséis años no puedo sino desmejorar. Es por eso que te decía que no soy material que pueda interesar a tus lectores.

A Maribel le agradó la humildad con que se expresaba aquel franco-canadiense, a pesar de que todo él proyectaba exactamente la imagen opuesta. Philippe actuaba y transmitía tal confianza y seguridad en sí mismo que, de no ser por su gran naturalidad, sin duda pasaría por el típico francés antipático.

«Es la clase de persona», pensaba Maribel, «que nos parecen antipáticos hasta que los tratamos».

Al llegar los postres, ya los que conversaban no eran una estudiante de

periodismo y un campeón de clavados, sino una muchacha panameña, muy hermosa sin aparentar saberlo, y un canadiense-francés pleno de proyectos para el futuro. Para ella, Philippe era el primer hombre que realmente le interesaba, y para él, Maribel representaba exactamente el tipo de mujer que siempre había anhelado encontrar.

Las relaciones entre la estudiante panameña de periodismo y el estudiante canadiense de medicina se estrecharon y al cabo de cuatro meses, cuando Maribel, luego de concluido el tercer año de su carrera, regresó de vacaciones a Panamá, traía con ella un álbum de fotos donde Philippe era el artista principal. Sobre la mesita de noche de su cuarto colocó una desde donde él le sonreía en su bata blanca de doctor. Sus padres no quisieron otorgarle demasiada importancia al enamoramiento y, más bien, se alegraron de que, al fin, hubiera encontrado a alguien que le interesara. No faltó, sin embargo, la esperada advertencia de su madre: «Lástima que sea canadiense y no panameño. Recuerda que en Panamá son pocos los matrimonios con extranjeros que no terminan en divorcio».

A solicitud de la Facultad de Medicina de Columbia, Philippe decidió permanecer en Nueva York un año más, como asistente en la cátedra de Enfermedades Infecciosas e Inmunología. Había cambiado su decisión de ingresar cuanto antes a McGill porque no quería separarse de Maribel. Ese año la invitó a pasar Navidades con su familia en Quebec y aunque en un principio los padres de Maribel se opusieron, sabían que si ella quería ir a Canadá era por gusto lo que ellos hicieran o dijeran.

En el hogar de los Bertrand, Maribel fue tratada como una reina. La belleza de Quebec, a pesar del frío del invierno, la impresionó tanto como la francofilia del padre de Philippe, que era un verdadero activista en pro de la separación de la provincia canadiense. Maribel aprendió a comprender las raíces históricas del problema y se propuso escribir un artículo sobre el tema. La noche antes del regreso a Nueva York, Philippe la llevó a pasear a orillas del río San Lorenzo, en la explanada del Chateau Frontenac. Era una noche despejada, de luna llena, y Maribel jamás olvidaría la belleza mágica de aquel promontorio desde donde a un lado se veía el majestuoso edificio iluminado por la luna más grande que jamás contemplara, y al otro, el anchuroso cauce del San Lorenzo, vestido de blanco y plata.

—¡Qué lugar tan fascinante!

—Estoy feliz de que te guste mi país pues algún día espero que quieras vivir aquí conmigo.

Era la primera vez que Philippe hablaba con tanta seriedad sobre sus relaciones y Maribel sintió, a la vez, emoción y temor. Para poner fin a la conversación se limitó a contestar: «Me encanta Quebec. Es un sitio en el que cualquiera se sentiría dichoso.»

Durante el resto del invierno, el trabajo de laboratorio de Philippe y los estudios de Maribel los mantuvieron más separados de lo que ambos deseaban. Llegó entonces la primavera de 1963, aquella gloriosa primavera que jamás olvidarán Maribel y Philippe. El invierno había sido especialmente severo y cuando al fin aparecieron las primeras hojas en los árboles y volvieron los colores a los parques y jardines de la ciudad de los rascacielos, ambos comprendieron por qué la primavera se esperaba con tanta ansia y figuraba en tantas canciones y poemas.

Un sentimiento de euforia, un auténtico *spring fever*, se apoderó de ellos durante su primer paseo primaveral por el Parque Central. Esa noche cenaron en el mismo restaurante de la noche en que se conocieron, y después, con la naturalidad que sólo el amor conoce, compartieron juntos los deleites de sus cuerpos. Al poco tiempo Maribel y Philippe alcanzaron el placer insuperable de la armonía sexual y su amor se afincó con verdadero afán de futuro.

En mayo se graduó Maribel y Philippe terminó su contrato con Columbia; cuando se separaron estaban seguros de que antes de fin de año contraerían matrimonio. «Te va a gustar el ambiente de McGill y, además, puedes tomar algún curso de postgrado que te interese», había dicho Philippe.

Una vez en Panamá, Maribel empezó a darse cuenta de que si bien el amor los unía, todas las demás circunstancias eran adversas a su relación. «Yo y mis circunstancias, yo y mis circunstancias», le repetía continuamente su madre. Decidió, pues, tomar las cosas con un poco más de calma y así se lo hizo saber a Philippe, quien ya había obtenido para ellos una «pequeña casa, con un pequeño jardín, todo perfecto para albergar un gran amor».

En diciembre Philippe fue a Panamá a pasar Navidades con la familia Arango y, a pesar de que lo atendieron con auténtico cariño, pronto comprendió que el amor de Maribel, aunque aún subsistía, se le escapaba de entre las manos. La víspera de su retorno a Canadá, Philippe hizo un último

esfuerzo:

—¿Qué pasó con nuestros proyectos? ¿Si nada ha cambiado, como a veces dices, por qué es que todo parece haber cambiado? El amor hay que alimentarlo y para eso debemos estar juntos.

—Philippe, nunca dudes de mi amor. El problema no es ese. ¡Pero hay tantas cosas que de pronto se van amontonando entre nosotros, como una gran montaña! Tú has visto lo unidos que somos en mi familia, y Panamá es, también, como una gran familia. Irme es muy difícil. Si tú pudieras estar siempre aquí, vivir aquí. Pero sé que no puedes. ¿Por qué no dejamos que el tiempo se encargue de decidir por nosotros?

Y así fue. Al cabo de un año ya ni siquiera se escribían y de aquel amor inmenso Maribel guardaba un recuerdo que apenas ocupaba un pequeño rincón en su memoria. Se dedicó plenamente al periodismo y al cabo de unos años aprendió a querer a Emilio Santini, un antiguo pretendiente, cinco años mayor que ella y heredero de una cadena de supermercados.

Emilio era un hombre bueno, tranquilo y dedicado a sus negocios. Si bien no le había dado a Maribel un matrimonio excitante, esta se sentía segura y contenta. Sus dos hijos, Alfredo y Analisa, terminaron por llenar su vida y cuando estos crecieron, Maribel pudo dedicar la mayor parte de sus energías a combatir a la dictadura militar que se había apoderado de Panamá. Primero empezó con su pluma y luego se fue a la calle, llegando a ser la líder más reconocida de la Cruzada Civilista, única organización que ejercía presión contra los militares. A menos de un año de las elecciones de mayo se hablaba ya de su candidatura a la Asamblea Legislativa, que sería acuerpada por todos los partidos de oposición.

Maribel no supo más de Philippe, a pesar de que, de vez en cuando, alguna palabra o situación compartida le traía su recuerdo. En su fuero íntimo sabía que aquel estudiante de medicina había sido el gran amor de su vida.

Faltando aún cinco meses para las elecciones de mayo, a su despacho en las oficinas de la Cruzada entró una de las secretarías voluntarias a avisarle que la buscaba un periodista. «Aunque habla bien el español, creo que es francés, por el acento. Además es muy guapo». Maribel sintió que el corazón se le aceleraba. «Dile que entre».

El periodista, que por un momento la hizo evocar —«¿Cómo llevará

Philippe sus cuarenta años?»—, resultó ser Pierre Raveneau, enviado por la revista francesa *L'Express* para escribir un reportaje sobre Panamá, la dictadura y la Cruzada Civilista. Era un hombre ya maduro, bien parecido, y con el mismo dejo burlón, aunque simpático, que ella asociaba al recuerdo de Philippe Bertrand. El profesionalismo y la agudeza del francés la impresionaron grandemente y a la primera entrevista se sucedieron otras hasta que entre ellos la relación del periodista y la mujer-noticia dio paso a una buena amistad, esas en las que el amor puede florecer en cualquier momento.

Antes de regresar a París, Pierre le pidió a Maribel, abiertamente, que se fueran juntos. «Déjame enseñarte el París que nunca has conocido», había dicho. Maribel supo rehusar sin herirlo. «Hay cosas que no puedo hacer, por más que quiera».

Pierre prometió regresar para las elecciones y así lo hizo. A finales de mayo reportaba a la revista *L'Express* que en Panamá, a pesar de la dictadura, una mujer, Maribel Arango, líder de la Cruzada contra los militares, había sido electa legisladora con la mayor votación de todos los candidatos. A raíz de la anulación de las elecciones y la agudización de la crisis panameña, Pierre volvió a suplicar a Maribel que lo acompañara a París.

La justificación, esta vez, era una invitación de *L'Express* para dictar una conferencia a la Asociación de Periodistas Franceses. Maribel pidió a su marido que la acompañara, pero la crisis que atravesaba Panamá impedía que Emilio abandonara su negocio. En septiembre de 1989, Maribel Arango viajó sola a París y su visita recibió amplia cobertura en la prensa francesa. Durante la segunda semana de su estadía fue huésped de Pierre en el pequeño departamento ubicado justo en el lugar en que la calle Saint André des Arts desemboca en la Place Saint Michel, junto al Sena. Allí, en brazos del francés, revivió por unos días la pasión amorosa que por tanto tiempo permaneció escondida, como un suave rescoldo, junto al recuerdo de Philippe Bertrand. Aquellos paseos a lo largo del río hasta llegar a Notre Dame vivirían para siempre en su memoria. La falta de remordimiento al regresar a su hogar no dejó de sorprenderla un poco. Emilio no había preguntado nada.

Ahora, mientras contemplaba con sentimientos encontrados los primeros efectos de la guerra desde la terraza de su condominio, Maribel se preguntaba si acaso Pierre volvería a Panamá a cubrir la invasión. A las seis de la mañana recibió una llamada de Ricardo Arias Calderón avisándole que a las ocho aparecerían en la televisión para informar al pueblo acerca de la integración del nuevo gobierno. A esa hora ya ardían varias secciones de la ciudad, entre ellas el cuartel central, El Chorrillo, el aeropuerto de Paitilla y el área aledaña al cuartel de Panamá Viejo. Maribel Arango, con una mezcla de tristeza y satisfacción, empezó a pensar en cuáles serían sus primeras palabras como presidenta de la Asamblea a los ciudadanos de Panamá.

CAPÍTULO III

El coronel Luis Del Cid, jefe de la Quint Zona Militar en la provincia de Chiriquí, estaba terminando de hablar por teléfono cuando el teniente Rafael Saldaña se cuadró frente a él.

—¿Mi coronel envió por mí?

—Sí, siéntate Rafa. Acabo de cerrar con el Comando en Panamá y el asunto con los gringos se pone cada vez más feo. Antes de ayer nosotros matamos a un soldado americano y herimos a otro, y esta mañana un soldado gringo mató a un cabo panameño. Además, el general Noriega prácticamente le declaró la guerra a los Estados Unidos ante la Asamblea de Representantes. Lo que quiere el Estado Mayor es que estemos preparados para cualquier eventualidad. Es muy poco probable que los gringos intenten una acción militar directa, pero el General teme que envíen un comando a secuestrarlo. Me lo ha dicho a mí personalmente.

—¿Qué puedo hacer yo, mi coronel?

—Vamos a prepararnos para resistir. Aparte de las medidas que ya estamos tomando aquí en David en defensa del cuartel, debemos estar listos para iniciar una acción de guerrillas en cada una de las provincias. Chiriquí es la más importante por ser zona fronteriza, por su región montañosa y porque los chiricanos son siempre los que más pelean. Acuérdate que el único lugar en el que realmente hubo resistencia contra el golpe del sesenta y ocho fue aquí. Seis meses estuvieron peleando en las montañas y mucha gente de ambos bandos murió.

—En el sesenta y ocho yo tenía solo cuatro años. Algo me contaron mis padres acerca de algunos amigos que se internaron en el área de Bambito, Cerro Punta y Piedra Candela, pero allá a la gente no le gusta hablar del tema.

El coronel Del Cid rio brevemente y agregó:

—Se me olvida que eres tan joven, teniente. En el sesenta y ocho yo tenía tu edad y me tocó ir a bajar gente de las montañas. No fue fácil y vi morir algunos compañeros. Lo que tenemos que lograr ahora es que la gente se levante en armas contra los gringos, si se les ocurre meterse aquí. Para ello hay que preparar el terreno.

—Con todo respeto, mi mayor. ¿Cree usted que la gente, el pueblo, va a pelear para defender a mi general Noriega? Acuérdesse que hace tres años que la están pasando muy mal.

—En realidad no se trata de defender al general Noriega, sino a la patria. Nosotros tenemos una estrategia diseñada y estamos seguros que el panameño no dejará que un soldado extranjero invada su país, como si nada. Los Batallones de la Dignidad forman parte de esa estrategia. La idea es que si los gringos cometen la estupidez de enviar tropas a invadirnos, se encuentren con otro Vietnam en pleno corazón de América. Además, después de Panamá, otros grupos de patriotas se levantarán en armas en toda la región. El general Noriega tiene contactos que le aseguran que si los gringos se meten aquí tendrán que meterse también desde México hasta la Patagonia.

—No hay que olvidarse, mi coronel, de que Vietnam lo hicieron los vietnamitas, que tenían más de mil años de estar peleando contra toda clase de invasores.

—Lo que cuenta es el imperialismo, teniente. Y frente al imperialismo avasallador todos los pueblos reaccionan con el mismo coraje y decisión, sobre todo después de Vietnam.

—¿Qué pasos tomamos, entonces, en la provincia?

—Tú conoces bien el área de Volcán, Cerro Punta y Renacimiento. En el patio del cuartel hay tres contenedores repletos de armas y municiones. Búscate unos doce hombres de confianza y empieza de una vez a esconderlas en sitios claves y seguros. Yo me encargaré de organizar la tropa para que sepan qué rumbo tomar cuando se dé la orden. El nombre que identificará la operación será «Tigre Herido».

El teniente Rafael Saldaña tenía apenas dos años de haber egresado de la Academia Militar de El Chorrillo en el Perú, y seis meses antes lo habían ascendido a teniente para después trasladarlo a la Zona Militar de Chiriquí, provincia de la que era oriundo. Allí estableció una estrecha relación con el

entonces mayor Del Cid, chiricano también y jefe de la Zona, quien lo había encargado de la coordinación entre el cuartel de Bugaba y las tierras altas. Era hijo de Pedro Saldaña y Dora Pittí, ambos agricultores de la región de Cerro Punta, donde se dedicaban al cultivo de la papa. Con tesón y trabajo de sol a sol, los Saldaña habían levantado a sus tres hijos varones, de los cuales Rafael, el menor, era el único que no estaba con ellos en la finca. Desde pequeño sintió inclinación por las armas, la cacería y la aventura y muy poca afición por hacer producir la tierra. Terminado el bachillerato en Volcán, gracias a las buenas calificaciones y a la ayuda de un pariente con buenas conexiones, Rafael lograba una beca para estudiar en la milicia. En la Academia de El Chorrillo había optado por la caballería, que era lo que más fácil se le daba. Mientras tanto, la finca de su familia, ubicada en Las Nubes, a unos seis mil quinientos pies de altura, prosperaba y eran ya diez las hectáreas en las que cada año los Saldaña recogían dos cosechas de hermosas papas.

Rafael los visitaba cuando estaba franco y eran ellos los que con sus comentarios acerca de la situación del país sembraban dudas en su cabeza sobre el ejército del cual formaba parte. Siempre que podía pedía consejo a su hermano Mario, el mayor de todos y el que más enterado estaba de las cosas que ocurrían en el país. A diferencia de sus padres, que eran seguidores del caudillo Arnulfo Arias desde toda la vida, a ninguno de los hermanos les atraía la política, aunque Mario manifestaba simpatías por la Democracia Cristiana. Fue Mario el que pronosticó a Rafael las consecuencias funestas de la decapitación del doctor Spadafora, cuya responsabilidad se le atribuía a las Fuerzas de Defensa, y de la gran corrupción que había en los altos mandos de la institución, empezando por el mismo Noriega y todo su Estado Mayor.

—Hasta en el narcotráfico están metidos —decía Mario.

Cuando Rafael comentaba aquellas acusaciones con su jefe de Zona, este les restaba importancia y se limitaba a decirle:

—No hagas caso a tanto bochinche, Rafa. Pura propaganda de los gringos para desprestigiar a las Fuerzas de Defensa, que es la única institución que se hace respetar en este país. Figúrate que yo mismo estoy llamado a juicio por narcotráfico en Miami junto con Noriega. Y si de algo puedes estar seguro es de que yo, que tengo mujer e hijos, soy el primero en condenar cualquier cosa que tenga que ver con drogas. Sin embargo, los gringos me tienen

enjuiciado. Si esto hacen conmigo, que soy un simple teniente coronel, ¿qué no harán o dirán del general y los coroneles?

El teniente Saldaña creía en la honestidad de su jefe, pero, aún así, no podía evitar las dudas en cuanto al resto de las historias.

Ese domingo 17 de diciembre, siguiendo su costumbre, fue a pasarlo con su familia en Cerro Punta. El intenso bajareque que caía sobre el área era un indicio claro de que el verano había llegado a las montañas chiricanas y que el viento norte traía nuevamente del Atlántico nubes cargadas de agua que al golpear contra la sierra se deshacían en pequeñas partículas formando así el clásico bajareque, tan importante para mantener la fertilidad de las tierras altas de Chiriquí.

Al llegar al poblado de Cerro Punta, Rafael dobló a la izquierda para continuar el ascenso hasta la finca de sus padres. En la cabaña de troncos, construida por ellos mismos, toda la familia lo esperaba para almorzar.

El primero en abordar el tema que tanto preocupaba a Rafael fue Mario.

—Parece que el asunto con los gringos se está complicando. Creo que Noriega está jugando con candela.

—Dice mi coronel Del Cid que es muy remota la posibilidad de que los gringos se arriesguen a hacer algo. Se les puede armar un tamborito no solamente en Panamá sino en el resto del continente.

—No estés tan seguro, hermano. La fama de Noriega es tan mala que nadie tiene ganas de defenderlo.

—No se trata de Noriega, Mario, sino del país. Si los gringos se meten hay que pelear hasta sacarlos.

—Si los gringos se meten, Rafa, nadie los va a sacar de aquí hasta que ellos decidan irse.

Con esta afirmación de su padre habían pasado a otros temas de conversación más cónsonos con un almuerzo dominical en familia. Se habló de la próxima cosecha, del precio de la papa que otra vez andaba por los suelos y del reciente enamoramiento de Mario.

—Parece que al fin tendremos nietos.

—No vaya tan rápido, mamá, que apenas estamos comenzando y Milagros no es de las que hacen las cosas a la ligera.

—¿Qué Milagros es esa? —preguntó Rafael.

—Milagros Serracín. Vive en Bambito —respondió Pedro, el segundo de

los hermanos—. Tenía que llamarse así, porque se necesitaba un milagro para enlazar a Mario.

—Ya les dije que todavía es temprano para hablar de enlace. Aquí hay soltero para rato.

Después del almuerzo, Mario llevó a Rafael a ver la nueva sección que estaba trabajando para la próxima siembra en la parte más alta de la finca. Desde allí se contemplaba a plenitud el valle. A un lado se erguía el cerro escarpado y agudo que a ocho mil pies de altura daba el nombre al lugar. Mario, que según la familia tenía algo de poeta por lo mucho que leía y las cosas que a veces decía, se quedó observando un momento el paisaje y comentó:

—Si yo hubiera llegado aquí antes que los demás no le habría llamado Cerro Punta, sino Cerro Centinela. Si te fijas bien, es lo que realmente parece, un guardián del valle y de su gente.

—¿Y cómo se llamaría el pueblo? ¿La prisión? —preguntó Rafael riéndose.

—No seas prosaico, hermano. Tú a todo le quieres dar sentido militar. ¿Qué te parece «El Resguardo»?

Ambos rieron y volvieron a la contemplación del paisaje que empezaba a llenarse de nubes.

—Va a comenzar a bajarequear —dijo Rafael y enseguida añadió—. Si los gringos se meten en Panamá no habrá más remedio que irse a las guerrillas.

Mario lo miró un momento antes de contestar.

—Créeme que no vale la pena, Rafael. No sé si sabes que papá fue uno de los que se fue a la guerrilla en 1968. Él luchaba contra el golpe militar y en defensa de su líder, Arnulfo Arias. Varios de sus amigos murieron; no hace mucho me confesó, viendo como están las cosas, que no valió la pena. Y te aseguro que Noriega no se merece ni siquiera el pensamiento de que hay que hacer un sacrificio por él. Todo lo contrario.

—Tú no entiendes, Mario. No es por Noriega ni por las Fuerzas de Defensa. Es que yo creo que los gringos no deben meterse aquí, cualquiera que sea la situación que exista. Es obvio que no podemos combatir contra ellos con métodos convencionales, pero sí podemos y debemos armar una guerra de guerrillas que por lo menos les quite las ganas de seguir metiéndose en la vida de los demás países.

—Yo te entiendo, Rafa, y si no existiera ese de hijo de la gran p... que es Noriega estaría de acuerdo contigo. Pero Noriega es una realidad, es un narcotraficante y le está entregando el país a los maleantes. Va a ser muy difícil justificar una guerrilla en esas condiciones porque, quiérase o no, se estaría defendiendo al régimen de Noriega.

—Yo no lo veo así, Mario. La patria es la patria con o sin Noriega. Cuando se escriba la historia nadie dirá que los norteamericanos se deshicieron de Noriega sino que invadieron a Panamá.

—Ojalá no ocurra nunca y si realmente pasa, espero que antes de hacer cualquier locura lo pienses bien y hablemos de nuevo. Si te vas a las montañas, yo mismo te iré a buscar para traerte aquí mientras pasa todo.

—Sé que si los gringos nos invaden tú te irás también a la montaña, pero no para buscarme sino para pelear a mi lado.

Al día siguiente, antes del amanecer, el teniente Saldaña dio inicio a la parte que le correspondía en la operación «Tigre Herido». Un contenedor repleto de armas quedó escondido cerca de la población de Volcán, en la finca de un familiar del cabo Ríos, uno de los doce hombres bajo su mando; otro fue llevado a Piedra Candela y el último al área de Boquete. El plan consistía en trasladar a los grupos de insurrectos a cada una de las áreas escogidas, armarlos y luego diseminarlos por las montañas chiricanas desde donde planificarían acciones de guerrilla contra los gringos. El teniente Rafael Saldaña tendría a su cargo las operaciones en el área de las montañas que circundan el Volcán, Bambito y Cerro Punta.

El martes 19 fue un día de gran tensión en el cuartel de Chiriquí. Del Estado Mayor llegaban informes alarmantes de movimientos masivos de tropa por parte de los norteamericanos en las bases aledañas al Canal. Se especulaba que la invasión podría empezar en cualquier momento y el coronel Del Cid tomó las medidas necesarias para defender el cuartel. A las cinco de la tarde envió por el teniente Saldaña.

—Hay en Panamá quienes afirman que los gringos están a punto de invadirnos. ¿Cómo andan los planes de la operación «Tigre Herido»?

—Las armas están ubicadas, mi coronel, y los hombres asignados a mí saben lo que tienen que hacer. Hemos escogido cinco campamentos en el sector oeste, tres en las área de Piedra Candela, Santa Clara y Río Sereno y otros dos en Cerro Picacho y Cerro Punta. Yo estaré en Cerro Picacho, pues

lo conozco muy bien desde mis tiempos de cazador. Calculamos que después de recibir la orden nos tomará dos días llegar a nuestros respectivos lugares.

—Es todo lo que podemos hacer por ahora. Quédate en el cuartel hasta saber cómo se desenvuelven los acontecimientos.

Alrededor de las ocho de la noche, mientras cenaba en el comedor de oficiales, el teniente Saldaña recibió orden de presentarse en el despacho del coronel Del Cid. Rafael temió lo peor y en menos de dos minutos se cuadraba ante su superior.

—Siéntate, Rafa, que las noticias son buenas. Acabo de hablar por teléfono con el General. Me llamó él mismo y me dijo: «Compadre, no se preocupe tanto, que hace un rato hablé con mis contactos en Washington y me aseguraron que no viene ninguna invasión, ni hoy ni nunca. De cualquier forma, no bajen la guardia, que estar listos es bueno para la moral de los hombres». Esas fueron, más o menos, sus palabras. Me da la impresión, además, que estaba celebrando. Sonaba muy contento y hasta me preguntó por el ahijado. Quería decírtelo enseguida para que fueras a dormir tranquilo a tu casa.

—Entonces, se salvaron los gringos —dijo Rafael riéndose—. De todas maneras, también me alegra saber que el general tiene tan buenos contactos en Washington.

—A mí me consta que se lleva muy bien con la gente de la CIA y la del Pentágono. Solamente le he oído quejarse del Departamento de Estado, con los cuales siempre dice que es imposible entenderse.

—Entonces, mi coronel, con su permiso me retiro.

—Hasta mañana, Rafa.

Cuando el teniente Saldaña llegó a su casa en Doleguita, el teléfono estaba sonando.

—Rafa, soy Mario.

—Mario, ¿qué haces despierto a esta hora tú que te acuestas siempre con las gallinas?

—Hay algo que me preocupa Rafa y decidí bajar a Cerro Punta a llamarte. No sé si sabes que Milagros es prima hermana de los Ríos de Volcán.

—No, no lo sabía. ¿Por qué?

—Porque me dijo esta tarde que en la finca de sus primos hay un contenedor repleto de armas y que las Fuerzas de Defensa lo llevaron allí

ayer.

Rafael no contestó enseguida y, pensando en lo que podría decirle a su hermano para tranquilizarlo, decidió sincerarse con él.

—Mario, olvídate del asunto. El propio general acaba de avisarnos que no hay invasión. Parece que habló con sus amigos de Washington.

—Me alegra que así sea. Pero de todos modos, acuérdate de lo que hablamos el domingo. No vale la pena, hermano.

—Okey, Mario, no te preocupes y dile a los viejos que estén tranquilos. Ojalá que Milagros no diga nada a nadie.

—Pierde cuidado, como toda la gente de montaña, ella es muy prudente. Estoy pensando llevarla al almuerzo del domingo para que la conozcas. Dice que se acuerda de ti cuando estaban en la escuela y que desde chiquito andabas con una escopeta de palo al hombro.

—A veces extraño las escopetas de palo... Allí estaré el domingo.

—Nos vemos entonces.

Rafael meditó un momento sobre lo importante que para él había sido siempre aquel hermano mayor. Aunque le llevaba solamente siete años, desde pequeño había asumido el rol paternal que su papá no había podido nunca desempeñar a plenitud. Miró el reloj y vio que eran las nueve de la noche. «Todavía puedo ir a visitar a los Castellón», se dijo, pensando, por supuesto, en Virginia, con la que ya empezaba a mantener una relación estable, de esas que conducen al matrimonio. Además, sentía ganas de tomarse un par de tragos para celebrar que no había invasión y que la vida seguía igual. Tal vez hasta lograría convencer a Mario que lo acompañara a cazar el domingo en la tarde. Aunque no era todavía época de torcazas, estaba seguro que en las lagunas de Volcán podrían tirar algunos patos.

Rafael regresó a su casa sobre la medianoche. Ya había conciliado el sueño cuando el timbre del teléfono lo despertó. Era el coronel Del Cid y su reloj marcaba las 12:45 a.m.

—Teniente, ven al cuartel en el término de la distancia.

—¿Qué ha ocurrido, mi coronel?

—Algo muy grave. De Panamá me informan que la invasión ha comenzado. Ya atacaron los principales cuarteles y la comandancia está bajo asedio en estos momentos e incomunicada.

Un intenso silencio precedió a las palabras de Rafael.

—¿Y Chiriquí?

—Aquí aún no ha pasado nada. Pero no sabemos qué van a hacer los gringos. Estoy preparándome para lo peor.

A la una y diez el teniente Saldaña entraba en el despacho del jefe militar de la Zona de Chiriquí. En el cuartel la situación era caótica y los soldados parecían correr de un lado a otro sin un propósito definido. Rafael pensó que se estaba perdiendo la disciplina y que hacía falta liderazgo de inmediato. En el despacho del Coronel se encontraban el mayor Cornejo y los capitanes Álvarez y Bustamante. Del Cid estaba impartiendo órdenes en ese momento.

—Que todos asuman los puestos de combate asignados y que se cubran lo mejor que puedan. No sabemos si atacarán Chiriquí ni cuando, pero no quiero que nadie, óiganme bien, nadie, dispare un solo tiro sin que yo personalmente dé la orden.

Cuando se quedó a solas con Rafael, el Coronel pareció calmarse un poco. Se acomodó en la silla, se aflojó el cuello y le pidió a su subordinado que se sentara.

—El ataque ha sido masivo, Rafa. Parece que los gringos vienen con todo. Lo único positivo para nosotros es que no han atacado las provincias, así es que al menos nos dan tiempo para pensar y decidir lo que vamos a hacer.

Rafael estaba invadido por una mezcla de temor, frustración y rabia. El coronel Del Cid daba muestras de gran cansancio e indecisión.

—Mi coronel, estoy listo para iniciar la parte que me corresponde en la operación «Tigre Herido». Ya avisé a casi todos los hombres y esperamos solamente que usted dé la orden.

Del Cid miró largamente a aquel joven soldado, cuyo idealismo alguna vez sintiera también él. «No puedo apagar esa llama», pensó, «aunque desafortunadamente el tiempo se encargará de hacerlo».

—Proceda, teniente, y que Dios y el amor a la patria lo acompañen.

Rafael Saldaña inició el ascenso del Cerro Picacho con dieciséis hombres a las seis de la mañana. Subirían hasta los siete mil quinientos pies, donde estaría ubicado su campamento, en el sitio conocido como el Jardín de las Brujas. Llevaban provisiones para dos semanas y suficiente armamento para permanecer luchando un buen rato. El equipo de radio les permitiría comunicarse con los demás grupos guerrilleros. A última hora, Del Cid había decidido entregarle a Rafael uno de los dos *stingers* con que contaba para la

defensa del cuartel y que eran su tesoro más preciado. «Creo que en tus manos será más efectivo. Si los gringos nos atacan como hicieron en Panamá, no habrá resistencia que valga.» El propio Rafael asumió la responsabilidad de cargar el arma antiaérea y, en medio de su rabia, soñaba con derribar un helicóptero enemigo. Antes de iniciar el ascenso había arengado a sus hombres. Fue una arenga pausada y en voz baja.

«La lucha que hoy iniciamos es la misma que vio este continente cuando Bolívar se enfrentó al imperio español y Sandino a los norteamericanos. Es la guerra de los débiles contra los fuertes y por eso debemos sustituir la fortaleza con el valor y la prepotencia con la astucia. El ataque de los gringos contra nuestros hermanos en Panamá ha sido despiadado y es imposible predecir el grado de destrucción y muerte. En este momento es posible que estén atacando el cuartel de Chiriquí. Ha llegado, compatriotas y compañeros de armas, el tiempo del heroísmo y si alguno de ustedes no quiere ser héroe, este es el momento de decirlo. No habrá recriminaciones.»

Rafael se sorprendió de su propia elocuencia. Satisfecho porque todos permanecían en su sitio, en silencio y extasiados con sus palabras, lanzó el grito de guerra tradicional de los movimientos subversivos:

«Patria o muerte, venceremos.»

BELISARIO II

A bordo de la lancha que lo llevaba hacia la ciudad de Colón en el país Panamá, Belisario tuvo al fin tiempo para pensar en lo que significaría la partida de su abuelo, el Sáhila Malcom, hacia el lugar de los espíritus. Su abuelo había sido como una gran sombra que le oscurecía el brillo de luna con el que naciera, ayudándolo así a ser un poco menos diferente a los demás. Ahora, sin sombra, la piel de Belisario volvería a brillar tanto o más que antes y ya no lo invitarían más a los inna-mutiki y su novia lo dejaría porque ya nada obligaría al que sería su suegro a aceptarlo.

Solamente en una ocasión, para acompañar a su madre, había ido Belisario al país Panamá y entonces se había prometido no regresar más. La gente lo miraba con abierta curiosidad y algunos niños se mofaban de él en la calle gritándole cholo-gringo. Además, la ciudad, con tantos carros, buses, edificios y personas apuradas se le había hecho insoportable. Al menos la experiencia le había servido para saber que en Colón debía tomar un bus para Panamá, la ciudad del otro mar, y que allí podría hospedarse en el Edificio Graciela, frente a la Lotería, que era a la que acudían siempre sus paisanos y donde le dirían cómo llegar al Fuerte Amador.

El martes, 19 de diciembre, muy temprano en la mañana para evitar tanto brillo, Belisario Porras llegaba al sitio donde laboraba su hermano en Fuerte Amador pero, después de esperar tres horas bajo la sombra mezquina de un árbol, fue informado por otro tute, compañero de trabajo de Luciano, que este estaba ahora en la base que las Fuerzas de Defensa de Panamá tenían en Río Hato. «¿ Y eso dónde está?. Al otro lado del Canal, como a tres horas por carro.»

Volvió Belisario esa misma tarde a tomar un autobús, temeroso de que si seguía demorándose cuando finalmente regresara con Luciano ya el abuelo estaría viviendo sin el cuerpo. A las diez de la noche el bus lo dejó en la

población de Río Hato, donde se enteró que para llegar a la base militar, tendría que caminar como una hora. «Menos mal que es de noche y que la luna me lleva bien», pensó Belisario mientras emprendía la marcha en busca de su hermano. Iban a ser las doce y media cuando encontró la enorme pista de aterrizaje de la base y empezó a caminar por ella hacia las luces que se veían al fondo. Aunque la luna no era llena, el rostro y los brazos de Belisario Porras brillaban sobre el asfalto.

Faltaban aún unos doscientos metros de camino para llegar hasta las barracas cuando el mundo se estremeció bajo sus pies al tiempo que una enorme llamarada surgía de la tierra. El ruido de la primera explosión aturdió momentáneamente a Belisario. Al fulgor inicial siguieron otros hasta que finalmente los ojos azules del cuna quedaron iluminados para siempre. Como una mariposa atraída por la luz, Belisario empezó a correr, despacio primero y luego cada vez más rápido, deseoso de fundirse en aquella claridad que semejaba un nuevo y ancho amanecer.

En su loca carrera, imaginó que la luna bajaba a buscarlo, a recuperar aquel rayo que, según su madre, se había fugado al nacer él. Belisario no pensaba ya ni en el abuelo, ni en su hermano Luciano, ni en otra cosa que no fuera regresar al blanco fulgor del que una vez se escapara. Antes de destrozarlo, la última explosión lo encontró con los brazos en alto, como intentando volar.

SEGUNDA PARTE

MEDIAMANO I

Mediamano inició el camino de regreso a El Chorrillo un poco después de las once de la noche. Más de una hora necesitaría para completar el recorrido desde el cruce de El Dorado hasta su casa. Seguiría por la Tumba Muerto hasta la carretera Transístmica y de allí a la Frangipani, la avenida de los Mártires, la avenida Ay su calle, la calle 27 de El Chorrillo. ¡Seguro que el abuelo lo estaría esperando sentado en el balcón, como todas las noches! Antes de la gran crisis solamente le tomaba veinte minutos ir desde la esquina de la avenida de los Mártires hasta su casa, pero ahora muy pocos carros pasaban ya por esa área colindante con la zona del Canal. En el área suburbana de El Dorado, en cambio, seguía habiendo buen tránsito y el semáforo del cruce de la avenida Juan Pablo II con la Tumba Muerto demoraba bastante en cambiar, dándole así oportunidad de limpiar algunos parabrisas. Esta noche le diría al abuelo que quería dedicarse a otra cosa. Cada vez era más difícil que los automovilistas aceptaran sus servicios y los que finalmente le daban algo lo hacían de mala gana. Muchos de ellos, en cuanto lo veían venir con la escobilla de caucho y la botella de agua, bajaban los pestillos de las puertas. Pero lo que más resentía Mediamano era oír el comentario: «No le des nada a ese maleante». ¡Si conocieran ellos a los verdaderos maleantes! Su abuelo le advertía siempre «Míralos bien y nunca seas como ellos». No, él no era un maleante y por eso pensaba hablarle al abuelo a ver si estaba de acuerdo en que era mejor dedicarse a vender algo. A los cubanos les iba bien con sus roscas de pan y palitroques, quizás porque a la gente parecía importarles menos comprar alguna cosa que pagar por tener un parabrisas limpio. Lo que sí no quería era volver a pedir limosna, como cuando estaba más chico y usaba la mano tullida para inspirar compasión. Cuatro años tenía Mediamano el día que se vino abajo el balcón de la casa condenada en la que entonces habitaba su familia. La fractura en la pierna le sanó sin problemas, pero la mano

izquierda le había quedado torcida y paralizada. Desde entonces le clavarón en el barrio el mote de Mediamano. Era la costumbre. A casi nadie llamaban por su nombre y muy pocos sabían que el suyo era Julio Ávila. Hasta sus propios hermanos le decían Mediamano y solamente el abuelo y su mamá lo llamaban Julio. El abuelo, que a sus ochenta y nueve años era muy sabio, decía que a diferencia de los ricos, los pobres no importaba cómo se llamaban. Más bien lo que contaba era lo que hacían o su aspecto físico y de ahí que todos entendían por el apodo más que por el nombre.

El abuelo había llegado al istmo con sus padres, que habían sido contratados para trabajar en la construcción del Canal. A los catorce años, laboraba como pinche acarreando agua. Nunca dejaría de sentirse jamaicano y todavía hablaba mitad español y mitad creole. Pero el abuelo era muy sabio, el más sabio del barrio y a él acudían los vecinos siempre que necesitaban algún consejo importante.

De los siete hermanos, Mediamano era el tercero y el único que traía dinero a casa todos los días. Sus dos hermanas mayores ya no estaban en el barrio. Vivían con sus maridos en las afueras y sólo se las veía cuando algún problema serio las agobiaba, como el día que Luisa abortó. «Los hijos hay que evitarlos antes y no después», había sentenciado el abuelo cuando les quitó el habla. Su mamá planchaba para gente rica y sus hermanos menores iban a la escuela. Mediamano pudo llegar hasta segundo año y luego tuvo que salir a ganar plata. En cualquier caso, la escuela no era para él. «Déjalo que se salga, Rosa», había aconsejado el abuelo. «Lo que Julio no ha aprendido, ya no lo aprende. Tiene el cerebro lleno.»

Mediamano empezó pidiendo limosna en calle Cincuenta. Estiraba la mano tullida frente a los automovilistas que esperaban el cambio de luz mientras se llevaba la otra a la boca indicando hambre. Las más de las veces el hambre era cierta y Mediamano competía favorablemente con los demás mendigos de su área, incluido el cojito que en un solo pie saltaba de carro en carro y luego se sentaba en la acera a esperar otra luz roja. «Ayúdeme a comprar unas muletas», era lo que imploraba. Y ganaba bien. A la hora de volver a su casa las muletas aparecían y el cojito se iba entonces a la esquina y abordaba el mismo taxi que se las había traído.

Al cabo de un año, Mediamano ya no quiso mendigar más. «No le des a ese que es un mendigo profesional.» Esa frase la escuchaba cada vez con

mayor frecuencia y la resentía mucho, tal vez porque era cierta. Le expuso al abuelo el problema y decidieron que limpiaría parabrisas en el cruce de la cantina Good Neighbor. Después llegó la gran crisis y los ingresos de Mediamano disminuyeron de casi diez a menos de cinco dólares diarios. En la nueva esquina de El Dorado habían vuelto a aumentar, y esa noche regresaba a su casa con siete dólares y cuarenta y cinco centavos.

Mediamano entraba de la Avenida de los Mártires a la Avenida A cuando el mundo estalló ante sus ojos. Por un instante el cielo se iluminó como si fuera de día y pensó que alguien lanzaba fuegos artificiales gigantes. Vinieron luego las explosiones, las llamaradas, el traqueteo de las ametralladoras y Mediamano pasó de la fascinación al pánico. Pensó en su abuelo y en la familia y empezó a correr hacia su calle, pero una columna de tanquetas y soldados que disparaban sobre la Comandancia le impedían el paso. Hizo un último esfuerzo para llegar a su casa, que estaba apenas dos cuadras del cuartel, cuando un soldado lo detuvo en seco: «Get the hell out of here. Can't you see this is war?».

Algunas de las viejas casas de madera ardían y la gente huía de ellas, entre gritos y llanto. Mediamano buscó en vano algunos rostros conocidos y cuando el calor y el humo lo vencieron, corrió hasta el otro lado de la Avenida de los Mártires, subió a un promontorio y se sentó a contemplar el incendio y la guerra. Mientras las lágrimas lo ahogaban, las palabras del abuelo los hombres no lloran, resonaban en sus oídos.

CAPÍTULO I

Albert Calhoun se preparó para amortiguar el golpe pero, para sorpresa suya, sus piernas no recibieron impacto alguno al tocar tierra, sino que penetraron limpiamente en el sitio de la caída, hasta un poco más arriba de su cintura. Al intentar liberarse, lo único que logró fue hundirse más. «¿Dónde hemos caído?», pensó alarmado. En ningún momento se le había informado a su grupo de la existencia de terrenos pantanosos en el área del ataque, y eso era precisamente lo que parecía aquella sustancia húmeda y blanda. Un olor desagradable, mezcla de deshechos de marisco y materia fecal le inundó el olfato. Al menos, había dejado de hundirse.

Frente a él, a escasos doscientos metros, los otros Rangers iniciaban el ataque al cuartel de Panamá Viejo. La claridad momentánea de las explosiones le permitían verlos avanzar semiencorvados, deteniéndose a trechos para disparar sus armas.

«¿Cuántos habrán quedado atrapados como yo?», se preguntó mientras halaba y enrollaba el paracaídas. Decidió averiguarlo y como el brillo de las bombas no alcanzaba a iluminar el sitio en que se encontraba, preguntó sin alzar mucho la voz:

—¿Hay alguien más atrapado aquí?

No hubo respuesta. Albert volvió a insistir, esta vez casi gritando.

—¿Hay alguien más allí?

De su izquierda vino una voz.

—Sifford está aquí, sargento, enterrado hasta el pecho en esta mierda.

Otras voces y otros nombres se sucedieron. Por lo menos diez miembros de su patrulla estaban enterrados en aquella playa inmunda. «¡Qué manera de empezar una guerra!», pensó Albert. «Invadir un país y quedar enterrados en la mierda que sus habitantes han ido arrojando al mar a través de los años. Me pregunto si mientras defecaban se les ocurrió que alguna vez aquel

subproducto devendría en un arma estratégica defensiva.» La intensificación del ataque al objetivo borró la sonrisa que por un instante había aparecido en su rostro.

«Espero que no dejen a ningún enemigo con vida; aquí nos pueden cazar, como patos en el agua.»

Cuando finalmente cesó el combate por el cuartel de Panamá Viejo, el reloj de Albert marcaba las tres y diez. «Por lo menos tres horas más hasta que se haga de día y alguien venga a rescatarnos», pensó. En ese instante un rumor casi imperceptible acaparó su atención.

Cuando el ruido dejó de ser un rumor para convertirse en el típico sonido del mar, el sargento Calhoun sintió pánico. Recordó que en algún momento, al describir la operación, sus superiores habían mencionado que en el océano Pacífico panameño las mareas ascendían hasta dieciocho pies. Evidentemente habían saltado con marea baja y esta empezaba a subir. Algún soldado detrás de él gritó:

—Sargento, el agua empezó a llegar aquí. Nos vamos a ahogar todos cuando suba la marea.

—Nada de pánico, soldado —fue la respuesta inmediata de Albert—. La marea aquí sube muy lentamente y en menos de tres horas nos sacarán.

—Si alguien se acuerda de nosotros —respondió otra voz con ironía.

Entre los hombres atrapados se instaló un silencio aprensivo, interrumpido a ratos por ruidos lejanos de bombas y ametralladoras. Dos helicópteros pasaron por la costa, muy cerca de ellos. El oleaje era cada vez más constante, y el mar empezaba a acumularse alrededor de Albert. «Si tengo que morir que no sea así, Dios mío», rogó. Pensó en Debbie, en su familia, en su apacible infancia en Wannaska, y su garganta se obstruyó, como si estuviera tragando grandes trozos de tristeza. En realidad Albert no sabía a qué velocidad ascendería la marea y al salir el sol bien podrían estar todos ahogados.

CAPÍTULO II

—Despierta, mamá, ya son las cuatro.

Maribel abrió los ojos. Frente a ella, el rostro de su hijo Alfredo le sonreía. De alguna manera aquel muchacho de veintidós años, siempre afable, aunque prematuramente serio, le proporcionaba una gran sensación de seguridad. Graduado en Finanzas y Economía en la universidad de Chicago, Alfredo había regresado a Panamá en plena crisis, cuando el índice de desempleo aumentaba vertiginosamente y el sistema financiero panameño, con todos los bancos cerrados, sufría su peor momento. Sin embargo, con su tradicional optimismo logró convencer a su padre de aceptar en los supermercados Santi las letras y giros con los que el gobierno y algunas empresas privadas carentes de liquidez pagaban a sus empleados. El resultado de aquello fue que los supermercados lograban renovar sus inventarios y abonar a los bancos que aceptaban descontar el papel, mientras se ganaban, además, la buena voluntad de su inmensa clientela. Al poco tiempo, la mayoría de los negocios de la capital seguían la práctica establecida por los supermercados Santi y en Panamá, con la circulación de todos aquellos documentos, se creaba una especie de papel moneda paralelo al dólar, cuya negociación estaba restringida por las sanciones económicas impuestas por el gobierno norteamericano. «Mi hijo ha sido el creador del nuevo sistema financiero de Panamá», solía decir orgulloso Emilio Santini.

Lo cierto es que Alfredo fue el responsable de que los Supermercados Santi sobrevivieran durante la crisis económica. Ello contribuía a que Maribel viera en aquel hijo un apoyo importante.

—¿Qué dicen las noticias, Alfredo? —preguntó.

—La situación es un poco caótica, mamá. Parece que los Batallones de la Dignidad han abierto a la fuerza algunos negocios y se ha desatado una ola de saqueo y vandalismo. En cuanto a la invasión, ya no hay casi resistencia

por parte de las Fuerzas de Defensa, aunque todavía existen focos aislados de rebeldía. Al menos eso es lo que dicen los militares norteamericanos en la televisión. A Noriega todavía no lo han encontrado.

—Estará escondido debajo de alguna cama. Lo que es esa sabandija no da la cara ni pelea.

—Quién sabe. Esta mañana pasaron por la radio un llamado que el propio Noriega le hacía a la tropa.

—Una grabación, puedes estar seguro. ¿Dónde están tu papá y tu hermana?

—Analisa está aquí, viendo tele. Mi papá fue al supermercado de Paitilla a buscar provisiones para los próximos días. Quería ver también si lograba alguna protección contra el saqueo.

—¿Y acaso los soldados gringos no están patrullando la ciudad?

—Parece que no, mamá. Ahora mismo la ciudad es tierra de nadie.

—Enciende la televisión para ver si dicen algo nuevo en CNN.

En el momento en que encendieron el televisor la cadena noticiosa CNN estaba transmitiendo algunas tomas de la invasión. Aparecía primero el bombardeo a la Comandancia y otros cuarteles. Luego salían algunas imágenes de la ciudad y de los saqueos que empezaban a producirse. Maribel sintió que se le encogía el corazón.

—¿Cómo puede nadie pensar en robar en un momento así?

—Ahora que regrese mi papá le voy a decir que tenemos que conseguir algunos empleados para ir a cuidar el depósito central de los supermercados. Allí hay varios millones en mercancía y seguro que los batalloneros lo tienen como objetivo.

—No es posible que los americanos dejen la ciudad sin protección. Ellos mismos han eliminado las Fuerzas de Defensa que mal que bien cuidaban la ciudad. No pueden dejarla ahora en manos de la turbamulta. Creo que voy a llamar a Ricardo Arias, que ya ha sido designado ministro de Gobierno y Justicia.

En ese instante en la pantalla de la televisión salió la foto de un ciudadano norteamericano, cuyo cadáver acababa de ser descubierto en unos herbazales próximos al área de Punta Paitilla. Aunque el individuo de la foto les parecía conocido, no fue sino hasta que escucharon el nombre que se dieron cuenta de que se trataba del vecino que ocupaba el primer piso en el

edificio que ellos habitaban.

—¡No puede ser! —exclamó Maribel—. Han asesinado al pobre Dragseth, que no tenía nada que ver con lo que está ocurriendo en Panamá.

Según el locutor de la CNN, alrededor de las ocho de la mañana, varios individuos armados se habían introducido en el apartamento que ocupaba Dragseth en un edificio del elegante barrio de Punta Paitilla, llevándose por la fuerza. A su esposa e hija le informaron que lo tomaban como prisionero de guerra. Por otra parte, continuaba diciendo la noticia, también en el hotel Marriott los llamados Batallones de la Dignidad habían tomado rehenes.

—¿Hasta dónde llegará esto? —preguntó Maribel.

En ese momento sonó el teléfono y su hija le informó que la llamaban de parte del ministro de Gobierno y Justicia. Maribel habló brevemente y después informó a su hijo que debía asistir a las seis de la tarde a una reunión con el nuevo equipo de gobierno.

—Voy a aprovechar la reunión para plantear el tema de la seguridad. Por lo pronto, tengan mucho cuidado y procuren no salir de casa.

Maribel subió el auto asignado a ella por el ejército norteamericano para dirigirse a la residencia de Ricardo Arias, lugar escogido para celebrar la primera sesión de trabajo de los hombres y mujeres que conformarían el nuevo gobierno de Panamá. Aunque el chofer y la escolta eludían las vías principales, pudo observar que el caos se había entronizado en la ciudad. Se veía gente cargando todo tipo de mercancía y en algunas calles los vecinos empezaban a levantar barricadas.

En la reunión, aparte del presidente y los dos vicepresidentes, estaban los recién designados ministros de Estado, el contralor general y el abogado que ocuparía la presidencia de la Corte Suprema. Se habló de la integración de la Asamblea Legislativa con base en las actas recogidas durante las pasadas elecciones por la Iglesia católica y de la legitimación de Endara, Arias Calderón y Ford a través de la entrega de credenciales por parte del Tribunal Electoral. «¿El mismo que anuló las elecciones anteriormente?», había preguntado Maribel.

«No hay otro», fue la respuesta. Maribel no habló más hasta el final de la reunión.

—Quisiera compartir con ustedes una inquietud que tengo desde la invasión.

El ministro de Relaciones Exteriores la interrumpió.

—No creo prudente hablar de invasión. Debemos usar siempre el término *liberación* para referirnos a lo que ocurrió el 20 de diciembre.

—Es obvio que sin invadirnos no podían liberarnos. Si quiere usted, hablamos de invasión liberadora. Pero no era eso a lo que quería referirme. Me preocupa que estamos planificando la integración de un gobierno en circunstancias en que ni siquiera existe seguridad pública. ¿Qué pasa con el ejército norteamericano que está permitiendo que saqueen la ciudad?

El que respondió fue Ricardo Arias:

—Yo hablé con el general Cisneros y me aseguró que en cuanto termine con los objetivos militares enviarán las tropas a patrullar la ciudad. Para ellos lo prioritario ahora es concluir la acción bélica.

—Me temo que sin protección los batalloneros van a quemar la ciudad — dijo el vicepresidente Ford, a lo que Ricardo Arias contestó:

—Hasta que exista otra vez seguridad y orden público, ya sea con los gringos o con la nueva policía panameña, tendremos que cuidarnos nosotros mismos. Hay que comprender que estamos en medio de una guerra con todas las consecuencias que esto implica.

Al regresar a su casa, Maribel observó que las calles de Punta Paitilla estaban siendo bloqueadas por los vecinos con toda clase de artefactos y materiales. Cuando entró al apartamento, encontró a Emilio y a su hijo revisando unas armas.

—¿Qué hacen?

—Viendo lo que podemos usar para defendernos. Sólo contamos con esta escopeta doce, una caja de cartuchos, un rifle veintidós con veinte balas cortas y mi revólver treinta y ocho. Me informa Alfredo que ya los vecinos se están organizando para aislar el barrio con barricadas y establecer turnos para vigilarlas. Según se dice, los batalloneros, una vez que acaben con los comercios, se meterán en las barriadas de los ricos. Paitilla es uno de sus principales objetivos. Acuérdate que tres días antes de la invasión, para intimidarnos, Noriega nos sembró el barrio de batalloneros con armas de grueso calibre.

—Lamentablemente la conclusión a que hemos llegado en la reunión de esta tarde es que no habrá seguridad pública hasta que los norteamericanos terminen con todos los focos de rebeldía.

—Y capturen a Noriega, que todavía no aparece —añadió Alfredo.

—Mami, esta tarde te llamó por teléfono el periodista francés, amigo tuyo. Pierre, me parece.

Analisa había hablado con toda naturalidad, como si nada, mientras veía la televisión. Maribel trató de actuar igual, pero estaba segura de haberse sonrojado.

Con Emilio intercambió una mirada y agradeció mentalmente la absoluta calma que reflejaban los ojos de su marido.

—¿Está en Panamá? —preguntó intentando fingir un interés puramente profesional.

—Está tratando de llegar. Dijo que estaba en Miami; que en cualquier momento los gringos lo enviarían a una base militar en Panamá junto con otros corresponsales de prensa extranjeros y añadió que en cuanto llegue te llamará.

—Es de suma importancia que las noticias que salgan de Panamá sean favorables a lo ocurrido —expresó Maribel, tal vez justificando de antemano el tiempo que pasaría con Pierre.

—Para eso sirven los buenos amigos y colegas —se limitó a decir Emilio.

Alfredo había seguido el diálogo en silencio y cuando sus ojos y los de su madre se encontraron, Maribel creyó advertir dolor en su mirada.

—Le decía a mi papá que es importante que establezcamos turnos para cuidar el depósito general —dijo, cambiando el tema—. Ya hablé con varios empleados que tienen alguna que otra arma y vamos a tratar de establecer tres turnos de dos personas. Mi papá se dedicará a las barricadas del barrio y yo me iré a cuidar el depósito. Un empleado que vive cerca del super de Bethania me dijo que ya ese lo saquearon y se llevaron todo. Va a ser muy difícil cuidar cada uno de los supermercados, por eso es tan importante que protejamos el depósito para tener al menos con qué reponer la mercancía cuando pase esta guerra.

—Me preocupa —dijo Maribel—, que ese depósito está en un área en la que abundan los maleantes. A lo mejor a estas alturas ya se lo han llevado todo.

—No lo han tocado, mamá. Me lo dijo el gerente del super de San Miguelito, que hace poco pasó por el depósito.

—En cualquier caso, es mejor que se pierda la mercancía a que vayan a

hacerte un daño. El arroz, las papas y los frijoles podemos reemplazarlos, pero a ti no. Además, todo eso debe estar asegurado, ¿no?

—No estoy muy claro —respondió Emilio—. Creo que el seguro no nos cubre en caso de guerra y me temo que con el saqueo general que ha habido las compañías de seguro tratarán de no pagar.

—No te preocupes, mamá, que tu hijo insustituible sabe cuidarse y no tiene ningún interés en ser héroe. Pero creo que algo tenemos que hacer para proteger lo que es nuestro. Esta noche a las doce empieza el primer turno y yo quiero estar ahí para que todo salga bien.

—¿Y cómo piensas llegar hasta allá? Los gringos han impuesto el toque de queda. Después de las diez nadie puede estar en la calle.

—Entonces, me voy a las nueve y regreso después de que amanezca. Me llevo la camioneta de doble tracción por si acaso.

—Ya veo que no hay nada que se pueda hacer. Cuídate mucho, por favor.

—No te preocupes, que mañana desayunamos juntos.

—¿Qué tal si antes de pensar en el desayuno de mañana cenamos? —propuso Emilio—. A las nueve debo ir a una reunión del barrio para organizarnos.

—Cenemos entonces, para que los hombres de la casa puedan irse a la guerra.

CAPÍTULO III

Cuando finalmente empezó a amanecer, a Albert le llegaba el oleaje a los hombros y difícilmente lograba mantener su arma fuera del agua. A algunos de sus compañeros que estaban enterrados más lejos de la orilla empezaba a fallarles el valor.

La primera luz del día le permitió analizar cabalmente la situación. Estaban a escasos treinta metros de la orilla. Un poco más allá pasaba una carretera y al otro lado de esta se vislumbraban algunas casuchas. Hacia su derecha aún salía humo del cuartel de Panamá Viejo. La lucha por ese objetivo había terminado hacía ya varias horas y no se veía rastro alguno de soldados.

De pronto, Albert vio que de las casuchas salía gente que los señalaban y empezaban a caminar hacia ellos. Aunque ninguno portaba armas, Albert preparó la suya ante cualquier eventualidad. Los hombres siguieron aproximándose, gesticulando saludos. Uno de ellos traía una sogá y cuando estuvo a unos diez metros, la arrojó. El trozo de madera que estaba atado al extremo cayó junto a Albert quien, utilizando el rifle, logró atraerlo hacia sí y al comprobar que ninguno de sus hombres corría peligro inminente de ahogarse, se amarró la sogá por debajo de los hombros. Respondiendo a su señal, varios de los hombres empezaron a halarlo hasta que poco a poco empezó a liberarse de aquella porquería.

Una vez en la orilla, Albert siguió el mismo procedimiento con el resto de sus hombres. Alguien trajo otra sogá y en menos de una hora todos los Rangers estaban sanos y salvos en la orilla. Uno de los panameños, que hablaba algo de inglés, los invitó entonces a acompañarlos a sus casas. Allí, las mujeres procedieron a lavarles los uniformes con una manguera. Alguna dijo en un inglés machacado: «¿Por qué no les quitamos mejor la ropa a todos?», lo que movió a risa a los que allí estaban.

Terminada la limpieza, les dieron café y tortillas de maíz. Albert, que se había percatado del grado de pobreza extrema en que vivían aquellos panameños, se alegró de estar contribuyendo a liberarlos. «Extraña guerra esta», pensó cuando se despidió de aquella gente que no conforme con salvar la vida de los invasores de su país también habían compartido con ellos su pobreza.

En el cuartel de Panamá Viejo encontraron a seis de sus compañeros custodiando el lugar.

—No saben lo que nos alegramos de verlos. Pensamos que estaban todos muertos.

—Quedamos enterrados cerca de la orilla. Nos pasamos toda la noche viéndolos a ustedes tomarse el cuartel. ¿Cómo fue la cosa?

—Ahora que sabemos que están ustedes vivos, no tuvimos ninguna baja. El enemigo perdió treinta y dos hombres. Demoraron mucho en rendirse.

Albert fue informado también de que ya a esa hora todos los objetivos estaban bajo control del ejército norteamericano y que los únicos focos de resistencia que quedaban eran de grupos aislados que habían escapado de sus cuarteles durante la batalla. Luego de consultar con el comando, les llegó la orden de esperar allí.

Cerca del mediodía, en un jeep, se presentó al cuartel el capitán Tuttle. Se le notaba el buen humor.

—La operación es un éxito y nuestras bajas son mínimas. Algunos soldados panameños están intentando irse a las montañas para iniciar guerrillas, pero ya los tenemos bien localizados. Nos queda por delante la labor de peinar la ciudad y es en lo que ustedes van a ayudar ahora. Aunque el panameño común parece recibirnos con los brazos abiertos, hay que cuidarse mucho de los francotiradores. Aquí en este mapa de la ciudad están las áreas asignadas a la patrulla que comandará el sargento Calhoun. Un camión los acompañará.

Ya se retiraba el capitán, cuando pareció recordar algo más.

—Otra cosa, Calhoun. Por favor, mantenga a sus hombres lo más lejos posible de las áreas pantanosas, especialmente si están llenas de mierda. Y antes de salir del cuartel, dense un buen baño que el olor que despiden es espantoso.

Albert y sus hombres corearon de mala gana la risotada del capitán

Tuttle.

CAPÍTULO IV

A los seres que trabajan la tierra las noticias tardan mucho más en llegarles, quizás porque quien vive pendiente de cosas tan elementales como la lluvia o la salida del sol poco interés tiene en los asuntos de los hombres. Así, pues, Mario Saldaña no se enteró de la invasión de los gringos a Panamá hasta las diez de la mañana, cuando un compadre subió al lugar donde trabajaba para contarle los últimos acontecimientos. «Vengo a informártelo por tu hermano Rafa», había dicho el compadre.

Mario dejó lo que estaba haciendo y, sin decir nada a sus padres, se trasladó en el *pick up* hasta el cuartel de Volcán, donde al llegar advirtió un gran desorden. Algunos policías deambulaban por la calle, frente al cuartel, mientras otros estaban emparapetados tras la pequeña muralla que lo rodeaba. La falta de mando era evidente y Mario lo corroboró al no encontrar a nadie en el sitio del oficial de turno. Se acercó a un cabo, a quien conocía de vista y parecía estar dispuesto a defender la plaza, y le preguntó.

—¿Qué saben de David? Yo soy hermano del teniente Saldaña.

—Aquí no sabemos nada. Solamente que los gringos invadieron Panamá y que hay una guerra armada. El teniente Rojas, que está a cargo de Volcán, apenas lo supo se fue para David. Dijo que nos avisaría cualquier cosa, pero todavía no ha dicho nada.

Mario meditó un instante. La capital de la provincia distaba una hora de Volcán y seguramente que con la guerra el suministro de combustible se cortaría. La aguja de su *pick up* marcaba menos de un cuarto. «Lo primero — pensó— es llenar el tanque mientras se pueda.» En la estación de Finn encontró cuatro carros esperando por diesel. Cuando le tocó el turno, el empleado le informó que estaban limitando la venta a diez galones por carro, pero con esa cantidad el tanque del pequeño *pick up* quedó casi lleno. Mario partió rumbo a David, pensando llegar antes de mediodía.

En el camino que descendía de Volcán hasta La Concepción todo parecía normal, pero desde allí hasta David era evidente la ausencia de vehículos en la carretera, condición que se acentuaba a medida que se iba acercando a la capital de la provincia. En David, las calles estaban virtualmente desiertas. Un amplio cordón de seguridad le impidió llegar hasta el cuartel, por lo que estacionó el *pick up* y se acercó al primer retén. Luego de identificarse pidió ver al coronel Del Cid.

—Vengo de Volcán y tengo información importante para el coronel.

Tras un momento de duda, el sargento a cargo del retén ordenó a un recluta acompañar a Mario hasta el cuartel. «A ver si allá lo dejan pasar», añadió.

Una vez en el cuartel, el asunto se dificultó. El teniente que cuidaba el acceso tenía órdenes estrictas de no dejar pasar a nadie.

—Vea amigo, aparte de que no puedo dejarlo entrar, está arriesgando su vida. Estamos en guerra y esperamos en cualquier momento un ataque de los gringos.

—Sólo le pido que le avise al coronel que traigo un mensaje importante del teniente Rafael Saldaña. Es mi hermano y estoy seguro de que Del Cid me recibirá cuando se entere de lo que se trata.

—¿Tú eres hermano de Rafa? —el tono y la actitud del teniente habían cambiado totalmente.

—Sí. Soy su hermano mayor.

—Espérate aquí un momento.

Diez minutos después el teniente regresaba.

—Ven conmigo, que mi coronel Del Cid quiere verte de una vez.

El jefe de la Quinta Zona Militar estaba al teléfono cuando Mario entró en el despacho. Le hizo una seña para que se sentara y después le dio la espalda y siguió hablando. Las palabras llegaban aisladas a los oídos del agricultor. Escuchó *rendición* varias veces, al igual que *juicio* y *guerrillas*. Esta última había hecho estremecer a Mario. Cuando finalmente Del Cid terminó, giró en la silla y le extendió la mano mientras decía:

—¿Así que usted es el hermano del que tanto habla Rafa?

—Soy Mario Saldaña, coronel, hermano mayor de él. Le agradezco que me reciba en medio de tanta confusión, pero es indispensable que hable con usted.

Del Cid lo interrumpió.

—¿Sabe dónde está su hermano?

—No, ¿no está por aquí?

—Aquí en el cuartel no. ¿Le dijo él lo que haría en caso de una invasión?

—No exactamente, coronel, pero en varias ocasiones mencionó las guerrillas.

—Óigame bien, Saldaña, que lo que voy a decirle es a la vez confidencial y muy importante. Se lo digo a usted porque tengo un gran aprecio por su hermano.

Del Cid guardó silencio un momento, como ordenando sus pensamientos, y después agregó.

—El que estaba en el teléfono era el general Cisneros, jefe del Comando Sur. Me está pidiendo que rinda la provincia para que no haya más derramamiento de sangre. La rendición conlleva varios problemas, algunos personales míos y otros que atañen directamente a su hermano. El mío es que si me rindo, los gringos me llevan a Miami donde me tienen enjuiciado junto con Noriega. O sea, pues, que voy directo a una cárcel norteamericana. El otro problema, que tiene que ver con su hermano, es que, efectivamente, él está al frente de un movimiento de guerrillas para pelear contra los gringos y el gobierno que instalen. Si nos rendimos alguien tendría que ir a decirle que todo terminó y que mejor depongan las armas antes de que sea demasiado tarde. No nos atrevemos a usar la radio porque los gringos nos están oyendo de seguro. No sé si sabe que en Panamá arrasaron con todo. La base de Río Hato también la bombardearon. Las provincias centrales y Veraguas ya se rindieron, sin combatir. Sólo queda Chiriquí y yo no tengo más alternativa que rendir el cuartel. Si no lo he hecho todavía es para ver qué condiciones favorables consigo. Cisneros me ha prometido que no habrá represalias contra nadie, excepto gente que tenga casos pendientes con la justicia. Entre esos, por supuesto, me cuentan a mí. De todas maneras, quiero ver si consigo que dejen a mi mujer y a mis hijos tranquilos. Lo que más parece preocupar a los gringos es que ya están enterados de que hay indicios de guerrilla en tierras altas. Busque a su hermano y dígame que la operación «Tigre Herido» ha terminado.

—Pero, ¿dónde está él?

—Rafael iba a montar su campamento en el Cerro Picacho.

Mario recordó enseguida los lugares que de niño habían recorrido juntos detrás de algún corzo. «Lo más probable es que esté en el Jardín de las Brujas, cerca del ojo de agua», pensó.

—Creo que puedo encontrarlo.

—Entonces váyase rápido, antes que Rafa y su gente empiecen a echar bala.

—Gracias, coronel. Y buena suerte.

Mario iba a abrir la puerta del despacho cuando Del Cid lo detuvo.

—Un momento, Saldaña. Será mejor que le lleve una nota de mi parte. Rafa es terco pero muy disciplinado así es que una orden superior ayudará mucho a que se decida a bajar.

El coronel escribió unas cuantas líneas en papel oficial y se la entregó a Mario.

—Solamente le digo que la operación «Tigre Herido» ha sido cancelada y le sugiero deponer las armas y entregarse por el bien de la provincia. Lo que no le digo, pero es bueno que usted sepa, es que el único grupo que realmente subió a las montañas fue el de él. Los de Piedra Candela y Boquete no llegaron a subir y se dispersaron. Por aquí regresaron algunos hace un rato.

Mario hizo el trayecto de David a Volcán al máximo de velocidad que su *pick up* le permitía. Cuando comenzaba a entrar al pueblo, el traqueteo de una ráfaga de ametralladora lo sobresaltó. En las calles cercanas al cuartel se veía gente corriendo y Mario detuvo a un chiquillo de unos quince años que venía hacia él.

—¿Qué está pasando, muchacho?

—Parece que encontraron un contenedor cargado de armas. Alguien lo trajo desde Santa Clara y lo dejaron frente a la escuela San Benito y ahora todo el mundo tiene un rifle.

—Pero, y ¿a quién le disparan?

—No, a nadie. Disparan al aire, como en las películas.

Nuevamente se oyeron varias ráfagas de ametralladora y algunos disparos aislados.

«Menos mal que no es fin de semana y la gente está sobria. Si no, quién sabe qué pasaría», pensó Mario mientras pasaba lentamente frente al cuartel, donde un par de soldados veían con indiferencia a los habitantes de Volcán

estrenar sus armas recién adquiridas. A su casa llegó pasadas las tres y decidió esperar el amanecer del día siguiente antes de subir en busca de su hermano. «Si salgo a las seis, estaré en el jardín de las Brujas antes de mediodía», pensó.

CAPÍTULO V

Cuando su hijo Alfredo entró en el estudio, Maribel Arango de Santini, con una taza de café entre las manos, escuchaba las últimas noticias de la cadena CNN sobre la guerra en Panamá.

—Buenos días, madre. ¿Qué novedades hay?

—Hijo, qué bueno verte. ¿Qué tal tu guardia?

—Casi nada que contar. Muchos helicópteros de los gringos, muchos disparos por el área de San Miguelito, pero nada cerca del depósito. Me toca regresar a las dos de la tarde. Hemos planificado los turnos de modo que los cambios no interfieran con el toque de queda. ¿Y mi papá?

—Fue a las barricadas. Ha cogido muy en serio su papel. Anoche estuvo de guardia hasta las dos y esta mañana a las siete ya estaba de vuelta. Parece que lo han nombrado coordinador del barrio o algo así. Lo cierto es que anoche decomisaron dos autos robados y detuvieron a varios ladrones. El problema es que no hay a quien entregárselos así es que los tienen amarrados en el sótano de uno de los edificios. El asunto se torna cada vez más peligroso y desagradable.

—Y el saqueo no cesa. Regresé del depósito recorriendo la vía España y prácticamente no hay un comercio que no hayan desvalijado. Desde las siete de la mañana había gente cargando artículos robados.

—Lo mismo decían las noticias cuando tú entraste. Lo comparan con lo que ocurrió en la República Dominicana en 1964. Parece que el saqueo y la guerra van juntos. En cualquier caso, es vergonzoso para el país lo que está ocurriendo.

—¿Y qué programa tiene para hoy la futura presidenta del Parlamento?

—En la pregunta de Alfredo, más que ironía, había cariño y respeto.

—A las once tengo que ir a una conferencia de prensa con los corresponsales extranjeros.

—¿Así que ahora estarás ante los ojos del mundo?

Analisa, que en ese instante entraba al estudio desperezándose, dio un beso de buenos días a su madre mientras decía:

—Yo misma te maquillaré y escogeré el vestido. Tiene que ser azul, que es el color que mejor sienta en la televisión.

—No voy a un concurso de belleza, sino a una reunión con periodistas.

—Y con cámaras de televisión. Debes estar superelegante, aunque no será difícil que te veas mejor que Endara, Arias Calderón y Ford.

Maribel y sus dos hijos compartieron una carcajada y acto seguido Alfredo se despidió.

—Voy a desayunar algo y ver si duermo hasta el mediodía. Cualquier cosa importante que ocurra despiértenme.

—Nos vemos a la hora del almuerzo —dijo Maribel antes de enfrascarse con Analisa en una discusión sobre indumentaria y maquillaje.

Camino del hotel Marriott, donde se celebraría la esperada conferencia de prensa, Maribel pidió al soldado que conducía su automóvil que se detuviera en la última de las barricadas del barrio de Punta Paitilla. Una mezcla de orgullo, compasión y diversión experimentó al contemplar a Emilio haciendo guardia con su escopeta al hombro, quien al verla, se acercó al auto, sonriendo.

—Voy a la reunión con los periodistas y regreso como a la una.

—Que te vaya bien y te luzcas. Aquí te espero para almorzar juntos.

—Hasta luego y cuídate.

El hotel Marriott, situado en los suburbios en una explanada frente al mar, estaba fuertemente custodiado por soldados norteamericanos. Dos hileras de alambres de púa rodeaban toda su periferia y se revisaba minuciosamente a quienes pretendían entrar. Conforme a lo acordado, en un pequeño salón contiguo al que en breve se llevaría a cabo la conferencia, ya esperaban el presidente, los dos vicepresidentes, el ministro de Relaciones Exteriores y Julio Santana, periodista que se encargaría de moderar la reunión. Tras intercambiar opiniones sobre quién contestaría qué, sobre qué temas no serían discutidos por razones de seguridad, sobre la posición del gobierno en relación con el futuro enjuiciamiento de Noriega, y otros asuntos importantes, los dignatarios entraron al salón donde aguardaban los corresponsales de prensa extranjeros.

Maribel quedó momentáneamente cegada por las potentes luces de la televisión y el disparo de los flashes de las cámaras. En la sala habría más de treinta periodistas, entre ellos algunos de las cadenas estadounidenses que frecuentemente aparecían en las pantallas de televisión. Las preguntas giraron en torno a lo previsto por los entrevistados y a Maribel solamente le había tocado responder a una relativa a la integración de la próxima Asamblea, a la que contestó diciendo que de un total de sesenta y siete diputados el gobierno tendría cincuenta y cinco. El resto serían del partido político de los militares, conforme al resultado de las actas recogidas por la Iglesia.

La conferencia siguió sin contratiempos hasta que el moderador señaló a un periodista ubicado en la penúltima fila, que insistentemente levantaba la mano desde el inicio de la conferencia. Cuando se puso en pie Maribel lo reconoció en el acto y un breve sonrojo subió a su rostro.

—Soy Pierre Raveneau, del semanario *L'Express* de Francia. Mi pregunta va dirigida a la legisladora Maribel Santini. Habiendo sido la líder de la Cruzada Civilista contra la dictadura y luego la legisladora que más votos obtuvo, ¿se siente la señora Santini satisfecha de la forma en que finalmente se ha puesto fin a la dictadura en su país?

Maribel quedó un momento perpleja, mientras Pierre volvía a sentarse con esa sonrisa tan típica suya. En realidad, se trataba de una interrogante que ella misma se había formulado varias veces y estaba preparada para responder. Maribel miró al auditorio, cuyo interés en la respuesta era indudable.

—Agradezco la pregunta porque me permite la oportunidad de expresar lo que siento, no sólo como funcionaria de este recién formado gobierno, sino, sobre todo, como panameña. El mundo entero ha sido testigo del terror que la dictadura institucionalizó en Panamá para perpetuarse, desde la decapitación de sus enemigos hasta la represión brutal de aquellos que exigíamos democracia en las calles. Los señores que hoy ocupan la Presidencia y las vicepresidencias de este país, luego de ser electos por una abrumadora mayoría, fueron ultrajados y apaleados ante las cámaras de televisión por los mal llamados Batallones de la Dignidad, verdaderos maleantes a las órdenes directas del dictador Noriega. Posteriormente, hace apenas dos meses, oficiales que se sublevaron, al ser sofocado el

levantamiento, fueron fusilados inmisericordemente y sin que mediara proceso alguno. La dictadura en Panamá no ha sido la de un hombre sino la de una institución, paradójicamente denominada por su creador Fuerzas de Defensa. Mi país estuvo sometido por los Estados Unidos a sanciones económicas que cada vez han hecho más precaria la condición de los más necesitados, pero la dictadura seguía inamovible. Finalmente, el dictador cometió el desliz de colmar la tolerancia del ejército más poderoso del mundo, llegando al punto de poner en peligro la seguridad del Canal de Panamá que sirve a toda la Humanidad. No hay duda de que resulta muy triste ver tropas extranjeras en suelo patrio, pero si hoy realizamos un plebiscito estoy segura de que la inmensa mayoría de mis compatriotas, ante la alternativa de continuar sometidos por un dictador desalmado y criminal, aprobaría la invasión. Sobre esto, jamás el panameño será consultado, porque a ningún patriota le puede agrandar decir sí a la intervención de tropas extranjeras en su suelo. Pero nuestro corazón nos dice que, lamentablemente, no había otro camino. La manera de borrar la tristeza de lo ocurrido es brindándole a ese pueblo que tanto ha sufrido el mejor gobierno de su vida republicana y estoy segura que hablo en nombre de todos los aquí presentes cuando empeño mi palabra de que así será.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala. Pierre, ahora con una amplia sonrisa, se puso nuevamente en pie y dio las gracias. Endara, que ocupaba la silla contigua a Maribel, la felicitó efusivamente y lo mismo hicieron Ford y Arias Calderón desde el otro extremo de la mesa. El Ministro de Relaciones Exteriores, sin embargo, se mantuvo serio e inmutable.

«¿Habré metido la pata?», se preguntó Maribel.

A la salida del salón, Pierre la esperaba. Con mucha cortesía y formalidad se acercó a saludarla y cuando finalmente lograron alejarse del grupo le dijo:

—Necesito hablar contigo.

—¿Profesionalmente?

—Por supuesto que sí. Pero en mi habitación.

—No era ese el profesionalismo en que yo pensaba. A tu habitación es imposible subir. Acuérdate que ahora soy famosa.

—De lo cual me siento muy orgulloso y a la vez entristecido. Pero yo sé esperar. ¿Nos tomamos un café, en público?

—Eso está mejor.

Después de saludar a varias personas, hasta entonces desconocidas, Maribel y Pierre se ubicaron en una mesa al fondo de la cafetería.

—¿Se puede saber qué pretendías con semejante pregunta? —preguntó Maribel fingiendo enojo.

—Promover tu carrera política. Aunque peque de inmodesto, fue la más interesante de todas las preguntas. ¿Te diste cuenta que los periodistas gringos sólo querían hablar de Noriega? No entienden que Noriega ya es historia y que lo que importa ahora es el futuro.

—Mi carrera política culminó ya. Después que termine todo esto lo único que quiero es volver a escribir.

—No, Maribel, tu carrera política comienza ahora. No sé qué famoso político francés solía decir que es mucho más fácil ser oposición que ser gobierno. En la oposición sólo se hace política, pero en el gobierno, además de hacer política, hay que saber administrar bien. Y esto es un verdadero reto.

—Confío en la gente que me acompaña, Pierre. Todos tienen la mejor intención de hacerlo bien. Además, el país ha esperado mucho tiempo y espera muchas cosas. Será difícil no responder a esa expectativa.

Pierre guardó silencio un momento y, cambiando el tema, preguntó:

—¿Están ustedes bien enterados de lo que está ocurriendo?

—Si te refieres al saqueo, sí. Es vergonzoso, pero, según parece, los mal llamados Batallones de la Dignidad se han dedicado a asaltar cuanto negocio existe y la gente se aprovecha. Con tanta miseria, es difícil culparlos.

—No me refiero al saqueo, sino a la guerra. Yo acabo de llegar esta mañana, pero algunos colegas me han dicho que hay más muertos de lo que se dice en las noticias. Además, parece que lo de El Chorrillo fue terrible.

—Es lo malo de la guerra, Pierre. Sufren también los inocentes. Habrá que ver cómo se les ayuda. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Por lo menos hasta que capturen a Noriega. Para los países europeos ese será el fin de la historia.

—Me provocas sentimientos encontrados. ¿Quieres decir que mientras Noriega no sea apresado seguirás aquí?

—No, realmente lo que quiero decir es que hasta que no podamos estar juntos otra vez, hasta que no podamos revivir París, no pienso irme.

Era todo lo que Maribel ansiaba escuchar. Su voz se enterneció para decir:

—Me hace muy feliz que estés aquí, pero ahora debo irme. Tengo un marido a cargo de las barricadas del barrio y un hijo dedicado a custodiar el depósito general de los supermercados Santi y ambos me esperan para almorzar.

Pierre acompañó a Maribel hasta la salida del hotel y ya en la puerta se despidió diciéndole:

—Tú y los tuyos tengan mucho cuidado. Esta guerra desordenada e incomprensible no ha terminado aún.

CAPÍTULO VI

Finalmente le llegó a Albert el turno de hablar por teléfono. Mientras esperaba había dudado entre llamar a Debbie o a sus padres, ya que sólo les permitían hacer una llamada, pero se trataba de esas vacilaciones cuyo único propósito es tranquilizar un poco la conciencia. Su decisión, en realidad, la había tomado en el momento en que supo que permitirían a los soldados una llamada a casa. Rogó, pues, que Debbie estuviera allí.

Fue Angie quien contestó al teléfono en casa de los Clark.

—Angie, es Albert llamando desde Panamá. ¿Está tu hermana?

—Al, ¿cómo estás? —y, gritando— Debbie, es Al, desde Panamá.

—¿No estás herido, verdad?

Albert no tuvo tiempo de responder y sonrió al imaginarse a Debbie arrebatándole el teléfono a su hermana.

—Albert, gracias a Dios que estás bien. Estás bien, ¿verdad?

—Sí, mi amor, estoy muy bien. ¿Cómo están todos por allá?

—Okay todos, pero muy preocupados por ti. Las noticias no son muy claras sobre lo que está ocurriendo.

—Creo que lo peor ya pasó. La noche de la invasión la pasé con doce de mis hombres enterrados en una playa de porquería, así es que no vimos acción. Ya te lo contaré en detalle. Ahora nos tienen peinando las calles de la ciudad. No se trata de una guerra normal. Mucha gente nos aplaude cuando pasamos, aunque todavía queda uno que otro francotirador. A Sifford, que iba al lado mío, le dieron, pero está fuera de peligro. Pienso que si las cosas siguen así pronto regresaremos a casa.

—¿Dónde estás ahora?

—De vuelta en la base. Nos dejan descansar aquí esta noche y mañana volvemos a recorrer la ciudad. Para esta llamada nos autorizan solamente cinco minutos y no sé cuando podré volver a usar el teléfono, así es que llama

a Wannaska y dile a mis padres que estoy muy bien y que la próxima vez los llamaré a ellos.

—Yo he hablado con tu mamá todos los días desde que te fuiste. Están muy preocupados porque han oído en las noticias que son ya varios los muertos y heridos.

—Dile que no se preocupen, que el peligro ya pasó y que se acuerden que en la guerra la falta de noticias son buenas noticias. Ahora tengo que cerrar porque aquí ya me están haciendo señas. Te quiero y te extraño mucho.

—Yo también. Por favor, cuídate.

—Adiós, mi amor.

El sargento Calhoun se durmió esa noche pensando en Debbie, en sus padres y en la extraña guerra en la que estaba participando. Sifford fue la primera víctima que había visto caer. El balazo lo recibió en el hombro izquierdo, a escasas pulgadas del corazón. Albert no supo, de momento, si atender a su compañero herido o ir tras el francotirador. Decidió permanecer con Sifford, que estaba muy asustado gritando que se le escapaba la vida. Albert logró calmarlo y estuvo con él hasta que una ambulancia lo recogió. Lo primero que hizo al regresar a la base, aún antes de despojarse de su ropa inmunda, fue averiguar por su compañero. No le dejaron verlo pero le aseguraron que se encontraba fuera de peligro. «Alégrate por él, sargento, que mañana regresa a casa.» Para Sifford, pues, aquella peculiar guerra había concluido.

Al terminar el primer día de la operación «Justa Causa», Albert, igual que la mayoría de sus compañeros, no había disparado su arma. «La guerra ahora parece ser entre nuestros helicópteros y unos pocos rebeldes panameños», pensaba.

A las once de la mañana del 21 de diciembre, segundo día de la acción bélica contra Panamá, los Rangers recibieron instrucciones precisas. Sobre un gran mapa de la ciudad de Panamá, el capitán Tuttle describía el área que a cada pelotón correspondería peinar.

—Dos vehículos los acompañarán, uno al frente y otro cuidando la retaguardia. Nuestro principal objetivo en esta operación son los llamados Batallones de la Dignidad y alguno que otro soldado que ha escogido no rendirse. Ellos operan en grupos pequeños, aislados y sin ningún tipo de organización. Los helicópteros seguirán dándoles apoyo aéreo. Puedo

asegurarles que cuando terminemos de limpiar la ciudad estaremos listos para iniciar el regreso a casa. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué hay del dictador? —preguntó alguien.

—Pensamos que está escondido en alguna parte. El presidente Bush ha ofrecido una recompensa de un millón de dólares por información que nos lleve a él. Mantengan el ojo abierto por si se lo tropiezan.

Al sargento Calhoun y su pelotón le fue asignada la barriada de San Miguelito, eslabón importante de la cadena de pobreza que rodea la ciudad de Panamá por el Este, lado opuesto al área del Canal. Se les advirtió que era uno de los sitios donde aún podían encontrar resistencia y francotiradores.

CAPÍTULO VII

Mario Saldaña inició el ascenso de Cerro Picacho antes de las seis de la mañana, cuando la noche apenas empezaba a retirarse de las montañas. Llevaba con él un par de naranjas, una papa cocida y un radio portátil, el mismo en el que antes de dormirse la noche anterior escuchara la noticia de la rendición de Del Cid y del cuartel de Chiriquí. Planeaba llegar al Jardín de las Brujas un poco después del mediodía e iniciar el descenso con Rafael y su grupo enseguida. «Cuanto antes deje las armas Rafa, mayores las probabilidades de que quede en libertad», pensaba.

Mario no recordaba si el nombre de aquella pequeña planicie en la abrupta verticalidad del Cerro Picacho se lo habían dado él y Rafa o si el lugar ya lo tenía cuando ellos lo vieron por primera vez, hacía quince años. Ambos quedaron sorprendidos por la cantidad de flores que crecían silvestres y por la ausencia de otro tipo de vegetación, como si alguien tuviera en aquellas reconditeces un jardín privado. A un costado se levantaba la pared de roca sólida de la que brotaba un pequeño ojo de agua, muy fría y cristalina. «Este jardín lo sembraron las brujas», comentó Mario a su hermano. Desde entonces, siempre que iban de cacería al Picacho acampaban allí. Como Rafael era quien más lo frecuentaba, aquellos lugareños que abrigaban serias dudas de que en media montaña existiera semejante vergel, pregonaban su escepticismo llamándolo El Jardín de las Brujas de Rafael Saldaña.

Mario estaba seguro de que al escoger el Cerro Picacho como centro de operaciones, su hermano pensaba en aquel paraje como el sitio ideal para establecer un campamento. Se entristeció un poco al pensar lo incongruente que resultaba que aquel sitio, que tanto significara para ellos, sirviera ahora de base a una operación de guerrillas. «Qué incompatibles las flores y la guerra», se dijo.

Cuando Mario calculó que faltaban unos cien metros de ascenso empezó a salomar, dando aviso de su llegada. Al poco rato reconoció la saloma de su hermano que, evidentemente, venía a su encuentro. Cuando lo vio, la cara de Rafa mostraba, a la vez, alegría, asombro y preocupación.

—¿Qué diablos haces aquí, Mario?

—Vine a buscarte, Rafa. Vamos hasta el campamento y allá te cuento.

—No, quedémonos aquí. No quiero que mis hombres pierdan el ánimo.

Mario contempló a su hermano con algo de compasión y se sentó sobre una piedra cubierta de musgo.

—Ya no estoy en condiciones para estas subidas, hermanito. Déjame recuperar el resuello.

Rafa se sentó junto a Mario y pese a su impaciencia esperó a que este hablara.

—Te lo voy a decir todo de una vez, Rafa. La tal guerra terminó ya. Noriega y todo su Estado Mayor están escondidos, presos o por entregarse. Del Cid se rindió ayer para evitar más muertos y el único grupo que se fue a la montaña es el tuyo. Los demás regresaron a David.

—¿Cómo te enteraste de todo eso? Yo no he podido comunicarme con el cuartel.

—Ayer bajé a David y hablé con el mismo coronel Del Cid. Me dio esta nota para ti.

Rafael leyó la nota y se la guardó en el bolsillo de la camisa sin decir nada. Mario prosiguió.

—Aquí no hay causa, Rafa. Para que un movimiento de guerrillas sea exitoso debe tener una causa, una mística. Como te dije antes, Noriega no vale la pena.

—No se trata de Noriega, Mario, ya no es Noriega lo que importa. —Rafael se esforzaba para no enfurecerse—. ¿Qué me dices de los gringos que han invadido mi país, nuestro país, Mario, y han matado a nuestra gente? ¿No te parece causa suficiente?

El tono de la voz de Rafa se elevaba cada vez más y Mario esperó un poco a que volviera a calmarse.

—Los gringos han venido a restablecer la democracia y a librarnos de la dictadura de un criminal. Te aseguro que en poco tiempo se van.

—No, Mario, ellos no se van más nunca. Están aquí desde hace noventa

años y aquí se quedan a menos que nosotros hagamos algo.

—Se quedan, pero en unas bases que el propio inspirador de ustedes, Torrijos, les autorizó por tratado.

—Ese tratado termina en el año 2000 y era lo que los iba a sacar de aquí, pero ahora que nos han dejado sin ejército no se van más nunca.

—No es con un ejército que vamos a sacar a los gringos, Rafa, y tú lo sabes mejor que yo. Para ser patriota no se requiere estar armado.

Los hermanos Saldaña permanecieron un rato en silencio. Rafael le hizo señas a un soldado que se acercaba para que regresara al campamento.

—Tienes mucha vida por delante, Rafa, y si tu preocupación son los gringos, hay maneras más efectivas de lograr que se vayan; no con armas, que ellos tienen más y mejores, sino con inteligencia, que allí se emparejan las cosas. Además, te puedo asegurar que en este momento el único grupo armado que hay en la montaña es el tuyo. Tienes que pensar también en esos muchachos que están aquí contigo. Tú eres responsable por ellos.

Rafa respondió enseguida.

—¿Qué te parece si dejamos que ellos decidan? Si la mayoría quiere bajar, nos vamos.

—Tú sabes mejor que yo que los militares no proceden así. La decisión la tomas tú y, si son buenos soldados, ellos obedecen.

—Creí que la democracia te gustaba más que la disciplina militar, que no es más que una continua cadena dictatorial —dijo Rafael sonriendo.

Mario se quedó un rato en silencio. A su lado, Rafael meditaba.

—¿Entonces, Rafa? ¿Nos vamos?

—Déjame pensarlo un poco más y hablarle a la gente. Mientras tanto, vamos al campamento a almorzar algo. Me imagino que en esa mochila tienes como siempre, una papa cocida y una naranja.

—Así es, pero acepto cualquier alimento adicional. ¿Cómo está el Jardín?

—Hay más flores que nunca. Parece que las brujas han trabajado bien este año.

Cuando llegaron al campamento, Mario pudo comprobar la certitud de las palabras de su hermano. Las cuatro tiendas de campaña habían sido levantadas sin perturbar las flores, de tal manera que parecía que cada una tenía enfrente su propio jardín. «¡Hermoso lugar para albergar un ideal!», pensó Mario.

CAPÍTULO VIII

Camino al hotel Marriott, Maribel se percató de que un grupo grande de vecinos rodeaba la barricada en la que se despidiera de Emilio esa mañana. Los rostros consternados y el no ver a su marido la preocuparon grandemente. Luego de pedirle al chofer que esperara un momento, se apeó del auto para averiguar qué ocurría.

Al reconocerla, uno de los amigos del vecindario, Julio Paredes, vino a su encuentro y pronto se vio rodeada por varias caras conocidas. Julio fue el primero en hablar.

—No te preocupes, que Emilio está bien. Fue al hospital a acompañar a Manolo López que resultó herido esta mañana en un enfrentamiento con los batalloneros.

—Tu marido es un héroe —añadió una vecina.

—Por lo menos, hay uno de esos maleantes que ya no hará más daño —dijo otra.

—Recibieron de su propia medicina.

De pronto, todos parecían hablar al unísono y a Maribel le resultaba difícil averiguar lo sucedido. Finalmente preguntó:

—¿A qué hospital llevaron a Manolo?

—Aquí mismo, a Paitilla —le contestaron.

Maribel regresó al auto y le pidió al chofer que la llevara al Hospital Paitilla. Lo único que tenía claro era que entre los vecinos del barrio y los batalloneros se había producido un enfrentamiento armado, que había muerto un batallonero, que Manolo López, amigo íntimo de Emilio, estaba herido y que a este no le había pasado nada. «¿Hasta dónde llegará esta locura?», volvió a preguntarse.

Al llegar Maribel, Emilio conversaba con un médico frente a la sala de urgencia.

—¿Cómo está Manolo? —preguntó.

—Precisamente, el doctor Pinzón me acaba de comunicar que está fuera de peligro, aunque probablemente pierda parte de la movilidad del brazo izquierdo.

—¿Y tú, Emilio, estás bien?

—A mí no me pasó nada. Vamos a casa y te lo cuento todo.

Emilio refirió a su esposa la odisea de esa mañana y al llegar a casa tuvo que repetir el relato para beneficio de sus hijos.

—Como a eso de las once de la mañana nos avisaron del Puesto Cuatro que había personas extrañas entrando al barrio por el área de la playita de Boca La Caja. Manolo, sus dos hijos y yo fuimos a ver lo que ocurría. Íbamos en la camioneta de Manolo y encontramos a los intrusos caminando por la calle que sirve de límite a Punta Paitilla. Los tipos, que eran cinco, parecían desarmados y caminaban tranquilos, como si nada. Cuando nos aproximamos, uno de ellos sacó una ametralladora y empezó a disparar. Como pude, me bajé del carro y disparé al grupo con la escopeta doce. Creo que herí a uno. En ese mismo momento, del piso alto de uno de los edificios contiguos salieron disparos de grueso calibre y el que había disparado primero cayó acribillado. Los demás huyeron y nosotros trajimos de una vez a Manolo al hospital.

—¡Qué experiencia tan horrible! —exclamó Analisa— ¡Pudieron matarte a ti!

—Créanme que para mí fue terrible darme cuenta de que en verdad soy capaz de matar a un semejante. Cuando disparé el arma esa era mi intención.

—Era en defensa propia, papá —dijo Alfredo.

—Cualquiera habría hecho lo mismo.

—¿Y qué pasó con el batallonero? —preguntó Maribel.

—Según entiendo, vinieron unos soldados gringos y recogieron el cadáver. Por lo visto alguien les avisó.

—¿Quién fue el vecino que lo mató? —quiso saber Maribel.

—Todavía no lo hemos averiguado. Nadie ha querido responsabilizarse.

—Tendrá quizás las mismas dudas que tú.

—Para mí, es un héroe —dijo Analisa—. Si no acaba él con el maleante, a lo mejor los matan a todos ustedes.

—Asimismo es, hermana, y el viejo, quiérase o no, es otro héroe.

—Heroísmo es lo que necesitaremos de aquí en adelante para mantener unido el barrio si esta situación de incertidumbre continúa.

—¿Cómo así, Emilio? —preguntó Maribel.

—Tenemos dos problemas serios. El primero es la escasez de alimentos, sobre todo de algunos básicos. Precisamente ahora a las cuatro tendremos una reunión para ver cómo racionamos y repartimos lo que queda. Por ahora todos se muestran muy cooperadores y no hay diferencias por razones políticas. En defensa del barrio se han puesto de acuerdo demócrata cristianos, arnulfistas, militaristas, en fin, gente de todas las facciones políticas, quienes coinciden en deponer sus diferencias en favor de la defensa y bienestar del barrio. El otro problema es que, aunque esto aparenta ser así, también hay *sapería*. Esta mañana los gringos se presentaron al Edificio Crisol y se llevaron a José Céspedes, que fue viceministro de Hacienda de Noriega. Parece que estaba escondido en el apartamento de un familiar y algún vecino lo denunció.

—Hay gente que la pasó muy mal bajo Noriega. Es difícil culparlos.

—Eso, Maribel, es comprensible, pero debemos tratar de ponerle un alto para bien del barrio. Ninguno de esos civiles es peligroso y la hora de denunciarlos y apresarlos no es ahora, en plena guerra. En la reunión de esta tarde tendremos que tocar ese tema.

—Cuidado, Emilio, no te vayas a convertir tú ahora en el defensor de los norieguistas.

—Yo sólo pretendo hacer lo que sea mejor para la defensa del barrio.

—Alguien tiene que hacerlo, mamá —agregó Alfredo. En cuanto a las provisiones, puedo traer algunas cosas básicas del depósito y repartirlas.

—Lo que más necesitamos es leche enlatada, azúcar y pastas.

—Esta noche traeré lo que pueda después de mi guardia.

—Con toda esta conmoción no le hemos preguntado a la presidenta de la Asamblea por la conferencia de prensa. ¿Cómo les fue, Maribel?

—Creo que bien. Adivinen quién hizo la última pregunta.

—¿Llegó el francés? —inquirió Analisa.

—Sí, y me preguntó a mí, directamente, qué opinaba sobre la invasión como medio de restablecer la democracia. Me defendí bien.

—No lo dudo, Maribel. ¿Cómo está Pierre?

La pregunta de Emilio, aunque formulada con naturalidad, provocó

momentáneamente un silencio incómodo entre los Santini.

—Está bien, y observando los acontecimientos mucho más de cerca que nosotros. Cuando pase todo esto, y haya comida, lo invitaré a cenar para que nos cuente sus experiencias.

—Será muy interesante —dijo Alfredo—. Ahora me voy a cuidar el depósito. Antes de las diez estoy de vuelta.

—Te esperaremos para cenar. Y cuídate mucho.

—No te preocupes, mamá, que la situación está mejorando.

CAPÍTULO IX

Mientras Mario y Rafa almorzaban con el resto de la tropa, el pequeño radio portátil trajo nuevamente la noticia de la rendición de Del Cid en la provincia de Chiriquí. También conminaban a los que aún no lo habían hecho a deponer las armas para evitar más derramamiento de sangre. Se informaba, asimismo, que ya el ejército norteamericano controlaba toda la provincia y que estaban a la caza de elementos rebeldes, a los que, una vez más, se les pedía entregarse.

Los soldados se habían acercado al aparato de radio para escuchar las noticias y al finalizar el noticiero un pesado silencio quedó flotando entre ellos.

—Esos rebeldes que andan buscando somos nosotros —exclamó alguno.

—No creo que nadie sepa todavía de ustedes —opinó Mario.

—Estoy seguro que alguno de esos pendejos que iban a irse a las montañas con nosotros y que se acobardaron han cantado hasta la Marsellesa para salvar el pellejo —el que hablaba era el mismo cabo Ríos que había iniciado el diálogo.

Rafael miró a Mario, luego a sus hombres, y se puso en pie.

—Bueno, muchachos, llegó el momento de tomar la decisión. Aquí tengo una nota del coronel Del Cid en la que me avisa que la guerra terminó para nosotros. Aunque no me lo ordena, sí me aconseja que dejemos las armas. Mi hermano Mario hizo el viaje hasta acá arriba para traerme la nota de mi coronel y para que bajemos de una vez, antes que sea demasiado tarde.

Rafael observó la expresión desorientada en el rostro de sus hombres y prosiguió.

—Creo que, dadas las circunstancias, hay otras formas más efectivas de pelear contra los gringos. Cada uno de nosotros tiene el deber de sobrevivir para convertirse en un foco de rebeldía permanente que contagie a otros,

hasta que los gringos nos dejen en paz.

Luego de una breve pausa, añadió:

—Vamos a levantar el campamento y empezar el descenso en cuatro grupos. Según la radio, los gringos ya nos andan buscando y es más seguro bajar separados. Yo iré con Ríos y con mi hermano en la retaguardia. Si partimos enseguida, seguro que estamos en Cerro Punta antes de que anochezca.

El primer grupo inició el descenso faltando un cuarto para las dos y los demás siguieron con intervalos de diez minutos.

—Los viejos se pondrán felices de verte, Rafa. Aunque ignoran que andabas por las montañas, estaban muy preocupados.

—No sé si debo ir contigo a la casa, Mario. Los gringos me deben estar buscando.

—Si así fuera, es mejor que te encuentren en compañía de tu familia.

—No quiero darle malos ratos a los viejos.

—Para los padres, ayudar a un hijo no es nunca un mal rato.

Alrededor de las cuatro de la tarde, Rafa, Mario y el cabo Ríos tenían recorrido ya la mitad del descenso. De pronto, Rafa se detuvo.

—¿Qué pasa, hermano?

—¿No oyen ese ruido? Es un helicóptero.

En cuestión de segundos, un ruido de aspas que aún no lograban ubicar invadió el silencio. La vegetación del sitio por el que pasaban en ese momento no era tan espesa como el resto de la montaña, aunque con la ropa de camuflaje sería fácil pasar desapercibidos. Pero Mario llevaba puesta una camisa blanca.

—Mario, escóndete —gritó Rafa.

En ese preciso instante, como un enorme insecto, el helicóptero surgió frente a ellos. Rafa pensó en el *stinger* que llevaba al hombro, pero se dio cuenta de que, aunque quisiera, ya no habría tiempo de usarlo. La puerta del aparato estaba abierta. Rafa pudo ver el rostro indiferente del soldado que operaba la ametralladora calibre 50.

—No se muevan —gritaba inútilmente el teniente Saldaña. Ni siquiera él podía escuchar sus propios gritos.

Cada vez que Rafael recordaba las escenas que se sucedieron, las veía desarrollándose muy despacio, como si en ese momento alguien hubiera

puesto sus vidas en cámara lenta. Mario había colocado su mochila en tierra y se agachaba buscando algo. El cañón de la ametralladora giró apenas y, en el momento en que su hermano volvía a erguirse, escupió candela. Mario no tuvo siquiera oportunidad de agitar el trapo blanco que sirviera de envoltorio a la papa cocida y que acababa de sacar de su mochila. La ráfaga lo partió en dos. Cuando Rafa, arrastrándose, llegó hasta él, aún le quedaba algo de vida. Su rostro más que dolor, reflejaba asombro e incredulidad. Al rodearlo con sus brazos, Rafa sabía que su hermano había dejado de existir. Aun así, se mantuvo aferrado a él hasta que los soldados gringos se los llevaron a ambos.

CAPÍTULO X

Eran las siete de la noche cuando Anselmo Estrada, gerente del supermercado Santi de San Miguelito, detectó a los intrusos.

—Alfredo... Alfredo...

El tono de Anselmo, gritando su nombre en voz baja, preocupó a Alfredo, quien en ese momento terminaba de empacar una caja de latas de leche. Se acercó enseguida y preguntó.

—¿Qué pasa?

—Acabo de ver unos tipos saltar la cerca...

—¿Cuántos eran?

—Por lo menos vi a tres.

Una breve ráfaga de ametralladora los interrumpió.

—Están volando el candado de la puerta del depósito —dijo Alfredo—. ¿Qué hacemos?

—Si disparamos hacia la puerta y hacemos mucha bulla a lo mejor se asustan y se van.

El ruido de los disparos de la escopeta de Alfredo y del revólver de Anselmo retumbó en todos los confines del depósito y ambos quedaron momentáneamente sordos. Esperaron unos segundos y volvieron a disparar. Transcurrió un par de largos minutos de angustioso silencio. Una nueva ráfaga de ametralladora, más larga que la anterior, los obligó a echarse al suelo. Las paletas de vidrio de una de las ventanas del depósito saltaron en pedazos. Los disparos, sin embargo, parecían venir de más lejos.

—Creo que se están retirando —dijo Anselmo.

—De todas maneras, vamos a disparar de nuevo hacia la ventana, para que no se les ocurra regresar.

Diez minutos transcurrieron sin que Alfredo Santini y Anselmo Estrada escucharan más disparos.

—Creo que nos salvamos de esta —comentó Alfredo.

—Lo que más me preocupaba era que nos tiraran una granada o algo así.
En cualquier caso, vamos a ver qué le pasó a la puerta.

CAPÍTULO XI

El pelotón del sargento Calhoun patrullaba las inmediaciones de San Miguelito cuando escucharon con claridad el intercambio de disparos. Enseguida recibieron órdenes de proceder hacia el área.

El día había sido largo e intenso para Albert y sus hombres, que en dos ocasiones se vieron precisados a responder el fuego de francotiradores. La gente de las barriadas pobres no parecían recibir a la tropa norteamericana con el mismo entusiasmo que demostraban los panameños que habitaban más cerca del centro de la ciudad y, definitivamente, eran más las miradas aprensivas y hostiles que los aplausos y los vivas.

Frente al depósito de Santini algunos curiosos comentaban los acontecimientos recientes. El cabo portorriqueño, que servía de intérprete al pelotón, se acercó al pequeño grupo para obtener información.

—Okey —dijo después, dirigiéndose a Albert— dicen que los disparos fueron dentro de ese depósito. Parece que aquí guardan la mercadería de una gran cadena de supermercados de Panamá. Si lo queman o lo vuelan dejan a la ciudad sin comida.

—¿Y los batalloneros están allí dentro? —preguntó Albert.

—Los vecinos creen que sí. Oyeron el intercambio de disparos pero no vieron salir a nadie.

—Entonces vamos a sacarlos de ahí.

El camión inició la marcha hacia el portón de la cerca que protegía el depósito, que cedió fácilmente ante la embestida.

En el momento en que los soldados americanos forzaban su entrada al patio, Alfredo cargaba en su auto una caja de pastas diversas. Al escuchar el impacto del camión contra la puerta, se agachó detrás de la camioneta, temiendo lo peor. «Regresaron los batalloneros», murmuró para sí.

Permaneció emparapetado unos segundos y luego, con mucho cuidado,

recogió su escopeta e intentó ver cuántos eran. Al contemplar el camión del ejército americano y los soldados que venían detrás, sintió que le volvía el alma al cuerpo. «Al fin decidieron protegernos», pensó con alegría.

Alfredo salió de detrás de la camioneta a dar la bienvenida a los americanos, levantando en alto su escopeta a guisa de saludo y bienvenida.

—Anselmo, sal que son los soldados americanos —le gritó a Estrada.

Entre los soldados, Albert, que iba delante, fue el primero en reaccionar. Al ver de pronto al desconocido con el arma levantada a escasos veinte metros de él, no lo pensó dos veces. Las balas de su ametralladora impactaron a Alfredo en el pecho y lo impelieron contra la pared del depósito, desde donde su cuerpo se deslizó hasta el suelo. Transcurrió un minuto sin que nada ocurriera hasta que la puerta del depósito empezó a abrirse lentamente.

—No disparen, que somos amigos —gritó Anselmo Estrada agitando un pañuelo blanco a través de la puerta semiabierta.

Enseguida dos soldados lo inmovilizaron contra el piso mientras los demás penetraban en el depósito.

Cuando, Albert, luego de registrar el depósito, salió con sus hombres se encontró al portorriqueño conversando con el prisionero, que lloraba con la cabeza entre las manos.

—Sargento, creo que matamos a un inocente. Ese muchacho, según me ha dicho su compañero, estaba aquí cuidando el depósito. Es nada menos que el hijo del dueño.

—¡Dios mío! —exclamó Albert quedamente, mientras se acercaba al cadáver.

Sólo entonces advirtió que el arma que el muchacho tenía a su lado era una vieja escopeta de cacería.

CAPÍTULO XII

En casa de los Santini fue Analisa quien recibió la llamada.

—Soy Anselmo Estrada, gerente del supermercado Santi de San Miguelito. Necesito hablar con el señor Santini.

—Mi papá no está en este momento. ¿Puedo tomar algún mensaje? Soy su hija.

—¿Y la señora Santini? Se trata de algo muy serio relacionado con Alfredo.

—¿Le pasó algo a mi hermano?

Maribel, que escuchaba las noticias en la televisión, se acercó a Analisa y al ver su expresión de alarma, tomó el teléfono.

—Soy Maribel Santini, la madre de Alfredo. ¿Qué ha ocurrido?

—Señora, soy Anselmo Estrada, gerente del supermercado de San Miguelito. Siento mucho decirle que acaba de ocurrir un terrible accidente en el depósito.

—¿Le pasó algo a mi hijo?

—Los soldados norteamericanos le dispararon por error —la voz de Anselmo se quebró—. Alfredo está muerto, señora.

Lo que sucedió después, Maribel lo recordaba como se recuerda un mal sueño. Algunos detalles se destacaban vívidamente como surgiendo de una nebulosa espesa y permanente. Veía el rostro apacible de Alfredo, como si estuviera dormido sobre la plancha helada de la morgue, y recordaba haber pensado con qué precisión se dibujaban ahora sus facciones sencillas y nobles. Veía a Emilio y Analisa abrazados, sorprendida al observar lo mucho que se parecían ambos cuando lloraban. Recordaba vagamente la gravedad de la expresión de Pierre y los rostros imprecisos de amigos y familiares en la misa del muerto; la pequeña urna que contenía lo que había sido su hijo, sus triunfos, sus alegrías, sus sonrisas, sus ojos tranquilos, sus proyectos. Todo

estaba allí, encerrado para siempre. Veía a Emilio depositando la urna en el nicho de la cripta del Santuario y recordaba su esfuerzo inútil por reprimir un desesperado «No lo dejen allí. Nunca le gustó la soledad».

Ahora, tres días después, las imágenes regresaban como olas, constantes en su imprecisión, pero poco a poco recordaba una vez más a Alfredo, vivo, sonriendo, repartiendo entusiasmo y alegrías, y entonces la tristeza era más honda pero menos inútil. Lo más difícil para la familia era estar juntos y percibir físicamente la ausencia de Alfredo. Analisa aún no dejaba de llorar.

El primer impulso de Maribel fue renunciar a la diputación y a la presidencia de la Asamblea, pues resultaba un contrasentido que ella ocupara una posición destacada como consecuencia de una invasión que había truncado la vida de su hijo. Emilio, sin embargo, la disuadió.

—Tú no estás allí puesta por los norteamericanos sino por la gente que te eligió. Te hará bien estar ocupada.

«Además», pensó Maribel, «es lo que Alfredo hubiera esperado de mí» y hasta creyó haber soñado que su hijo le pedía que continuara luchando, aunque no lograba precisar los detalles de aquel sueño.

Pierre, que finalmente cumpliera con su anunciada visita, le había descrito a los Santini un cuadro aún más terrible de lo ocurrido en Panamá.

—Habrás que hacer mucho para restañar tantas heridas y gente como tú harán falta —fueron sus palabras.

Con la muerte de Alfredo, Maribel supo que había muerto también su relación amorosa con Pierre. Algún sentimiento, difícil de precisar, vinculaba el amor de Pierre con la tragedia de su hijo. Pierre lo comprendió sin necesidad de que ella se lo explicase. Sus palabras al despedirse aquel día así lo sugerían.

—Me imagino lo ocupada que estarás ahora. Aunque te llamaré de vez en cuando, procuraré no perturbarte.

CAPÍTULO XIII

Finalmente el oficial portorriqueño que interrogaba al teniente Saldaña tocó el tema de las guerrillas. Durante la primera hora se había limitado a preguntas personales y de carácter general: dónde había nacido, en qué institución había estudiado, quiénes eran sus padres, qué pensaba de la revolución cubana y del sandinismo nicaragüense. Pero de pronto el tono del interrogatorio cambió totalmente:

—¿Cuántos hombres se fueron a la guerrilla?

—Entiendo que sólo el grupo comandado por mí, que éramos doce, subimos finalmente a la montaña.

—¿Qué pasó con los otros?

—No lo sé. El coronel Del Cid me mandó a decir que depusiera las armas porque él iba a rendir el cuartel de Chiriquí y que sólo mi grupo se había ido a la guerrilla.

—¿Dónde están los otros que subieron con usted?

—No lo sé, pero estoy seguro que ninguno representa un peligro para el ejército norteamericano. Cuando el helicóptero nos interceptó habíamos decidido no pelear y ya veníamos de regreso.

—¿Qué hacía allí su hermano?

Rafael sintió que la sangre se le subía a la cabeza, pero permaneció sereno.

—Él era tan sólo un simple agricultor.

—¿Por qué estaba con ustedes en la montaña?

—Fue solamente a llevarme el mensaje del coronel Del Cid.

—¿Y cómo los encontró tan rápido? Esa montaña es muy grande.

—El fue directamente a un sitio que conocíamos desde muchachos. Fue una corazonada.

El oficial portorriqueño se puso en pie y volvió a cambiar el tono. Como si realmente se interesara por el tema, preguntó:

—¿Qué va a hacer usted ahora, teniente?

Rafael, que durante los dos últimos días dedicara mucho tiempo a responderse esa misma pregunta, contestó con igual sinceridad fingida.

—En el momento en que salga de aquí, me iré a estar con mi padres en Cerro Punta. Aunque no soy agricultor, ahora que no está mi hermano Mario tengo que ayudarlos y, sobre todo, acompañarlos. Él se encargaba de la finca y de ellos. Después, trataré de regresar a las Fuerzas de Defensa. Mi récord está limpio y es lo que sé hacer.

—Las Fuerzas de Defensa ya no existen, Saldaña.

—Alguien tendrá que velar por la seguridad pública en este país. Espero algún día formar parte de ese organismo... si me aceptan.

El oficial del ejército norteamericano meditó un momento antes de añadir:

—Es todo por ahora, Saldaña.

Luego fue hasta la puerta y llamó a los dos miembros de la Policía Militar que habían conducido a Rafael desde la barraca de prisioneros de guerra a su despacho.

El teniente Saldaña cruzaba el umbral de la puerta cuando el oficial de inteligencia lo llamó nuevamente.

—Saldaña, una última pregunta antes de retirarse.

Rafael dio media vuelta.

—¿Qué piensa usted sobre la muerte de su hermano?

Rafael sintió nuevamente un golpe de sangre en las sienes. Miró con detenimiento a su interlocutor y, haciendo un esfuerzo porque sus palabras sonaran sinceras, volvió a fingir:

—Pienso que fue una muerte inútil y sin sentido, que el operador de la ametralladora se precipitó y que mi hermano debiera estar vivo hoy.

—¿Nos guarda rencor por eso?

—Mayor, usted sabe bien que si el ejército norteamericano no invade Panamá, Mario Saldaña viviría aún. Yo sé también, y es lo que más me duele, que si no me voy a la guerrilla, nada le hubiera ocurrido. Pero no me pregunte qué siento porque yo mismo no lo sé.

De regreso a la barraca, Rafael se felicitó por su actuación. Tres días después el propio oficial portorriqueño venía a informarle que la mañana siguiente sería puesto en libertad.

—El ejército norteamericano lo conducirá hasta su casa en Cerro Punta.
Sus padres ya están avisados.

Rafael estrechó efusivamente la mano del portorriqueño, mientras decía:

—Es bueno saber que en el ejército norteamericano todavía hay cabida para sentimientos de nobleza.

CAPÍTULO XIV

Maribel y Emilio escucharon en el estudio el timbre del intercomunicador y un momento después Analisa entraba para informarles:

—Es el portero del edificio que dice que abajo un soldado norteamericano pregunta por la familia Santini. Quiere saber si lo deja subir.

—¿Quién podrá ser? —preguntó Maribel hablando en voz alta consigo misma—. Hace dos días nos cambiaron la escolta norteamericana por panameños.

—Tal vez alguno de los que trabajó contigo y viene a despedirse —sugirió Emilio.

—Dile al portero que lo deje subir —pidió Maribel a Analisa.

A los pocos minutos tocaban a la puerta, que abrió Analisa.

—Siéntese, por favor. Mis padres saldrán enseguida.

Aún el soldado no había terminado de sentarse cuando los esposos Santini franqueaban la puerta que comunicaba el estudio con la sala. Maribel no reconoció al soldado vestido de fatiga que con la gorra entre las manos se levantaba para saludar. Ciertamente que no se trataba de ninguno de los que le habían servido como chofer durante los días siguientes a la invasión.

—Siéntese, por favor. ¿En qué podemos servirle? —preguntó Emilio.

El soldado habló con torpeza y timidez.

—No sé cómo decirles esto. Mi nombre es Albert Calhoun, sargento del grupo especial de Rangers. A nosotros nos asignaron la tarea de peinar la ciudad para terminar con algunos grupos que aún permanecían sin rendirse.

El sargento hizo una pausa y Maribel, en un *déjà vu* clarísimo, supo exactamente las palabras que estaban a punto de salir de sus labios.

—Yo fui quien disparó contra su hijo la noche del 22 de diciembre y he venido a decirles lo mucho que lo siento.

Emilio y Analisa quedaron estupefactos y en seguida miraron a Maribel.

Toda la rabia acumulada en los últimos días explotó dentro de ella.

—¿Cómo se atreve a venir aquí? Usted acabó no solamente con la vida de mi hijo sino también con la de toda esta familia. Salga inmediatamente de mi casa y regrese a su país, asesino.

Las últimas palabras salieron de su boca empapadas de llanto mientras se daba vuelta y regresaba corriendo al estudio. Emilio salió tras ella no sin antes hacer una seña conciliadora en dirección al soldado, como pidiéndole que no se fuera aún.

Maribel lloraba histéricamente y Emilio se sentó a su lado esperando que terminara de desahogarse. Luego le habló suavemente, con profunda ternura.

—Ese muchacho ha debido sufrir mucho antes de decidirse a venir aquí. No sé si notaste que en sus ojos había lágrimas mientras hablaba.

Maribel no respondió nada.

—Lo de Alfredo fue un accidente terrible, pero no fue un asesinato y ese joven no parece un asesino. Anda buscando nuestro perdón para tranquilizar su conciencia. Voy a salir y a decirle que se vaya en paz, que sabemos que no era su intención matar a nuestro hijo.

Maribel continuó sin responder.

Cuando Emilio regresó a la sala, Albert Calhoun estaba de pie junto a la puerta, cabizbajo sin saber qué hacer. Analisa lloraba sentada en el sofá.

—Espero que comprenda a mi esposa. Alfredo y ella eran muy unidos, pero nosotros sabemos que lo que costó la vida a nuestro hijo fue un lamentable accidente. Puede irse tranquilo, sargento.

Albert miró a Emilio y las lágrimas acudieron de nuevo a empañar su mirada. Habló precipitadamente.

—Fue un accidente sin sentido, señor. La patrulla había sido objeto de varios disparos ese día y los vecinos nos informaron que en el depósito había batalloneros. Nosotros escuchamos los disparos y sabíamos que se trataba de armas de grueso calibre. Estaba ya oscuro y cuando entramos al patio su hijo salió de detrás de un carro con un arma en la mano. Desgraciadamente yo fui el primero en reaccionar. Pensé que mis hombres estaban en peligro. ¡Dios mío, ojalá no hubiera apretado el gatillo!

Emilio respetó el llanto que el soldado luchaba en vano por contener y cuando se hubo tranquilizado, lo acompañó hasta la puerta. En ese

momento Maribel salía nuevamente del estudio y acercándose a Albert le dijo:

—Quiero que se vaya convencido de que quien mató a nuestro hijo no fue usted. Igual que otros muchos que han muerto en esta estúpida guerra, él empezó a morir el día que Noriega se hizo dictador de este país. El único culpable es realmente Noriega.

Aunque Albert dio las gracias a los Santini en todas las formas posibles, la expresión de alivio en su rostro al despedirse, tan distinta a aquella que traía cuando llegó, fue mucho más elocuente que todas las palabras.

De regreso al estudio, Emilio abrazó a su mujer.

—Siempre te he admirado por montones de cosas, pero en ningún momento me he sentido tan orgulloso de ser tu esposo como ahora. Lo que acabas de hacer por ese muchacho no tiene parangón y me ha conmovido profundamente.

—Como siempre, fuiste tú quien me abrió los ojos, Emilio. No creas que fue tan difícil. ¡Es tan fácil odiar a Noriega! Es un odio infinito, sin limitaciones.

TERCERA PARTE

MEDIAMANO II

Cuando el fragor de la batalla por el cuartel central hubo disminuido, Mediamano abandonó el promontorio con la esperanza de poder llegar hasta su hogar. Muchas casas de El Chorrillo ardían, sobre todo las más próximas al cuartel y Mediamano rogó en silencio que la de él se hubiera salvado de la candela. Otros chorrilleros, impulsados por la misma motivación, intentaban también retornar al barrio, cuando una ráfaga de ametralladora, que sonó muy cercana, los detuvo en seco: enseguida se oyó la voz aguda de un megáfono:

«Atención, mucha atención. No está permitido ingresar a El Chorrillo. El combate aún no ha terminado y sus vidas corren peligro. Les rogamos regresar al otro lado de la avenida Cuatro de Julio hasta que cesen las hostilidades.» Mediamano se detuvo a observar qué hacía el resto del grupo. Todos permanecían inmóviles, como estatuas, hasta que un muchacho decidió seguir avanzando. Inmediatamente surgieron de la oscuridad varios soldados que lo interceptaron y sin miramientos lo forzaron a regresar. Una vez más se escuchó la voz del megáfono: «Atención chorrilleros. Repetimos que todos sin excepción deben regresar al otro lado de la avenida. Es por su propia seguridad». ¡Cuántas veces en los próximos meses escucharía Mediamano la voz impersonal y odiosa del megáfono dando órdenes para esto y para aquello! El grupo regresó lentamente al sitio desde el cual seguirían contemplando, impotentes, la agonía de El Chorrillo. El combate continuaba, pero ya había más distancia entre el ruido de los disparos.

Poco a poco los habitantes de El Chorrillo fueron formando un grupo más apretado, como si quisieran compartir más de cerca el dolor de ver su barriada arder. Aunque las detonaciones ya habían cesado casi por completo, las llamas adquirirían por momentos mayor violencia. Cuando se presentó el amanecer, el cuadro que se ofrecía a los ojos de Mediamano era desolador. El barrio entero

había desaparecido consumido por las llamas, salvo unos pocos edificios de mampostería, cuyas paredes ennegrecidas era lo único que quedaba en pie. Al fondo, el cuartel central seguía en su sitio aunque los efectos de las bombas y las balas eran evidentes. De la ventana del segundo piso, que albergara las temibles oficinas de Noriega y su Estado Mayor, salían llamas intermitentes. Todo el barrio estaba rodeado por un cordón de tanques y soldados gringos. De pronto un vecino señaló en dirección a la avenida A, donde una columna de soldados panameños desfilaba hacia la avenida de los Mártires, rodeados de tropas gringas. Marchaban lentamente, con las manos atadas detrás de la espalda, la cabeza descubierta y mirando al suelo. Algunos cojeaban y eran ayudados por otros. Mediamano calculó que por lo menos eran quinientos los prisioneros de guerra y un sentimiento mezcla de rabia y vergüenza lo invadió. Como si obedecieran a la misma voz interior, los chorrilleros fueron acercándose a la calle por la que pasaría el cortejo. Soldados americanos los mantuvieron otra vez a distancia, pero todos pudieron ver la expresión de incertidumbre y pena que reflejaba el rostro de los vencidos. Al poco rato, por la misma calle empezaron a desfilan ambulancias y camiones. Siguiendo el ejemplo de algunos muchachos, Mediamano trepó a un árbol para observar mejor. Jamás olvidaría el macabro cargamento que llevaban aquellos camiones. Cuerpos ensangrentados, piernas y brazos inertes grotescamente entrelazados, ojos abiertos hacia la nada. Seis camiones cargados de muerte pasaron despacio ante la mirada de Mediamano, que en ese instante comprendió que todo había cambiado para siempre y que ya nunca volvería a ver a su abuelo, a su madre o a sus hermanos.

Alrededor de las diez de la mañana el acceso a El Chorrillo seguía vedado y algunos gallotes que volaban en círculo empezaban a descender sobre el barrio. Los vecinos espontáneamente iniciaron una protesta y nuevamente fueron contenidos. Poco después, los mismos camiones que horas antes desfilaron con su cargamento de soldados muertos entraron por varias de las calles de El Chorrillo. «Vienen a recoger nuestros muertos», dijo alguien y Mediamano pensó en el abuelo. En ese momento un oficial portorriqueño llegó al grupo acompañado de dos policías militares y les comunicó que se prepararan para ser trasladados. «¿A dónde nos llevan?», preguntó alguien, a lo que el portorriqueño había respondido que se estaba preparando para ellos un campamento de refugiados y que allí se les conduciría ahora. Después vino la

vida en las barracas, donde cada familia ocupaba un compartimento formado por sábanas. Todos allá trataban de ser amables con ellos, especialmente las damas de la Cruz Roja. A Mediamano lo ubicaron con otros tres huérfanos y poco a poco fue aprendiendo la disciplina de los refugiados de guerra. El cuarto día, cuando ya la guerra parecía haber llegado a su fin, Mediamano hizo otro intento por regresar a El Chorrillo. Se entusiasmó al ver que los soldados ya no estaban y con facilidad franqueó la abertura en la cerca de púas que todavía circundaba el barrio. A medida que se aproximaba al sitio en el que estuviera su casa, empezó a caminar más y más lentamente, como si no quisiera llegar. En un principio no logró reconocer el lugar, pero el color verde de los restos y la proximidad de la calle lateral lo ayudaron a encontrarlo. En el ambiente flotaba aún un fuerte olor a humo, a cosas quemadas y Mediamano empezó a recorrer los escombros, en la esperanza de reconocer algún objeto, de encontrar algo que hubiera pertenecido a su familia. En vano buscó durante una hora hasta que, resignado a regresar a su nueva vida en las barracas sin un recuerdo de la anterior, divisó debajo de una tabla carbonizada un objeto familiar. Removió el tablón y allí estaba, ennegrecida pero intacta, la cachimba del abuelo. Al mismo tiempo que acudían lágrimas a sus ojos, se dibujó en sus labios una débil sonrisa. Mientras la guardaba en el bolsillo recordó nítidamente aquel gesto tan de su abuelo mientras apuntaba con la pipa para enfatizar alguno de sus sabios consejos.

CAPÍTULO I

—El concierto de rock comenzó hoy más temprano que de costumbre.

El comentario de Emilio Santini fue recibido por su esposa con una sonrisa burlona.

—Lo cierto es —dijo Maribel— que hemos visto cosas extrañas en estos días. ¡Quién hubiera podido pensar hace una semana que Noriega iba a terminar entregándose a los curas! Son las ironías de la vida.

—Bueno, no fue precisamente a los curas a quien se entregó; lo que hizo fue buscar asilo en una embajada y se sentía más seguro si era el Papa quien lo protegía de los gringos y de la ira de los panameños.

—Sea como sea —insistió Maribel— son curas los que ahora lo acompañan en su asilo, los mismos que lo combatieron y que él tanto despreció. Supongo que el Nuncio se sentirá como si Dios le hubiera exigido el supremo sacrificio de proteger al Diablo.

—Pienso que monseñor Laboa no mantendrá esa protección *ad infinitum*. De alguna forma lo sacará de allí y no creo que los conciertos de rock, cortesía del ejército norteamericano, sean el método más efectivo.

—Si Noriega es el diablo esa música infernal debe deleitarlo mucho. Quienes acabaremos por enloquecer somos los vecinos de Punta Paitilla, especialmente nosotros que vivimos tan cerca de la Nunciatura.

—Tu hija Analisa está encantada con los conciertos y me imagino que los demás muchachos del barrio lo estarán también. Ayer había algunos bailando en la calle lateral de la Nunciatura y por la cara que tenían los soldados gringos, sospecho que estaban a punto de olvidarse de la custodia del asilado para lanzarse al baile.

—¡Extraña guerra esta, extraña guerra! —sentenció Maribel.

—Lo cierto es que se necesitará algo más que música para lograr que Noriega se entregue y las cosas vuelvan a la normalidad.

—Pensando en eso, la Cruzada Civilista está organizando un mitin de protesta pasado mañana frente a la Nunciatura para que el Nuncio se decida de una vez por todas a entregar a Noriega.

—Tengan mucho cuidado, Maribel, que los curas no pueden entregar a Noriega sin violar el derecho de asilo. Lo último que ustedes quisieran es crear un antagonismo entre la Iglesia y la Cruzada Civilista. Recuerda que la Iglesia ha sido, hasta ahora, un aliado muy importante.

—Lo último que nosotros quisiéramos, Emilio, es que Noriega se quedara en Panamá asilado en una embajada y causando problemas. Hay que forzar la situación y ya son varios los medios noticiosos que critican abiertamente la actitud de monseñor Laboa. Tenemos que presionarlo a él para que él presione a Noriega.

—En cualquier caso, deben andar con pies de plomo. A propósito, ¿qué van a hacer con Noriega si decide entregarse?

—Según me ha dicho Ricardo, que como ministro de Gobierno y Justicia tiene porqué saberlo, hay una especie de entendimiento con los americanos para que ellos se lo lleven y lo juzguen en los Estados Unidos.

—Si eso es así, menos ganas tendrá de entregarse.

—Así es, y por eso debemos presionarlo. Si colocamos cien mil personas frente a la Nunciatura y pedimos que lo linchen, seguro que algo de miedo le da.

—En cualquier caso, Maribel, recuerda que tú eres ahora presidenta de la Asamblea y no puedes actuar como antes, cuando eras una simple ciudadana.

—Estoy consciente de ello, Emilio, y por esa razón rehusé el ofrecimiento que me hizo la Cruzada para que fuera la oradora de fondo del mitin.

—Me alegro que así sea.

El jueves, 28 de diciembre, la Cruzada Civilista movilizó más de cincuenta mil personas que permanecieron frente a la Nunciatura durante toda la tarde lanzando arengas en las que se pedía la cabeza de Noriega. Desde el apartamento de los Santini se divisaba la marejada humana que colmaba parte de la avenida Balboa y las calles adyacentes. Los norteamericanos, a pedido del Nuncio, habían reforzado la protección de la sede con un gran despliegue de tanques de guerra y soldados fuertemente armados que acordonaban todo el perímetro del edificio. Esa misma noche, Noriega se

entregaba a los norteamericanos para ser trasladado a una prisión en la ciudad de Miami. El último objetivo de la invasión de Panamá había sido finalmente alcanzado. En las calles de la capital y de las principales áreas urbanas del interior hubo fiesta y los noticieros de televisión mostraron a los soldados norteamericanos bailando con damas panameñas. Maribel Santini recorrió con su marido y su hija las arterias más importantes de la ciudad y aunque saludó efusivamente a quienes la reconocían y vitoreaban, rehusó participar en los festejos. El recuerdo de la tragedia de Alfredo permanecía aún vivo en la memoria de los Santini. De regreso al hogar esa noche anunció a su marido:

—Ahora empieza la tarea de gobernar y reconstruir el país.

CAPÍTULO II

Solamente dos semanas permaneció Rafael Saldaña con sus padres en Cerro Punta, intentando mitigar el gran dolor que la ausencia permanente de Mario causaba a la familia. En su fuero interno agradeció enormemente no encontrar ni en sus padres ni en su hermano un solo gesto de reproche por la muerte del mayor de los Saldaña. Aun así, el sentimiento de culpabilidad no lo abandonaba y ese sentimiento venía siempre acompañado de la imperiosa necesidad de hacer algo para que el sacrificio de su hermano no hubiera sido en vano. Durante quince días maduró sus planes, embriagándose en su dolor y su anhelo de venganza. Se sentía vigilado, aun en la lejana soledad de la finca de sus padres, y constantemente se repetía la importancia de actuar inteligentemente de modo que nadie lograra percibir lo que su mente tramaba. En ocasiones se sumía en largos y profundos silencios que eran atribuidos a la pesadumbre que la muerte de Mario dejara en su ánimo. Un domingo por la tarde, a mediados de enero, anunció a su familia que iba a la capital en busca de trabajo.

—He oído que el nuevo gobierno está formando una Fuerza Pública y que aceptan a exoficiales de baja graduación. Mi récord está limpio, así es que voy a tratar de enrolarme y si no lo consigo, trabajaré de guardia de seguridad. En realidad, es lo único que sé hacer.

Sus padres y su hermano trataron de disuadirlo:

—Quédate un tiempo más, Rafael. Las cosas en Panamá aún no están claras y aquí hay trabajo para ti. Sé que nunca te ha gustado mucho la agricultura, pero es una labor que ayuda a vivir en paz.

—Lo que pasa, papá, es que ahora es cuando se presentan las mejores oportunidades para surgir. De las Fuerzas de Defensa no resta nada y los gringos no pueden quedarse para siempre cuidando las calles, así es que de alguna manera tienen que crear la policía. Si entro ahora, seguro que en poco

tiempo me ascienden. Recuerde que de capitanes para arriba todos fueron eliminados, salvo muy pocas excepciones. Al menos eso fue lo que declaró ayer el ministro de Gobierno. Y no se preocupen que me mantendré en contacto con ustedes.

El lunes por la mañana, en un bus expreso, partía Rafael para Panamá y la mañana del día siguiente se presentaba en el Edificio número 18 de Fuerte Amador, donde funcionaba la nueva oficina de reclutamiento de la Policía Nacional. Llenó algunos formularios y le dijeron que regresara dos días después, lapso durante el cual intentó, sin éxito, entrar en relación con algunos de sus antiguos compañeros de armas. Dejó alguno que otro mensaje y dio como su dirección el hotel Ideal.

La solicitud de reingreso a la policía del exteniente de las Fuerzas de Defensa, Rafael Saldaña, recibió el trámite establecido para todos los exoficiales que se hallaban en iguales condiciones que él. El primer paso era el escrutinio por parte de la inteligencia militar norteamericana, donde ya existía un archivo con los nombres de todos aquellos individuos que habían ostentado rango de subteniente para arriba. El nombre de Saldaña fue contrastado con el reporte de inteligencia elaborado a raíz de su captura en las montañas de Chiriquí. El asunto se despachaba con la celeridad que exigía la necesidad de integrar una nueva fuerza pública que facilitara el eventual regreso de las tropas norteamericanas a sus cuarteles.

El archivo del teniente Saldaña constaba sólo de su foto y dos cuartillas y en él se leía escuetamente:

Nombre: Saldaña, Rafael.

Rango: Teniente.

Tiempo de Servicio: Dos años.

Lugar de Servicio: Quinta Zona Militar (Chiriquí).

Estudios militares: Subteniente, Academia Militar El Chorrillo, Perú (caballería).

Evaluación: El teniente Saldaña desempeñó sus funciones en Chiriquí. Su hoja de servicio hasta el 19 de diciembre fue intachable. A pesar de que el

teniente coronel Del Cid, que era su jefe inmediato, ha sido llamado a juicio por asuntos de drogas, a Saldaña se le reconoce una gran honestidad. Procede de una familia de agricultores en la provincia de Chiriquí.

Observaciones: Luego del 19 de diciembre, el teniente Saldaña, bajo órdenes de Del Cid, intentó liderizar un movimiento de guerrillas en la provincia de Chiriquí. Al rendirse el cuartel de esa provincia, Saldaña decidió deponer las armas sin haber disparado un solo tiro. Fue capturado por el ejército norteamericano y en la acción falleció accidentalmente su hermano mayor. El resentimiento que esta muerte pudo causar sugiere que se le debe vigilar durante un tiempo. El oficial de inteligencia que lo interrogó considera que Saldaña es un buen elemento a quien se le puede ofrecer la oportunidad de reingresar en la fuerza pública, aunque recomienda observarlo de cerca durante al menos un año.

En vista del anterior reporte, Rafael pasó sin dificultad el tamiz de la inteligencia norteamericana, lo que virtualmente le aseguró su reingreso a la Fuerza Pública panameña.

CAPÍTULO III

La primera reunión del Consejo General de Estado del nuevo gobierno de la República de Panamá tuvo lugar el 29 de enero de 1990. Para Maribel Santini era también la primera vez que tendría la oportunidad de reunirse con todos los funcionarios de primera línea y participar activamente en la toma de las decisiones que sacarían a su país del abismo al que lo había arrojado la dictadura militar. Esperaba ventilar los grandes temas que sirvieran de norte a la Cruzada Civilista, a la cual aún sentía pertenecer con mayor ahínco. Sin duda se hablaría de asuntos como la Asamblea Constituyente y el Gobierno de Reconciliación Nacional

Presentes en la reunión estaban, además del presidente, los vicepresidentes, los ministros de Estado y el contralor, todos los directores de entidades autónomas, el procurador general y el presidente de la Corte Suprema de Justicia. Luego de que el presidente brevemente dio la bienvenida a todos, pasó la palabra a los vicepresidentes, quienes explicaron extensamente los planes de gobierno, y al contralor general de la República, que habló sobre el rescate de los bienes usurpados y el control de las finanzas públicas. Finalmente, el primer vicepresidente volvió a hacer uso de la palabra, ahora en su capacidad de ministro de Gobierno y Justicia, para explicar la urgente necesidad que había de legitimar, a través de las credenciales apropiadas, todos los Órganos del Estado, empezando por la Asamblea Legislativa, que era ante quien todos los demás deberían tomar posesión. Tocó luego el tema de la Fuerza Pública para detallar los pasos que se estaban dando para integrarla lo más rápido posible ante la premura de que las tropas norteamericanas se marcharan y recuperar así «la soberanía plena». Al terminar la intervención del ministro, el presidente hizo un ademán como para cerrar la sesión, pero, como impulsada por un resorte, la presidenta de la Asamblea se puso en pie.

—Señor presidente, si me permite unas palabras.

—Cómo no, Maribel, no faltaba más.

—Señor presidente, comprendo que esta es quizás una reunión técnica del gobierno pero hay algunos temas que no se han tocado y que creo que es importante que discutamos ahora que estamos empezando a gobernar. En primer lugar, aquí hemos hablado de legitimar del gobierno a través de los mismos trámites burocráticos de siempre, cuando anteriormente habíamos comunicado la necesidad de un plebiscito que, entre otras cosas, legitimara nuestras credenciales. También discutimos, a raíz de la salida de Noriega, la necesidad de llamar a una Constituyente que reformara nuestra Carta Magna de tal manera que pudiéramos gobernar con normas frescas y modernas. Este fue uno de los postulados principales de la Cruzada Civilista. También se habló en su momento de hacer un gobierno de transición que nos permitiera realizar una verdadera reconstrucción nacional. Hoy no he oído una sola palabra sobre estos temas.

Quien tomó la palabra para responder a Maribel fue, nuevamente, el primer vicepresidente y ministro de Gobierno y Justicia, Ricardo Arias Calderón:

—Maribel, nosotros comprendemos y compartimos tus inquietudes que son las de muchos panameños. Sin embargo, tenemos un gran vacío político que llenar y debemos hacerlo políticamente. Lo importante es que contamos con los mejores hombres y mujeres en los mejores puestos y para eso nos eligió el pueblo por una inmensa mayoría. Tenemos que aceptar ese mandato, que también es un reto, y empezar ya la difícil tarea de gobernar.

Con esas palabras de su primer vicepresidente el presidente dio por terminada la reunión.

Al llegar a su casa esa noche, Maribel no pudo disimular su frustración.

—¿Qué pasa, mujer, que te veo enfurruñada?

—No me gustó lo que vi y oí hoy en el Consejo General de Estado, Emilio. Los partidos políticos quieren gobernar como si nada hubiera pasado, como si aquí no hubiera habido un Noriega y una invasión. Ellos creen que fueron electos y ya. Además, hoy noté que de todos los funcionarios importantes del gobierno yo soy la única que viene de la Cruzada Civilista. Y yo no fui nombrada por nadie, sino electa.

—La política enseña sus garras, ¿no?

—Yo no diría la política, sino los políticos.

—Tendrás que aprender a vivir con ellos. Cambiando el tema, esta tarde llegó al apartado esta carta de Pierre.

Maribel tomó el sobre que le ofrecía Emilio sin que ninguna emoción asomara a su rostro, ni siquiera un sonrojo.

—Veamos qué dice. Por lo pronto se fue sin siquiera despedirse.

No sin cierta aprehensión leyó Maribel la difícil letra de Pierre:

Chere Maribel:

Perdona mi partida sin despedirme, pero en cuanto se entregó Noriega mi revista me trasladó a cubrir la situación del Perú, donde las cosas parecen haberse complicado para el escritor Vargas Llosa. Las encuestas empiezan a mostrar a un desconocido como rival más cercano —un peruano japonés llamado Fujimori—. Como ves por el sello postal, todavía estoy en el Perú, aunque en breve pienso volver a París. Tal vez regrese acá para las elecciones de abril y entonces trataré de pasar por Panamá y visitarlos. ¡Claro que me interesa ver como se desenvuelve la democracia en tu país!

Uno de los propósitos de esta carta es informarte que tengo un archivo completo con todo, o casi todo, lo ocurrido en Panamá durante la invasión y los días subsiguientes. Como te dije una vez, no se ha dicho la verdad completa y no creo que sea en el interés de los Estados Unidos revelarla. Sin embargo, es posible que en algún momento sea conveniente o necesario para tu país conocerla y divulgarla. Si ese fuera el caso, mi archivo está a tus órdenes.

Un abrazo para Emilio y Analisa, y para ti mi cariño de siempre.

Pierre

Maribel pasó la carta a Emilio y se quedó pensando si realmente tenía interés en conocer todo lo acaecido en Panamá durante la guerra.

CAPÍTULO IV

Rafael Saldaña acogió la noticia de su aceptación en la nueva policía con una mezcla de satisfacción y desprecio. Satisfacción porque se cumplía la primera parte de su plan y desprecio por lo fácil que resultaba engañar a los gringos y a las personas del nuevo gobierno. La noche de ese mismo día, en respuesta a sus varios mensajes, recibió la visita de un exoficial de las Fuerzas de Defensa que se presentó como el capitán Aparicio.

—Me dicen que anda usted tratando de contactar antiguos oficiales de las Fuerzas de Defensa.

—Así es. Creo que es importante mantener una relación entre los que pertenecemos a la institución.

—¿Y cuál es su propósito?

Saldaña observó detenidamente a su interlocutor, tratando de determinar si podía confiar en él.

—Todavía no estoy seguro. ¿Qué piensa usted de todo lo que ha pasado?

—¿Qué carajo voy a pensar? Los gringos nos sacaron la mierda, nos humillaron y destruyeron nuestro futuro. La madrugada del 20 yo no estaba de servicio, pero varios de mis compañeros murieron. Y tú, Saldaña, ¿cómo te sientes tú?

—A mí me mataron un hermano que no tenía nada que ver con las Fuerzas de Defensa, ni con el gobierno. Era mi hermano mayor, un simple agricultor de Cerro Punta que nunca hizo daño a nadie. Para serte muy franco, capitán, yo creo que los gringos deben pagar el daño que hicieron y los esbirros de este gobierno su traición a la patria.

Aparicio meditó un momento antes de responder.

—Estamos en la misma onda, Saldaña. Y hay muchos que piensan como nosotros. El asunto es actuar coordinadamente. Te llamaré en los próximos días.

Dos días después recibió Rafael la esperada llamada del capitán Aparicio.

—A las siete de esta noche te recojo en la esquina del Instituto Nacional, frente al Restaurante Nápoli.

Unos minutos antes de las siete, Rafael se paseaba frente al Instituto Nacional, meditando acerca del riesgo en que estaba próximo a incurrir «¿Y si el tal Aparicio trabaja para la inteligencia norteamericana?» De los dos excapitanes amigos de él en Chiriquí, ninguno conocía a Aparicio, y no tenía a nadie a quien recurrir en Panamá en busca de información. Tendría que confiar en su instinto y observar cómo se desenvolvían las cosas.

A las siete y cinco un automóvil se detuvo en la esquina y desde la ventana delantera Aparicio le indicó que entrara. Una vez reiniciaron la marcha, este se volteó y le pasó una venda.

—Siento tener que pedirte esto, Saldaña, pero son las reglas. Véndate tú mismo y acuéstate en el fondo del carro. Yo te aviso cuando estemos allá.

Mientras se colocaba la venda, Rafael le confió a Aparicio.

—Tengo que decirte que voy a ingresar nuevamente en las fuerzas. Apliqué y me aceptaron, a pesar de que después de la invasión intenté irme a las guerrillas. Pienso que lo que haya que hacer resultará más fácil si estoy adentro.

—Eso ya lo sabíamos, Saldaña, pero me alegro que tú me lo dijeras. Nosotros también pensamos que es importante contar con alguien que opere desde dentro.

Transcurridos lo que Rafael estimó que serían unos cuarenta y cinco minutos, el auto se detuvo.

—Pásate esta capucha sobre la cabeza, que ya estamos aquí.

Cuando finalmente le removieron la capucha y la venda y sus ojos volvieron a acostumbrarse a la claridad, Rafael se vio en medio de un cuarto sin ventanas. Frente a él, sentados alrededor de una pequeña mesa, lo miraban fijamente tres individuos, uno de los cuales era el capitán Aparicio.

—Siéntate, teniente. Bienvenido al M-20 —dijo el que estaba sentado frente a él—. Yo soy el comandante Carlos y este es Rubén. Ya conoces a Aparicio, aunque su nombre entre nosotros es Pedro. El tuyo será Mario. Esos apodos es lo único que sabremos uno del otro. ¿Está claro?

Por el acento era obvio que el comandante Carlos no era panameño. ¿Nicaragüenses, tal vez? Rafa quiso saber algo más.

—¿Quiénes somos y cuántos somos?

—Somos muchos. Esta célula está formada por cinco unidades y es independiente de las demás. La coordinación se hace en la cúpula, pero eso a ti no te interesa. Tú te comunicarás siempre con Pedro. Cada uno de nosotros tiene su función y en tu caso es importante que te mantengas dentro de la fuerza pública, donde necesitamos ojos y oídos. Tu compromiso con el M-20 es permanente; no hay marcha atrás. ¿Alguna otra pregunta?

En la mente de Rafael daban vueltas innumerables interrogantes pero comprendió que resultaban intrascendentes ante la seriedad del asunto del que ahora formaba parte. Así, pues, se limitó a preguntar:

—¿Cuándo empiezo?

—Pedro te avisará. Mientras tanto, sigue llevando tu vida normal.

CAPÍTULO V

A medida que los días de la invasión y la muerte de Alfredo fueron quedando atrás, Maribel adquirió la costumbre de compartir con Emilio las satisfacciones y decepciones de sus nuevas actividades. Analisa había partido de regreso a su universidad en los Estados Unidos y los esposos Santini, antes de cenar, se reunían en el estudio para que Maribel relatara sus impresiones en torno al desempeño del nuevo gobierno, lo que ella habría hecho diferente y las dificultades de presidir una Asamblea donde solamente los representantes del régimen militar recién suplantado parecían tener experiencia legislativa y un objetivo común.

—A pesar de que tenemos una mayoría absoluta, no avanzamos en la elaboración de las leyes. Supongo que aprender a legislar nos tomará algún tiempo.

Emilio la escuchaba, las más de las veces sin emitir palabra, salvo cuando su opinión era requerida.

Uno de los aspectos positivos de la invasión, se decía Maribel, era la nueva dimensión adquirida en su relación conyugal, tal vez por el respeto que ahora sentía por su marido. El Emilio tranquilo y carente de emociones de antes, sin realmente dejar de ser él mismo, se había convertido en un Emilio decidido y disciplinado, con indiscutibles trazas de liderazgo. De alguna manera Maribel había llegado también al convencimiento de que el prematuro sacrificio de Alfredo llevaba implícita la condición de que sus padres aprenderían a quererse más y el recuerdo de Pierre, que todavía de vez en cuando la asaltaba, traía ahora consigo la inquietud del remordimiento que antes no sintiera.

Una de aquellas tardes, al regresar de su trabajo, se sorprendió Emilio al encontrar a su esposa esperándolo en casa.

—¿Terminó tan temprano hoy la Asamblea?

—Más bien la clausuré antes de tiempo, en connivencia con un grupo de diputados que rompieron el quórum.

—¿Y qué pasó ahora? ¿Otro paso en falso del gobierno?

—No, ahora son los gringos. ¿Te acuerdas de las promesas del presidente Bush ante las cámaras de televisión al día siguiente de la invasión? «Vamos a dar a Panamá una ayuda de un billón de dólares para que se reponga de la crisis», fueron, más o menos sus palabras. Ahora resulta que nos han propuesto, y ya el ministro de Relaciones Exteriores lo firmó, un «Convenio de Donación» como lo llaman, en el que a cambio de una ayuda de escasos cuatrocientos millones nos imponen toda clase de condiciones. Que si teníamos que bajar los aranceles, o privatizar las empresas, o firmar un convenio de intercambio de información, etc. ¡Es denigrante! Ni siquiera nos dejan elaborar nuestras propias leyes sino que el menú económico nos viene ya elaborado por ellos desde Washington.

—¿Cuatrocientos millones es lo que ofrecen? Solamente en el saqueo se perdió más del doble de esa suma. ¿Y qué hará la Asamblea?

—¿Qué más puede hacer? En el Ejecutivo hay quienes creen que si se nos ocurre negarle algo a los gringos el país se acaba. Y la mayoría de mis colegas legisladores piensan igual.

—Lo cierto es, Maribel, que los norteamericanos todavía siguen muy presentes aquí. Hoy por hoy la seguridad de las calles depende de ellos. ¡Quién sabe si están pasando la factura!

—Es obvio que una de las consecuencias de la invasión y de la destrucción de las Fuerzas de Defensa de Noriega era que tendrían que mantener el orden público por un tiempo, aunque todo parece indicar que ya pronto se van. La nueva policía panameña se está reorganizando rápidamente con gran parte de las antiguas unidades, algo que la opinión pública está criticando mucho, con sobrada razón.

—¡Quién sabe! Por una parte queremos que se vayan las tropas extranjeras y por otra hacer una policía completamente nueva. Ambas posiciones son incompatibles.

—A propósito. ¿Se habrá ido ya el sargento Calhoun?

—No creo, Maribel. Recuerdo que prometió llamarnos para despedirse.

CAPÍTULO VI

Cuando el primer grupo de soldados norteamericanos fue enviado de vuelta a sus bases en los Estados Unidos, el contingente de Fort Stewart no estuvo entre los afortunados. El sargento Calhoun se sintió decepcionado ante la prolongación de su separación de Debbie, aunque a raíz del apresamiento de Noriega la vida en Panamá era mucho más llevadera. La guerra estaba concluida y lo único que se esperaba ahora de los soldados norteamericanos era que ayudaran en la preservación del orden público mientras los panameños terminaban de reconstruir su policía. De vez en cuando le tocaba al pelotón de Albert patrullar las calles de la ciudad o del interior del país. La sola presencia de las tropas parecía ser suficiente para que los habitantes se mantuviesen dentro de la ley, y aparte de uno que otro problema de tránsito o algún borracho inoportuno, eran muy pocos los conflictos que surgían. Los panameños semejaban estar aún aturridos por los últimos acontecimientos y no acababan de recuperar el ritmo normal de su diario vivir. La anticipada ola de terrorismo por parte de algunos elementos de las antiguas Fuerzas de Defensa tampoco se había materializado. Así, pues, los soldados norteamericanos, como era natural, empezaban a frecuentar a muchachas panameñas a las que fácilmente seducían con sus promesas, algunas sinceras, de hacerlas sus esposas y llevarlas de vuelta con ellos a los Estados Unidos. A pesar de la insistencia de sus compañeros, Albert se mantenía alejado de tales andanzas y se conformaba con esperar la llamada semanal de Debbie.

Una noche de mediados de febrero, los más allegados de su pelotón lograron convencerlo de que los acompañara a tomar una cerveza.

—No vamos en busca de mujeres, sino sólo a tomarnos unos tragos. Un poco de camaradería nunca está de más —había dicho el cabo Flemming.

A regañadientes aceptó Albert y a las siete de la noche llegaban al bar «My Place», abierto a un costado del hotel El Panamá especialmente para los

soldados norteamericanos.

Al mismo tiempo Rafael, ahora nuevamente el teniente Saldaña en la nueva Fuerza Pública, recibía la anhelada llamada de Aparicio.

—Mario, soy Pedro. Te recojo a las seis de la tarde en el mismo sitio.

Ya en el auto, Pedro había elaborado los detalles del plan.

—Se ha decidido que los primeros objetivos serán los soldados invasores y algunas instalaciones claves del gobierno. Exactamente a las diecinueve y treinta lanzaremos un ataque simultáneo contra las instalaciones del instituto eléctrico y contra un grupo de soldados norteamericanos. El último es el nuestro. Hay un bar llamado «My Place» en la calle lateral del hotel El Panamá. Sabemos que todos los viernes en la noche, a partir de las siete, un grupo de soldados gringos se reúnen allí a tomar tragos y levantar panameñas. Esta noche los vamos a levantar nosotros a ellos con la granada que está en ese cartucho.

Rafael tomó el cartucho y sacó la granada. Mientras la observaba con cierta fascinación, Pedro añadió:

—Tú te bajas del auto unos veinte metros antes del sitio y caminas hacia allá tratando de pasar desapercibido. Exactamente a las diecinueve y treinta yo detendré el auto enfrente de «My Place» y abriré la puerta delantera. Esa es la señal para que tu tires la granada. Espera cinco segundos después de remover el pasador y no digas ni grites ninguna consigna. La tiras, te subes al carro y nos vamos. Este carro es robado y hay otro esperándonos en la Fernández de Córdoba para hacer el cambio. ¿Está claro?

Rafael pensó en la gente inocente que estaría esa noche en «My Place», pero sólo por un instante. «Es la única forma», se dijo.

—Está muy claro.

El primero en darse cuenta que se trataba de una granada fue Albert, tal vez porque era el más sobrio de todos los que allí estaban.

—¡Una granada! —gritó, y se arrojó al piso arrastrando consigo a dos de sus compañeros de mesa.

La explosión fue terrible y Albert se sintió impelido por la descarga. Aunque quedó algo aturdido, no perdió del todo el conocimiento. De todas partes venían ayes y quejidos. «Estoy vivo», fue lo primero que vino a su mente. Algunos de sus compañeros no habían tenido tanta suerte. En el pequeño recinto, a medida que se despejaba el humo, Albert percibió

cuerpos destrozados y rostros a los que ya la vida parecía haber abandonado. Trató de incorporarse para ir en busca de ayuda pero perdió el apoyo y cayó nuevamente al piso. Al examinar sus extremidades vio con horror que debajo de la rodilla su pierna izquierda había desaparecido. Se palpó el pantalón desgarrado y sus manos quedaron empapadas en sangre. «Moriré desangrado», fue lo último que pensó antes de perder el conocimiento.

A las siete y cuarenta y cinco, simultáneamente, los canales cuatro y trece de televisión recibieron sendas llamadas anónimas de igual contenido: «El M-20 se responsabiliza por los dos atentados de esta noche y le advertimos a los invasores y a los traidores del gobierno que este es el inicio de la guerra de liberación. Patria o muerte».

Al día siguiente, el teniente Rafael Saldaña leía con íntima satisfacción la noticia principal de los diarios de la mañana. «Mueren dos soldados norteamericanos en atentado.» Continuaba diciendo el periódico que había varios heridos, entre ellos algunos panameños. Sin embargo, nada se decía acerca del M-20 ni de la bomba puesta en el instituto eléctrico.

—Ya empezó el desquite, Mario, ya empezó el desquite —dijo en voz baja Rafael. Luego se rió extraña y brevemente al recordar que también él era Mario. «Ahora mi hermano y yo somos uno mismo», razonó.

CAPÍTULO VII

El atentado de «My Place» precipitó la decisión del Pentágono de retirar cuanto antes sus tropas de Panamá, decisión que trajo como consecuencia inevitable la reincorporación de un gran número de antiguos miembros de las Fuerzas de Defensa en la nueva fuerza pública panameña pues se carecía del tiempo indispensable para entrenar nuevas unidades. Las mismas circunstancias contribuyeron para que Rafael Saldaña, en menos de seis meses, fuese ascendido a capitán.

Aunque los actos terroristas iban en aumento, el gobierno rehusaba reconocer oficialmente la existencia del M-20, que en breve lapso había logrado robar más de tres millones de dólares de los bancos de la capital. Según decía el comandante Carlos, ya eran muchos los que integraban el movimiento de liberación, al punto que no se aceptaban nuevos voluntarios por miedo a perder el control y la clandestinidad. En los periódicos se rumoraba que dentro del grupo terrorista había no sólo exmiembros de las antiguas Fuerzas de Defensa, sino también algunos que, al amparo de la absurda política del gobierno, ocupaban importantes posiciones dentro de la actual Fuerza Pública. No de otra manera podría explicarse la precisión e impunidad con que se asaltaban los bancos.

Para Maribel, cuya desilusión aumentaba a medida que transcurría el tiempo sin que el gobierno logrará ponerse de acuerdo en nada, todo aquello no hacía más que reforzar su decisión de dejar la presidencia de la Asamblea. Y aunque Emilio intentaba disuadirla, él sabía que su mujer tenía razón cuando le decía:

—Lo más terrible de todo es que en el gobierno, ido Noriega, ya nada nos une y cada partido político hala para su lado. Mientras tanto los prd siguen trabajando para hacernos ver peor de lo que estamos, aunque nosotros se lo ponemos todo en bandeja de plata. El colmo es que la semana pasada los

mismos odiosos soldados *doberman* que nos apaleaban durante la cruzada civilista salieron a la calle a repartir bombas lacrimógenas, manguerazos y perdigones nada menos que a la gente de El Chorrillo que son, precisamente, los que más han perdido con la invasión. Por supuesto que ya los chorrilleros están hartos de vivir como animales de establo en los cubículos que les han improvisado en los hangares de Albroom Field. Son seis meses ya los que han transcurrido y esa gente ni siquiera ha visto los planos de sus nuevas viviendas. ¿Y la ayuda norteamericana? Nos la dan con cuentagotas para asegurarse de que nos portemos bien. Dentro de dos meses habrá elecciones parciales en algunos circuitos para elegir los tres diputados que faltan. No te extrañe, Emilio, que el PRD se gane al gobierno.

—No exageres, Maribel. Tú misma has dicho antes, públicamente, que no es fácil reactivar la democracia y que debemos tener paciencia.

—Eso fue hace tres meses, Emilio, pero el tiempo pasa y no pasa en vano. No hay seguridad en las calles, la basura no se recoge, las peleas de los diferentes bandos del gobierno ya son del dominio público, los medios noticiosos empiezan a atacar al gobierno abiertamente, en la misma Fuerza Pública se advierten señales de rebeldía. No, Emilio, el asunto se ve mal.

Como si las palabras de Maribel hubieran sido proféticas, no habían transcurrido 14 meses de la invasión cuando el Partido Demócrata Cristiano, con sus 28 diputados y seis ministros, eran expulsados del gobierno por el presidente Endara quien los acusó de «serrucharle el piso». Y las elecciones parciales para legisladores eran ganadas por el PRD, el partido del exdictador Noriega cuyo juicio por narcotráfico se iniciaba en Estados Unidos.

En esos días, Maribel fue llamada a la casa presidencial a una reunión con el Presidente y el vicepresidente Ford. Ambos la recibieron con una amplia sonrisa.

—Bueno, Maribel —dijo Endara—, aunque parezca mentira terminó ya el primer año de gobierno y es hora de elegir nuevamente presidente para la Asamblea. Con la situación que se ha producido ahora que han desertado los demócrata cristianos el asunto adquiere mayor importancia. El gobierno cuenta con el mismo número de votos que la Democracia Cristiana y eso deja la decisión en manos de los diputados del PRD. Lo que quisiéramos es que tú te reeligieras. Billy y yo creemos que puedes conseguir los votos de algunos de los de la estrella verde, porque los demócrata-cristianos y la Cruzada

Civilista siempre se han llevado bien. De más está decirte que puedes pedirme lo que quieras; algunas de las vacantes que dejaron los verdes están aún sin llenar.

Las últimas palabras habían salido de los labios del presidente en medio de una sonrisa.

Maribel, sin esperar a que le pasara la rabia, respondió.

—Señor presidente, usted no necesita ofrecirme favores políticos porque yo no tengo nada que ofrecerle a usted. Mi periodo en la Asamblea termina y no tengo la menor intención de reelegirme. Negocie usted con los prd que son gusarapos de la misma tinaja y a ellos sí puede ofrecerles prebendas. Yo ocuparé mi curul y trataré de hacer algo por este pobre país.

En este punto el vicepresidente Ford terció en la conversación.

—No lo tomes así, Maribel, que no es para tanto. El presidente solamente pretendía ser justo contigo, que has trabajado mucho a cambio de nada. En cuanto a la presidencia de la Asamblea, no lo decidas tan rápido. Piénsalo, consúltalo con la almohada y en un par de días volvemos a conversar.

—Yo no he trabajado a cambio de nada, como tú dices Billy. Trabajé a cambio de lo mismo que quería cuando protestaba en las calles contra la dictadura. Trabajé a cambio de la satisfacción de servir a mi país, que es lo que ustedes han debido hacer en lugar de repartirse el gobierno como si fuera un pastel político. Mi decisión está tomada. No tengo que consultarla con la almohada ni con nadie porque la consulté ya con mi conciencia.

De regreso a su hogar, Maribel relató a Emilio lo ocurrido.

—Ganas me dan de escribirle a Pierre y pedirle que me envíe su archivo de la invasión.

—No creo, mi amor, que se resuelva nada reviviendo momentos de tanta angustia y dolor. Dedícate a legislar y trata de influir positivamente en los demás, como has hecho siempre. Aunque quizás no viene al caso y me tildarás de materialista, debo decirte que en Panamá hay un evidente mejoramiento económico. Se está construyendo a un ritmo tremendo y nuestros supermercados venden más cada día.

—Esa mejoría, si no se organiza debidamente el país, no llegará a los que más la necesitan. Y entonces la brecha entre ricos y pobres será mayor.

—De acuerdo. Maribel, pero no te olvides de que para poder repartir, primero hay que producir.

—No, Emilio, yo no estoy hablando de repartir sino de incorporar a todos en la tarea de producir.

—Son palabras de estadista, Maribel, que pertenecen en una Asamblea.

—Y allí las oirán, aunque no quieran.

CAPÍTULO VIII

Hacia mediados de 1991, año y medio después de la invasión, el capitán Saldaña fue nombrado Jefe de la Policía Metropolitana. Bajo su mando directo tenía alrededor de seis mil unidades y en su mente daban vueltas algunos planes para dar lo que él llamaba *un golpe grande*. Sus instrucciones ahora, sin embargo, eran las de mantenerse apartado de cualquier actividad terrorista. «El puesto que tienes es muy importante para el movimiento y no debemos ponerlo en peligro», le aconsejaban. Además, con los avances del PRD en la arena política y la división del gobierno, cierta facción del M-20 sostenía la tesis de que la actividad terrorista debería cesar para permitir el eventual retorno del PRD al gobierno por la vía democrática. En su última reunión con el comandante Carlos el tema había sido discutido acaloradamente.

—No podemos detenernos ahora que tenemos al gobierno contra las cuerdas —decía Rafael.

—La facción política está convencida de que no hay otra forma de recuperar el poder que no sea a través de las elecciones. Los gringos no van a permitir nada que signifique alterar el orden constitucional —replicaba Carlos.

—Tú bien sabes, Carlos, que los gringos entran por cualquier cosa y con ellos se puede negociar cuando llegue el momento. Ellos están desencantados con Endara y lo dicen públicamente.

—Eso es dentro del rejuego democrático, pero de aquí a aceptar un nuevo golpe de Estado hay un abismo. Los políticos quieren que los dejemos trabajar y creo que no hay más remedio que hacerlo así. De ahora en adelante solamente llevaremos a cabo misiones selectivas para que sepan que existimos, pero más nada. Recuerda que tenemos también el problema de los criminales colombianos que están secuestrando gente y traficando con droga.

—Y asaltando bancos también. Hace poco nosotros mismos matamos a dos de ellos y capturamos un tercero.

—Fue un golpe magistral, Mario, magistral. Sin embargo, tengo planeado otro asalto a un banco. No queremos que piensen que los colombianos son el famoso M-20. ¿Verdad?

—¿Cuándo será? —quiso saber Rafael.

—Como de costumbre, recibirás la información precisa con veinticuatro horas de anticipación.

Antes de concluir aquella entrevista, Rafael formuló una última pregunta al comandante Carlos.

—Una cosa más, comandante. ¿Quiénes son los políticos a los que te refieres? ¿Son de aquí del patio o están fuera?

—No lo sé, comandante Mario, ni creo que tú debes saberlo tampoco. Yo sólo hablo con el que habla con ellos. Confórmate únicamente con saber que son el elemento político de nuestra organización. Es todo lo que tú y yo debemos conocer.

Rafael meditaba sobre aquella conversación cuando recibió una llamada del jefe de Policía para que se presentara en el acto en su oficina.

—Tome asiento, Saldaña.

Rafael sentía un profundo desprecio por aquel civil que pretendía ser jefe de la Policía. Ante sus ojos no era más que un advenedizo al que en realidad nadie le hacía caso dentro de la Fuerza Pública.

—Le he pedido que venga porque del Ministerio de Relaciones Exteriores me informan que el presidente Bush está contemplando visitar Panamá y quieren saber si nosotros podemos garantizar que habrá seguridad en las calles.

—¿Cuándo vendría el Presidente?

—Todavía no han dicho. Pienso que quieren una respuesta nuestra primero.

—Usted y yo sabemos, jefe, que el presidente Bush traerá su propia seguridad. Si lo que quieren es saber si podemos controlar a la gente que vendrá a vitorearlo, por supuesto que sí.

—Parece que los americanos temen que los familiares de los caídos el 20 de diciembre quieran aprovechar la oportunidad para hacer una protesta.

—Esos no ofrecen ningún peligro porque no son más de cien.

En el fondo, por alguna razón que aún no estaba clara en su mente, Rafael deseaba la visita de Bush. Antes de despedirse aconsejó al jefe de la Policía:

—Es una excelente oportunidad para pedirle a los norteamericanos que nos envíen una buena cantidad de pertrechos para el control de multitudes, que mucha falta nos hacen ya.

—Me parece una gran idea, Saldaña. Así se hará.

Un mes después, se confirmaba la visita del presidente Bush para el mes de noviembre y se le pedía al capitán Saldaña entrevistarse con elementos del ejército y del servicio secreto norteamericano a fin de planificar conjuntamente las medidas de seguridad. Si algo trascendente iba a hacer el M-20, era el momento indicado y el comandante Mario aguardó impaciente noticias de Carlos. Finalmente le llegó el mensaje: lo único que se haría sería proteger al presidente de los Estados Unidos con el mayor celo. Se anticipaba una manifestación de los familiares de los caídos el 20 de diciembre, pero no se esperaban disturbios.

A Rafael le costó trabajo aceptar aquellas instrucciones. Él veía en la visita de Bush la oportunidad única de mostrarle al mundo que Panamá no aceptaba invasiones a su territorio. Por su mente cruzó la loca idea de sacrificarse y matar al presidente frente a las cámaras de televisión. Seguro que la oportunidad se le presentaría.

El presidente de los Estados Unidos llegó a Panamá con toda la fanfarria propia de su cargo. El avión presidencial, los tres helicópteros, las dos limusinas a prueba de bala, todo llegó para la ocasión. El gobierno nacional había organizado una gran manifestación en la Plaza Porras para permitirle al señor Bush, que ya estaba en campaña para reelegirse, recordarle a su país y al mundo que él era el salvador de la democracia panameña. Además de la enorme manifestación llamada por el gobierno, se permitiría a la Corro y a sus escuálidas huestes protestar con pancartas y cartelones alusivos a la invasión. Había órdenes estrictas de que no pasaran de cien en ningún momento.

El capitán Saldaña tenía sus planes perfectamente elaborados. Algunos de los familiares de las víctimas de la invasión intentarían cruzar la avenida que los separaba de la Plaza Porras con suficiente conmoción como para provocar algunas medidas antidisturbios. Se lanzarían algunas lacrimógenas para

acabar con el acto.

Ese era el plan primario del comandante Mario y si aquello no resultaba sólo él y su hermano difunto sabían lo que ocurriría.

Pero el plan trabajó a la perfección y no bien había empezado la ceremonia, cuando una conmoción y unas cuantas lacrimógenas motivaron que frente a las cámaras de televisión y ante los ojos del mundo, los agentes de seguridad del presidente Bush, pistola en mano, retiraran a su jefe del acto en que se pretendía agradecerle haber salvado la democracia panameña. La reprimenda pública por el celo excesivo en el ejercicio de sus funciones se la llevó el civil que fungía como el jefe de la Policía. Algunos medios noticiosos hasta llegaron a lamentar que no se hubiera puesto en manos más profesionales el control de la manifestación anti-Bush.

CAPÍTULO IX

La inesperada carta del exsargento Calhoun le llegó a los Santini a principios de 1992.

Estimados señores Santini:

Sé que esta carta los llenará de sorpresa. Había pensado despedirme de ustedes antes de regresar a los Estados Unidos y no pude hacerlo por los motivos que ahora les cuento.

El día 16 de febrero de 1990 estaba yo en el lugar equivocado a la hora equivocada y como consecuencia fui uno de los heridos de «My Place». Dos de mis compañeros murieron en el atentado y otros quedaron con heridas más severas que la mía. Yo perdí parte de mi pierna izquierda y tuve que ser trasladado de urgencia a los Estados Unidos.

Mi novia Debbie, con la que estaba apunto de casarme, tomó el asunto muy bien, mucho mejor que yo. Al principio no supe comprender su actitud y la interpreté como lástima. Pienso que la hice sufrir por gusto, pero lo cierto es que acepté la pensión de lisiado y regresé a casa de mis padres. Aún así Debbie insistió en seguirme y con la colaboración de mis padres me obligó a aceptar una prótesis. Aunque no fue fácil, ya manejo mi nueva pierna con mucha soltura.

La experiencia de Panamá me dejó marcado para siempre. No fue solamente la pierna que perdí sino que allá dejé algo que siento que jamás podré recobrar. Realmente no sé lo que es, pero tiene que ver con ustedes y el hijo que perdieron por causa mía. Todavía no sé qué pensar de aquella guerra y francamente procuro no mirar atrás. Aunque Debbie no los conoce, sabe muy bien que fueron buenos conmigo en un momento crucial en mi vida y les manda su cariño junto con el mío. Pronto nos casaremos.

Maribel no pudo evitar las lágrimas y Emilio quedó un instante sin hablar. Finalmente dijo:

—Hermosa carta. Pobre muchacho.

—Sí, otra víctima de la guerra. ¡Cuántos más no habrán como él! Imagínate lo que sería Vietnam.

—No quiero ni pensarlo, Emilio. En cualquier caso voy a contestar su carta y a decirle que su sacrificio no fue en vano porque ahora tenemos democracia en Panamá. Una mentira blanca que a nadie perjudica.

—El gobierno podrá estar haciéndolo mal, Maribel, pero democracia sí tenemos.

—No sé, Emilio, creo que a veces confundimos el desorden con la democracia.

A la primera carta de Albert Calhoun siguieron otras en las que de Debbie incluía invariablemente una postdata. Aquella correspondencia parecía unir aún más a los esposos Santini.

CAPÍTULO X

Poco a poco, en la medida en que se deterioraba el gobierno, el capitán Saldaña terminó por convencerse de que tal vez tenían razón los políticos y era necesario dar una oportunidad a que el PRD recuperara el gobierno mediante una elección. En realidad, todo el mundo se asombraba del repunte del partido político que sirviera de apoyo a la dictadura de Noriega. El último acto terrorista del comandante Mario, su despedida como él decía, fue la voladura de una de las principales torres de transmisión del instituto eléctrico, que dejó sin luz a todo el país por casi veinticuatro horas. Él mismo llamó al diario *La Prensa* para decir escuetamente que el M-20 todavía vivía.

Rafael justificaba también el cese de la actividad terrorista razonando que ya la muerte de su hermano había quedado vengada con creces. «Los muertos gringos son más», pensaba. Además, el gobierno de Endara estaba tan débil que no valía la pena siquiera combatirlo por la fuerza. En cualquier caso, se decía, si las cosas no resultaban como anticipaban los políticos, siempre quedaría el recurso de volver al terrorismo. Pensó en la que fuera su novia y se prometió llamarla o, mejor todavía, ir a David a visitarla. Tal vez ya era tiempo de sentar cabeza, como solía decir su madre, y tener su propia familia.

En realidad, Rafael tenía que aceptar que disfrutaba su nueva posición en la Fuerza Pública. Mandaba sin tener la responsabilidad de los que mandan, y, aunque existían aún quienes profesaban un odio profundo a los militares, el transcurso del tiempo y la situación de inseguridad pública que se vivía en el país motivaban que el común de los ciudadanos comenzara a ver otra vez con buenos ojos a los miembros de la policía. Ya hasta lo invitaban a algunas recepciones oficiales y diplomáticas. Algunos canales de televisión habían intentado entrevistarlo acerca de los esfuerzos de la policía por mantener a los criminales a raya, pero él, haciendo gala de una gran dosis de cautela,

remitía siempre a los periodistas a las autoridades civiles. «Oportunamente quizás convenga que dé alguna entrevista», pensaba.

CAPÍTULO XI

A mediados de 1992, antes que la Asamblea reanudase sus sesiones, Maribel, tomó la decisión de renunciar a su curul.

—No me parece justo ni correcto, con lo mal que lo pasan los más pobres, ganarse más de diez mil dólares cada mes sin producirle al país nada a cambio. Y en la Asamblea, en verdad, no se está logrando nada.

—Me imagino cómo te sientes, pero recuerda que, de todas formas, tu suplente asumirá la curul y recibirá lo que tú dejarás de cobrar.

—Al menos él los necesita, Emilio.

—¿A qué te dedicarás, entonces? Porque es obvio que no te quedarás sin hacer nada.

—Me dedicaré a escribir, a ejercer mi profesión. Hay mucho que denunciar. Según la revista *Newsweek* hoy somos el país de América Latina con mayor índice de consumo de droga *per capita*. Eso no ocurría antes. Además, es obvio que cada vez hay más corrupción en el gobierno y la imagen que damos como país es lastimosa. La destitución y enjuiciamiento del procurador general nombrado por este gobierno en nada ayuda a mejorar esa imagen. Pero antes, creo que voy a pedirle a Pierre que me envíe su archivo sobre la invasión. Hasta ahora en el gobierno hemos adoptado la actitud del avestruz y tenemos la cabeza enterrada en la tierra para que nadie nos diga realmente qué pasó aquel 20 de diciembre. Yo creo que ya es hora de saberlo.

Emilio miró a su mujer con un gesto de evidente preocupación en su rostro.

—Vuelvo a insistir, Maribel, que nada sacaremos con revivir las heridas. Tal vez el error más grave que ha cometido este gobierno ha sido, precisamente, que nos han mantenido viviendo en el pasado. En sus intervenciones públicas hablan más de Noriega y sus secuaces que de la

necesidad de construir un mejor futuro para todos los panameños.

—Emilio, yo no estoy renunciando por lo que ocurrió en el pasado, sino por lo que está ocurriendo ahora y porque pienso que tenemos que superar ese pasado y el actual presente. Pero siento la obligación de enterarme muy bien de lo que sucedió, sobre todo por lo que atañe a nuestras relaciones futuras con los Estados Unidos. Nuestro gobierno y nuestra prensa y el gobierno y la prensa norteamericana han tendido un espeso velo sobre los hechos reales de la invasión. Ese velo hay que levantarlo si queremos llegar algún día a vivir en paz en este país.

—¿Y tú eres la llamada a hacerlo? ¿Tú, que fuiste la primera presidenta de la Asamblea Legislativa que, quiérase o no, es parte fundamental del gobierno?

—La dificultad y el riesgo están claros, pero alguien tiene que empezar. Además, no creo que estaré sola en esta cruzada.

—¿Y quién te acompañará? ¿Los prd? ¿La señora Corro y los caídos el 20 de diciembre?

—No seas sarcástico, Emilio. Me acompañará la misma gente que integró la Cruzada Civilista. Ellos también están decepcionados y son la gran mayoría de este pueblo.

—Tú sabes bien, Maribel, que la Cruzada fue un movimiento de la clase media y que el pueblo, el verdadero pueblo, nunca participó.

—Sea como fuere, ahora se necesita un gran movimiento de reconciliación nacional, una nueva cruzada que tenga como objetivo la paz entre los panameños. Si yo puedo aportar algo, es mi deber intentarlo.

CAPÍTULO XII

Dos semanas después recibía Maribel el sobre con los documentos, fotografías e informes noticiosos recogidos por Pierre Raveneau en torno a la invasión a Panamá. La misma noche que, en compañía de Emilio, daba inicio a su lectura le llamó la atención la entrevista que el canal 13 de televisión transmitía en su espacio noticioso. En la pantalla aparecía la imagen de un joven mayor de la policía, uniformado, de rostro tranquilo y agradable. Respondía a la pregunta que le acababa de formular el entrevistador con palabras claras y pausadas. «Es evidente que en Panamá se ha dado un gran cambio en la actitud de la nueva Fuerza Pública. Ese cambio obedece no solamente, como piensan algunos, a la invasión del 20 de diciembre, sino sobre todo al convencimiento que hay en los nuevos estamentos de la institución de que una verdadera democracia sólo puede funcionar si las instituciones encargadas de velar por la seguridad pública están debidamente sometidas a la autoridad civil. Creo que nuestras actuaciones así lo evidencian.»

—Con militares así la labor de los civiles se facilita enormemente — comentó Emilio.

—Si todos los militares fueran así no sería necesario supeditarlos al poder civil —respondió Maribel—. Ese muchacho llegará lejos. ¿Quién es?

—No lo sé. Es la primera vez que los militares de uniforme reaparecen en la televisión.

En ese momento el locutor de televisión ponía fin a la entrevista.

—Queremos agradecer al mayor Rafael Saldaña, Jefe de la Policía Metropolitana, por la entrevista que nos ha concedido. Igualmente, a través de su persona felicitamos a la Fuerza Pública por la pronta captura de los criminales que en la tarde de ayer asaltaron la sucursal del Banco del Istmo en Río Abajo.

—Por lo menos hay alguien en el gobierno que hace las cosas bien —
sentenció Maribel.

El informe de Pierre era aún más terrible de lo que los esposos Santiní
pudieron jamás imaginar. Allí se describía, en doloroso detalle, los muertos
de El Chorrillo, las bajas militares y los entierros masivos en fosas comunes.

Se señalaba también las dificultades y limitaciones impuestas a los
corresponsales de prensa para ocultar algunos hechos. Las fotos de los
muertos de El Chorrillo, la mayoría carbonizados, eran particularmente
impactantes, y, aunque no se precisaba con exactitud la cantidad de vidas
perdidas, resultaba evidente que eran muchísimas más de las que el gobierno
norteamericano y el propio gobierno de Panamá indicaran.

Emilio, a pesar de estar tremendamente conmovido con el informe de
Pierre, insistía en lo inútil que sería darlo a conocer.

—¿Qué de positivo se logrará, Maribel? ¿En qué contribuirá la revelación
de lo que allí se dice al mejoramiento de Panamá?

—Francamente, no lo sé, Emilio. Pero quizás mi propia formación
periodística me lleva al convencimiento de que la verdad contribuye siempre
al bienestar de los pueblos.

—¡Quién sabe, Maribel, quién sabe! En cualquier caso, mide mucho lo
que harás.

CAPÍTULO XIII

Más de seis meses habían transcurrido desde la última conversación con sus antiguos compañeros de terror cuando el mayor Rafael Saldaña recibió el mensaje del excapitán Aparicio, extrañándose de que utilizara su verdadero nombre. La nota decía escuetamente que era necesario que se vieran lo antes posible y a la misma siguieron varias llamadas telefónicas hasta que finalmente Rafael accedió a la entrevista, aunque en esta ocasión él recogería a Aparicio frente al *Nápoli*.

Una vez que aquel subió al auto, Rafael fue directo al grano:

—Creí que habíamos quedado en suspender las reuniones entre nosotros hasta después de las elecciones del 94. Y, ¿qué pasó con nuestra clave?

—Olvídate de la clave, Saldaña, ya el comandante Pedro no existe ni existe tampoco nuestra célula. Carlos y Rubén desaparecieron hace más de cuatro meses y se llevaron con ellos todos los fondos que recogimos en los asaltos a los bancos. Supongo que se habrán ido a Brasil a gastarse los dos millones. Esa es la vaina de confiar en extranjeros. Apenas se dieron cuenta de que la política sustituiría al terror, se mandaron a mudar.

—¿Estás seguro de que abandonaron el país?

—Segurísimo. Hay compañeros de otras células que me lo confirmaron. El problema es que yo he quedado en las latas y hace más de cuatro meses que no recibo un real. Los ahorros que tenía se agotaron y nadie quiere emplear a un excapitán de las Fuerzas de Defensa.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Por lo pronto prestarme algo de dinero, aunque sea para comer las próximas semanas. Después, no sé... conseguirme alguna chamba. Por lo menos tú has quedado bien conectado y con un buen sueldo.

—Lo que gano apenas alcanza para que mi mujer y mi hijo lleven una vida decorosa.

—Pero oportunidades de algún negocio no te faltarán, algo que te permita ayudar a un compañero en desgracia.

—Métete en la cabeza, Aparicio, que eso de los «negocios» se acabó. Al partido lo que le conviene ahora es que los militares, sobre todo los que pertenecemos a las Fuerzas de Defensa y hoy estamos en la Policía Nacional, proyectemos una buena imagen.

—¡A mí no me importa un carajo el partido ni tu imagen! Cuando querían violencia me usaron y ahora no me van a dejar tirado, sobre todo porque la información que tengo podría hundirte a ti y al partido para siempre.

Aparicio gritaba con violencia y Rafael hizo un esfuerzo por controlarse antes de responder, con gran calma y naturalidad.

—Lo que acabas de decir ya se me olvidó y espero que no lo repitas más nunca. Cuando nos incorporaron al M-20 fue con la advertencia de que el compromiso era para siempre. Es bueno que eso lo recuerdes tú ahora. Sin embargo, entiendo tu problema y voy a ayudarte. Llámame otra vez en un par de días identificándote como mi primo Juan, de Cerro Punta.

Dos días después la secretaria del mayor Saldaña le pasaba la llamada del primo Juan.

—Juan, ¡qué bueno que llamaste! Tengo el paquete para ti. Te recojo mañana jueves a la misma hora y en el mismo lugar.

El sábado de esa semana los periódicos traían la noticia del hallazgo del cuerpo sin vida del excapitán de las Fuerzas de Defensa, Saúl Aparicio, en los alrededores del antiguo cuartel de Tinajitas. El cadáver presentaba un tiro en la sien y se desconocían las causas que habían llevado al exmilitar al suicidio, aunque se rumoraba que luego de la invasión sufría de grandes depresiones.

CAPÍTULO XIV

Maribel Arango de Santini esperó a la instalación de la Junta Directiva de la Asamblea Legislativa que regiría el periodo 1992-1993 para anunciar su renuncia irrevocable a la curul que ocupaba. Su mensaje había sido breve y lacónico. No bien se hubo instalado el nuevo presidente de la cámara, los televidentes pudieron observar a la diputada de Santini pidiendo la palabra para una cuestión de orden.

—Excelentísimo señor presidente de la República, honorable magistrado presidente de la Corte Suprema de Justicia, honorable señor presidente de la Asamblea, autoridades eclesiásticas, distinguidos miembros del Cuerpo Diplomático, honorables colegas, señoras y señores: He solicitado la palabra como una cuestión de orden para presentar ante esta augusta cámara mi renuncia irrevocable a la curul que ostento. Renuncio porque he llegado a la firme convicción de que mi presencia en esta Asamblea en nada contribuye a la gran tarea de lograr una verdadera reconciliación nacional sin la cual nuestro país no saldrá jamás de la negra y larga noche en la que ha estado sumido durante los últimos años. Regreso a mi profesión de periodista con el irrenunciable propósito de iniciar una nueva y gran cruzada por el rescate de los valores perdidos. A todos aquellos que me dieron su voto hace tres años, les pido perdón porque muy poco o nada he podido hacer en beneficio de mi país. Espero ser más eficaz desde mi nueva trinchera. Muchas gracias.

Un estupor general, que se reflejaba en el silencio y el rostro de los presentes, siguió a las palabras de Maribel que parsimoniosamente recogió los papeles de su mesa y enrumbo sus pasos hacia la salida del recinto. En ese momento, de manera espontánea, el público que colmaba las graderías rompió en un prolongado y respetuoso aplauso.

EPÍLOGO

Mi gran decepción por Maribel Arango de Santini

Estoy convencida de que los panameños debemos iniciar una nueva cruzada que nos lleve a una verdadera concertación patriótica y, de allí, al bienestar general. Creo mi deber explicar por qué la considero indispensable.

Yo formé parte de un gobierno que tuvo en sus manos la oportunidad de ser grande y hacer cosas grandes por Panamá. Pronto caí en cuenta, sin embargo, que los gobiernos no pueden ser más grandes que los hombres que los integran y mis esfuerzos por elevarnos por encima de la politiquería cotidiana hacia el estrato superior donde laboran los estadistas resultaron inútiles.

Hoy me llena de tristeza comprender que ni la más feroz de las dictaduras ni la invasión del suelo patrio por un ejército extranjero han sido capaces de producir en nuestros políticos tradicionales la inspiración y la motivación necesarias para escaparse de la mediocridad y dar al país lo que, después de tanto sufrimiento, sin duda se merecía: un gobierno realmente interesado en resolver los enormes problemas del país. Como si entre 1968 y 1990 no hubiera pasado nada, los políticos se encargaron del gobierno con el mismo criterio ruin y egoísta de quienes solamente les interesa repartirse la cosa pública. Por eso, hoy, a escasos dos años y medio de asumir el poder con el respaldo de más del ochenta por ciento de la población, el gobierno nacional no cuenta siquiera con el quince por ciento de ese apoyo. ¡Qué vergüenza! Vergüenza que me embarga a mí como panameña pero que, desafortunadamente, quienes hoy rigen nuestros destinos no sienten en lo más mínimo, de la misma manera que no sienten el gran dolor que se cierne sobre la inmensa mayoría de los panameños que han visto a su país desangrarse en vano.

Consecuencia de todo lo anterior es que el estigma de la droga, con todas sus nefastas consecuencias, empieza a apoderarse de la sociedad panameña y la corrupción rampante que ella conlleva se ha instalado como dueña y señora en todos los estamentos gubernamentales.

En estos momentos circula en los Estados Unidos, país que nos invadió, un documental denominado «El engaño de Panamá» (*Panama Deception*) en el que se critica acremente la invasión norteamericana y al gobierno panameño. Por supuesto que no comparto los conceptos que allí se exponen, pero me entristece pensar que nuestro

país sigue siendo vituperado, principalmente porque el gobierno que hoy tenemos no ha sido capaz de hacer frente a la tarea de gobernar con criterio de estadista. Lamentablemente aquí en Panamá aún no sabemos cuántos muertos, civiles y militares, hubo realmente durante aquel terrible 20 de diciembre. Y lejos de reclamar a los invasores por aquellos que no debieron morir, lo que hemos hecho es plegarnos a sus mandatos con el miedo de quien sabe que no ha cumplido su tarea.

Es hora de contar los muertos y sentarnos a llorarlos juntos; es hora de darnos cuenta de que todos somos panameños y que el gobierno tiene la obligación de laborar en beneficio de todos; es hora de entender que cuando decimos todos, realmente estamos pensando en todos los panameños, aun aquellos que en un pasado reciente cometieron errores, como algunos militares que hoy ayudan de buena fe en la difícil tarea de mantener la seguridad pública; es hora de empezar la impostergable tarea de unificar criterios y propósitos de cara a la enorme responsabilidad que asumiremos ante el mundo al llegar el siglo a su final; es hora, en fin, de que se dé inicio a la gran cruzada de la reconciliación nacional para que las cicatrices que hoy lleva Panamá sobre su rostro espantado no resulten cicatrices inútiles.

Cuando el mayor Saldaña terminó la lectura del artículo de Maribel Santini, una sonrisa de satisfacción iluminaba su rostro. «Debo buscar la oportunidad de conocer a la exdiputada», pensó.

El mismo día que Maribel publicaba el primer artículo periodístico con el que iniciaba lo que ella denominaba la Nueva Cruzada, Albert Calhoun y su esposa salían del cine Victory Square en Savannah, donde acababan de ver el documental *Panama Deception*.

—El asunto no fue así como lo ponen —se lamentaba Albert, mientras Debbie lo escuchaba pensativa.

En una pequeña isla del Archipiélago de las Mulatas, mejor conocido como San Blas, se aguarda todavía el retorno de Belisario. Siapipi razona que quizás su hijo no regresa con su hermano porque sabe que el abuelo Malcom, aunque muy enfermo, seguirá en este mundo mientras sus nietos no vengán a despedirse. Pero Siapipi, que antes de la gran guerra casi nunca soñaba, ahora

tiene sueños constantes en los que Belisario y Luciano aparecen sonrientes y del brazo, vestidos ambos de luna.

En la página dedicada a los sucesos policivos del mismo diario en el que se publicara el primer artículo de Maribel Santini, entre los hechos de sangre destinados a despertar el morbo del lector, apareció la siguiente noticia:

Otro hampón muere baleado

Ayer, alrededor de las siete de la noche, el comerciante Serafín Alvarado, propietario de la Joyería «El Diamante», ubicada en El Dorado, acribilló a balazos a un hampón que intentó robarle cuando se disponía a salir del establecimiento. El ladrón, de dieciocho años, respondía al nombre de Julio Ávila y era conocido en el mundo del crimen con el apodo de «Mediamano».

Acerca del autor

JUAN DAVID MORGAN es abogado egresado de la Universidad de Panamá con una maestría en Derecho por la Universidad de Yale. Fundó, junto a su padre y su hermano, la firma de abogados Morgan & Morgan. Ha sido profesor universitario de Derecho Internacional y expositor en múltiples foros educativos, históricos, literarios y jurídicos. Desde 1996 es presidente del Patronato del Museo del Canal Interoceánico de Panamá y a partir de 1998, de la Fundación Ciudad del Saber. Fue miembro del Consejo Editorial y columnista del semanario *El Herald* y del diario *La Prensa*. Es autor de diversas obras, entre ellas destacan *Entre el honor y la espada* (2013), *Los susurros* (2016), *Con ardientes fulgores de gloria* (2017), *El caballo de oro* (2017), *El silencio de Gaudí* (2018), *El ocaso de los inocentes* (2018) y *Entre el cielo y la tierra* (2019). Es miembro numerario de la Academia Panameña de la Lengua.

Diseño de portada: Jorge Garnica / Poetry of magic
Fotografía del helicóptero: Marten Bjork / Unsplash. Fotografía de palmeras:
James Connolly / Unsplash.

© 2019, Juan David Morgan

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: enero de 2019
ISBN: 978-607-07-5393-0

Primera edición en formato epub: enero de 2019
ISBN: 978-607-07-5405-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

 **Planeta**



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE